
HARLEQUIN
Deseo
Incapaz de olvidar
Kathie DeNosky

Incapaz de olvidar
Kathie DeNosky

Incapaz de olvidar (2001)
Pertenece a la Temática Solteros y bebes
Título Original: His baby surprise (2001)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1088
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Tyler «Ty» Braden y Lexi Gail Hatfield

Argumento:

Tyler Braden se quedó de piedra al ver que su primera paciente en la maternidad de la pequeña clínica de Smoky Mountain era la mujer con la que había tenido una aventura de una noche y a la que había sido incapaz de olvidar. Pero la sorpresa fue aún mayor cuando descubrió que el hijo que ella esperaba era suyo. Casi diez meses antes los dos habían pasado una larga, dulce y apasionada noche en Chicago. Ty era un ambicioso médico acostumbrado a vivir en la gran ciudad y que no tenía la menor intención de casarse o de tener un hijo. Entonces, ¿por qué no dejaba de fantasear con llevar una apacible vida junto a Lexi?

Capítulo 1

—¿Qué sucede ahora? —preguntó Tyler Braden tras dar un profundo suspiro.

Tomó la ficha de un paciente que tenía sobre la mesa. A lo largo de los tres días que llevaba en Dixie Ridge, Tennessee, Ty había aprendido una importante lección respecto a la enfermera Payne. Pensara lo que pensase, lo decía bien alto y claro.

—¿Va a llevar puesta su ropa de los domingos toda la semana, doctor?

Ty abrió su bata de laboratorio para mirar su camisa blanca, su corbata rayada y sus pantalones oscuros.

—¿Qué tiene de malo el modo en que visto?

Martha lo miró por encima del borde de sus gafas como si pensara que era un poco simple.

—La gente de por aquí no se viste así a menos que vaya a su boda o a su entierro.

Ty arqueó una ceja.

—¿Y qué sugeriría usted que me pusiera, Martha?

La enfermera palmeó el grueso moño gris que llevaba en la base del cuello, un gesto que Ty había llegado a reconocer como preámbulo a uno de sus sermones. Cuando Martha salió de detrás de la mesa y se colocó ante él para mirarlo de arriba abajo, Ty sintió el impulso de bajar la mano y asegurarse de que llevaba la bragueta bien cerrada. Una rápida mirada al extremo de su cinturón le bastó para comprobar que así era.

—En primer lugar debería olvidar la corbata y la camisa blanca. Hacen que parezca que está a punto de ahogarse. Un jersey o una camiseta le sentarían mejor —la enfermera señaló sus pantalones—. Y ya puestos, podría comprarse unos vaqueros y dejar esos pantalones tan serios para cuando vaya a misa —se encogió de hombros—. Es cosa suya, por supuesto, pero le advierto que a la gente de por aquí no les gustan las personas que se dan aires.

—Pero yo no…

—Si no quiere saberlo, no pregunte —una vez emitido su juicio, Martha rodeó de nuevo el escritorio para responder al teléfono—. Clínica de Salud de Dixie Ridge.

Ty se mordió el interior de la mejilla para reprimir el epíteto que tenía en punta de la lengua. Cuando había llamado al doctor Fletcher para hablar sobre una sustitución temporal en la clínica, el viejo médico le había advertido sobre su malhumorada enfermera.

—La vieja Martha le será de gran utilidad, pero también será su crítica más severa. Asegúrese de tenerla de su lado.

Pero unas simples palabras nunca habrían podido preparar a Ty para la realidad de Martha Payne. Con su rostro agradable y maternal y su voz de sargento impartiendo la instrucción, la clínica marchaba bajo su tutela como una máquina perfectamente engrasada. Hacía a la vez de recepcionista y de enfermera y su eficiencia anonadaba a Ty tanto como le irritaba su franqueza. Desde su llegada había sido sometido a sermones que iban desde el malgasto de gasas y esparadrapos hasta el modo adecuado de responder al teléfono de la clínica. Y para empeorar las cosas, las opiniones de Martha parecían estar adquiriendo un sesgo más y más personal.

Él había percibido cierta reserva en los pacientes, pero, preocupado por sus síntomas y quejas, había supuesto que era debido a que no lo conocían. En ningún momento se le había ocurrido que pudiera deberse a su modo de vestir. Tiró del nudo de su corbata, se la quitó y la guardó en el bolsillo de la bata. Afortunadamente, cuando terminaran sus seis meses de sustitución volvería a Chicago y no tendría que volver a escuchar las reiteradas críticas de Martha.

Quince minutos después, Ty se despedía de Harv Jenkins tras recordarle que debía tomar su medicación regularmente. Luego se acercó a recepción.

—¿Eso ha sido todo por hoy? —preguntó.

Martha negó con la cabeza y deslizó una ficha hacia él por la mesa.

—Freddie Hatfield acaba de traer a Lexi. Ha roto aguas y tiene contracciones cada dos minutos. Está en la sala de partos y yo diría que falta realmente poco para que dé a luz.

—¿Ha tenido algún problema durante el embarazo? —preguntó Ty mientras echaba un vistazo a la ficha. El doctor Fletcher tan solo había anotado el peso y la tensión de la paciente.

—No. Conozco a Lexi Hatfield desde que nació y siempre ha tenido la salud de un caballo.

—¿Ha mostrado alguna preocupación respecto al parto?

—No —Martha se levantó—. Lo está haciendo muy bien para ser el primero. Pero Freddie no ha sido capaz de pasar de la puerta principal.

—¿Por qué? —preguntó Ty mientras la seguía por el pasillo que llevaba a la enfermería.

—A no ser que sea cuestión de vida o muerte, Freddie Hatfield evita este lugar en lo posible. Su delicadeza en ese aspecto es increíble —Martha movió la cabeza y rio—. Es capaz de desmayarse solo con oler a antiséptico.

¿Delicadeza? Ty frunció el ceño ante la descripción que había hecho Martha de Fred Hatfield. De todos los términos que habría

esperado que Martha utilizara para describir a un hombre con el estómago débil, «delicado» no estaba entre ellos.

Un prolongado gemido procedente de la enfermería interrumpió sus pensamientos. Mientras Martha iba a ver a la paciente, Ty entró en el vestuario a cambiarse.

En conjunto, no había tenido un mal día, pensó mientras se lavaba las manos. Lo más serio que había visto habían sido las articulaciones doloridas de Harv Jenkins.

Hizo girar los hombros y notó que gran parte de la tensión que lo había tenido agarrotado durante las últimas semanas se había disipado. Ya solo le faltaba controlar las pesadillas…

Agitó la cabeza para apartar los sentimientos de culpabilidad y pesar, sonrió y empujó con el hombro la puerta que daba al paritorio. No estaba dispuesto a permitir que los trágicos acontecimientos que lo habían llevado a aquel lugar estropearan su buen humor.

—¿Dónde está Freddie? —preguntó la paciente.

Martha rio.

—¿Dónde crees tú que está?

—En el Blue Bird.

Un cosquilleo recorrió la espalda de Ty al escuchar el familiar acento sureño de la paciente. Solo la voz de una determinada mujer había llegado a afectarlo de aquel modo. Miró hacia la cama, pero Martha le bloqueaba la vista. De no haber sido imposible, habría jurado que…

Agitó de nuevo la cabeza para apartar aquel ridículo pensamiento.

—Freddie ha salido corriendo de aquí como un gato escaldado —dijo Martha.

Mientras ataba las tiras inferiores de la mascarilla en torno a su cuello, Ty oyó que la paciente empezaba a resoplar a causa de una contracción. Cuando pasó, suspiró temblorosamente.

—Freddie es como un pelele en estas circunstancias —dijo con voz ronca.

Ty estaba de acuerdo. Lo menos que podía hacer Fred era tratar de estar presente durante el nacimiento de su hijo.

—Ooooh… ¿por qué tienen… que venir… tan seguidas? —la mujer gimió un segundo antes de empezar a jadear de nuevo.

El desdén de Ty por la cobarde actitud de Fred aumentó. Se acercó al lateral de la cama para tranquilizar a su paciente.

—Es lo normal en estos…

Su voz se fue apagando mientras miraba boquiabierto a Alexis Madison, popular locutora de radio y, hasta hacía una año, vecina suya. La última vez que la vio fue la noche anterior a que ella se fuera

de Chicago. Debido a la compra de la emisora en la que trabajaba, le habían ofrecido trasladarse a Los Angeles o buscar trabajo en otro sitio. Ella había elegido volver a Tennessee.

De hecho, ella era uno de los motivos por los que Ty había aceptado aquel puesto en Dixie Ridge. Mientras buscaba un lugar en que ocultarse de los medios de comunicación, recordó haberle oído hablar sobre la paz y la tranquilidad que reinaban en las Smoky Mountains. Tras tantear el terreno, decidió aceptar aquella sustitución temporal en la clínica de Dixie Ridge.

La decepción que atenazaba su pecho lo sorprendió. Se había sentido muy atraído por aquella mujer desde el momento en que se habían conocido, y tenía intención de buscarla mientras estaba por allí. Pero ya no había ningún motivo para hacerlo. Al parecer, nada más llegar allí había conocido a un tipo llamado Fred, se había casado con él e iba a tener un hijo suyo.

Se obligó a sonreír mientras la miraba.

—Hola, Alexis.

Lexi supuso que estaba alucinando a causa de los dolores. Cerró los ojos. Habían pasado diez largos meses desde que había escuchado por última vez la voz de barítono de Tyler Braden. Además, el lugar no correspondía. Ella estaba de vuelta en su hogar, en las montañas de Tennesse, no en la jungla de asfalto de Chicago.

Pero cuando abrió los ojos de nuevo no fue capaz de reprimir un gemido de horror.

—¡Noooo! ¡Tú no!

—Ya sabías que el doctor Fletcher no estaría aquí cuando vinieras a dar a luz —le recordó Martha, que alzó una mano para palmear el hombro de Ty—. Este es el doctor Braden, que ha venido a sustituirlo.

El pánico hizo que Lexi se aferrara a la parte delantera del uniforme de la enfermera.

—¡Aléjelo de mí!

—Tranquilízate, Lexi —Martha se liberó de la mano de Lexi y se volvió hacia Ty—. No se ofenda. Cuando llegan a este punto, todas se comportan como si estuvieran poseídas por el diablo.

—Por favor, Martha —rogó Lexi. Debía hacer Comprender a la enfermera que no quería ver a Tyler Braden cerca de ella—. No quiero que él se ocupe del parto.

—Sabes que no hay otro doctor en varios kilómetros a la redonda, Lexi.

—¡Entonces hazlo tú!

—Olvídalo —Martha negó con un dedo—. Ya sabes que solo me

ocupo de los partos en caso de que el doctor no llegue a tiempo.

—¡Pues dile a Freddie que vaya por el coche y me lleve a casa de Granny Applegate! —Lexi se sintió como una ballena varada cuando trató de erguirse.

—¿Quién diablos es Granny Applegate? —preguntó Ty.

—Una mujer mayor que vive en Piney Knob —contestó Martha a la vez que empujaba a Lexi por los hombros para que se tumbara—. Granny se ocupa de algunas de las personas de por aquí con sus remedios caseros. Y ha asistido a más partos que espinas tiene un puerco espín.

La siguiente contracción tomó por sorpresa a Lexis, que dejó escapar un prolongado gemido. Un intenso dolor la recorrió, exigiendo que su cuerpo entrara en acción. Cerró los ojos y empujó con todas sus fuerzas para sacar a su bebé al mundo.

Cuando la contracción terminó, abrió los ojos y vio que Ty movía la cabeza.

—No seas ridícula, Alexis. No hay otra opción. No llegarías más allá de la puerta antes de dar a luz.

—¿Se conocen? —preguntó Martha con curiosidad.

—Nos hemos conocido —dijo Ty.

—Hace mucho… tiempo —añadió Lexi mientras su cuerpo exigía otro empujón.

Ty frunció el ceño y se colocó a los pies de la cama.

—¿Cuánto tiempo llevas teniendo contracciones, Alexis?

Cuando fue a levantar la sábana, ella plantó los pies en el extremo para impedirlo.

—Me llamo Lexi, y haz el favor de dejar en paz esa sábana.

Ty tiró de la sábana. Ella presionó los pies con más fuerza.

—De acuerdo, Lexi. ¿Cuánto tiempo llevas de parto?

—Desde esta mañana —Lexi no podía pensar en una situación más humillante que la posición en que se encontraba, y con Ty a punto de mirarla. En realidad, apenas se conocían—. Aléjate de mí.

Ty ignoró sus protestas, retiró la sábana y la colocó sobre las rodillas dobladas de Lexi.

—¿Por qué has esperado tanto para venir a la clínica?

—No me había dado cuenta de que… estaba… de parto —la nueva contracción hizo que Lexi olvidara por completo su humillación—. Solo me… dolía la espalda… hasta que he roto aguas. Entonces ha sido cuando… el dolor se ha vuelto realmente intenso.

El examen de Ty confirmó sus sospechas. Alexis estaba totalmente dilatada y el feto estaba saliendo.

—Tendremos que posponer esta discusión, Lexi. Estás a punto de

tener tu bebé —se volvió hacia la enfermera—. Haga el favor de colocarle los pies en los estribos.

Martha asintió.

—Estas nuevas camas para partos son lo mejor que han inventado desde la penicilina. Puede que tengamos que asistir a más mujeres ahora que contamos con esta pequeña joya.

—¿Dónde suelen ir las mujeres? —preguntó Ty mientras terminaba de ponerse la mascarilla—. ¿A que las atienda Granny Applegate?

—Sí. Pero suele ser Granny la que va a sus casas —Martha rio al ver el gesto de desaprobación de Ty—. No frunza el ceño, doctor. Granny es una matrona titulada y siempre acude a nosotros si tiene algún problema.

Ty no tuvo tiempo de responder a las explicaciones de Martha cuando Alexis gimió de nuevo y alzó voluntariamente los pies hasta los estribos. Mientras se colocaba en el lugar adecuado a los pies de la cama, su mirada se encontró con la de ella. Llevaba su pelo castaño dorado sujeto atrás y su precioso rostro parecía exhausto. El pecho de Ty se contrajo al ver las lágrimas que pendían de sus ojos color esmeralda, el temblor de sus labios perfectos, el brillante tono rosado de sus cremosas mejillas. Estaba muy cansada, dolorida y comprensiblemente asustada. El padre del bebé debería estar a su lado para darle ánimos.

—Lo estás haciendo muy bien, Lexi —dijo—. Puedo ver la cabeza del bebé.

Ella asintió y apretó los ojos.

—Duele mucho, Ty.

Él sintió que su dolor le llegaba hasta el alma. Siguiendo un impulso, tomó su mano y la estrechó con suavidad.

—Ya falta poco. Lo prometo.

Aquel simple gesto desató una serie de emociones en el interior de Ty que no quiso examinar. Otra contracción exigió su atención.

Mientras sostenía la emergente cabeza del bebé, dijo:

—Necesito que des un fuerte empujón más y todo habrá acabado.

Mientras Alexis empujaba con todas sus fuerzas, los hombros del bebé se liberaron y se deslizó hasta las expectantes manos de Ty. Tras succionar rápidamente la mucosa y la sangre de la boca y la nariz del bebé, Ty vio que arrugaba su carita, abría la boca y rompía a llorar con todas sus fuerzas.

La criatura tenía el genio de un taxista de Chicago y suficiente volumen como para competir con el espectro más ruidoso.

Ty sonrió.

—Anote la hora del nacimiento, Martha —dijo mientras sujetaba el

cordón umbilical por dos sitios.

—¡Es un niño, Lexi! —dijo Martha mientras anotaba los números.

Lexi rio.

—¿De verdad? Estaba segura de que iba a ser niña.

—A menos que las niñas hayan empezado a venir con un extra más, es un niño —la enfermera rio—. ¿Cómo vas a llamarlo?

—Matthew.

Ty apenas oyó a las mujeres mientras su pecho se contraía. Por muchas veces que hubiera sido testigo del milagro del nacimiento, nunca dejaba de maravillarlo… y de producirle cierto pesar. Ya que no pensaba tener hijos, nunca podría pasar por un momento así.

Fred el Blando era un hombre muy afortunado. Y el muy cretino ni siquiera estaba allí para comprobarlo.

Con los ojos ligeramente velados, examinó al bebé. Diez dedos en las manos. Diez dedos en los pies. Sonrió. Un impresionante sistema de riego.

Pero mientras lo miraba más y más atentamente, la sonrisa fue desapareciendo de su rostro. Un pequeño hoyuelo marcaba la barbilla del bebé, un par de centímetros de pelo negro cubrían su cabeza y un pequeño remolino en su frente hacia que este se apartara a un lado.

Ty pensó en aquella noche en Chicago, en la única noche que él y Alexis habían…

Miró maravillado el milagro que sostenía entre las manos y su interior se contrajo dolorosamente al comprender. El parecido era más que una mera coincidencia. Era innegable. Y aquel remolino en la frente del niño lo probaba. Había sido una característica familiar durante generaciones.

Tyler Braden acababa de ayudar a llegar al mundo a su propio hijo.

Capítulo 2

Ty entregó el bebé a Lexi y, mientras él se ocupaba de los procedimientos del posparto, ella centró su atención en la criatura que se retorcía entre sus brazos. Los puñitos de Matthew Hatfield golpeaban el aire como los de un boxeador frustrado y su carita roja y contraída reflejaba claramente el disgusto que le había producido nacer.

Un amor tan intenso que casi resultó doloroso invadió el corazón de Alexis.

Con la cabeza llena de pelo negro, el hoyuelo en la barbilla y el remolino en la frente, era el bebé más bonito que había visto en su vida… y el vivo retrato de su padre.

Sin poder evitarlo, alzó la mirada hacia el hombre que la había ayudado involuntariamente a crear el bebé que sostenía en brazos. ¿Cómo podía ser tan cruel el destino? De todos los médicos que había en el mundo, ¿por qué había tenido que sustituir precisamente Tyler Braden al doctor Fletcher durante su operación de rodilla?

Ty era traumatólogo. Uno de los mejores en su especialidad. ¿Por qué no estaba en algún gran hospital, ocupándose de auténticas emergencias? ¿Por qué no estaba a mil kilómetros de allí, concretamente en Chicago, que era donde debía estar?

Sintió una mezcla de temor y aprensión mientras observaba a Tyler. ¿Sería consciente de que el milagro en el que acababa de participar era el nacimiento de su propio hijo? Y si sabía que el bebé era el resultado de la única noche que habían pasado juntos, ¿cómo reaccionaría?

Aún no había dicho nada, pero eso no sirvió para mitigar los temores de Lexis. Tal vez era la clase de hombre que hervía por dentro mientras por fuera se mostraba como el epítome de la calma.

Cuando Ty tomó al bebé en brazos y lo dejó en los de Martha, Lexi se puso tensa.

—¿A dónde llevas a mi hijo?

—No te preocupes —dijo Martha mientras se dirigía a la puerta—. Solo voy a darle a este hombrecito su primer baño. En cuanto el doctor lo examine de arriba abajo te lo traeré para que le des de mamar.

Lexi permaneció muy quieta mientras Ty le tomaba la tensión y la auscultaba, cuando lo que de verdad habría querido hacer habría sido salir corriendo de allí con su bebé para poner la máxima distancia posible entre ellos y la clínica.

Ty colocó el estetoscopio en torno a su cuello y apoyó dos dedos sobre la muñeca de Lexis. Ella sintió que la piel le cosquilleaba y su

respiración sé volvió un poco más agitada.

Dios santo, ¿acaso había perdido la razón? Apenas hacía unos minutos que había dado a luz y se sentía como si acabara de conseguir que una bola de bolos pasara a través de una cerradura. Eso debería haberle bastado para renunciar a los hombres de por vida. Lo último que debería estar sintiendo era aquel cosquilleo por todo el cuerpo.

Pero el caso era que no podía negar su existencia, ni su causa. Ty siempre la había afectado de aquella manera. Aún recordaba la primera vez que le habló en el ascensor del edificio de apartamentos en que vivían. Cuando dijo «Hola, soy tu nuevo vecino», su voz de barítono la envolvió como una suave capa de terciopelo. Y necesitó más de quince minutos para que su pulso volviera a la normalidad.

Después de aquello apenas se habían visto. Hasta la noche que ella perdió su trabajo y…

No. No debía pensar en aquello. Si lo hiciera, el pánico podía apoderarse de ella y correría el riesgo de revelar su secreto. De momento estaba a merced de Ty.

—¿Cuándo podré irme a casa con el bebé? —preguntó con cautela.

Ty ignoró la pregunta mientras luchaba contra el torbellino que se agitaba en su interior. Apretó los dientes y trató de ignorar la sensación de la delicada piel de Alexis bajo sus dedos, la corriente de calor que viajó a lo largo de su brazo y estalló en su vientre. ¿Cómo podía sentir algo más que desprecio por ella después de lo que había hecho? La conmoción de averiguar que era el padre del bebé había estado a punto de hacer que cayera de rodillas unos minutos antes.

—Todo parece ir bien —logró decir finalmente—, así que creo que podréis iros a casa en un par de días —tomó algunas rápidas notas en la ficha y cerró la carpeta. Tenía que alejarse de ella antes de que sus emociones se desbordaran con la fuerza de un río embravecido—. Volveré a verte luego.

Fue a su consulta, cerró la puerta a sus espaldas y se apoyó pesadamente en ella.

Quería respuestas y las quería ya, pero Alexis necesitaba descansar, y una discusión en aquellos momentos podía resultar contraproducente para ella y para el bebé. Además, no estaba seguro de poder hablar con ella sin violar seriamente su profesionalismo.

Una ligera llamada a la puerta indicó que Martha había terminado de bañar al niño.

—Está listo para ser examinado, doctor —dijo la enfermera desde el otro lado—. Voy a llevarlo a la sala uno.

Ty dejó la ficha sobre el escritorio y ocupó el asiento que había tras este.

—Tráigalo aquí, Martha.

La enfermera entró en la consulta.

—Mientras usted se familiariza con nuestro último paciente, yo voy a acercarme al Blue Bird Café a decirle a Freddie que todo ha ido bien —Martha dudó un momento antes de salir—. Sé que va a pensar que tengo menos cerebro que una ardilla, pero ese bebé tiene cierto parecido con usted.

Ty no habría podido responder ni aunque su vida hubiera dependido de ello. Apenas se dio cuenta de que Martha había salido. Un nudo del tamaño de su puño le atenazaba la garganta y la humedad que de pronto nubló sus ojos estuvo a punto de derramarse por sus mejillas. Cuando el bebé rodeó con una manita uno de sus dedos, el nudo que tenía en la garganta alcanzó el tamaño de una pelota de baloncesto.

Un amor tan intenso que casi resultó doloroso brotó en su interior mientras miraba a su hijo. Ty nunca se había permitido creer que algún día pudiera llegar a vivir un momento como aquel, que algún día llegaría a tener un hijo.

Pero, cualesquiera que hubieran sido los motivos de Alexis para mantener su embarazo en secreto, la realidad era que Tyler Braden tenía un hijo. Y no pensaba quedarse cruzado de brazos viendo como otro hombre ocupaba su puesto para criar a su hijo.

Por él, Fred Hatfield podía saltar de un acantilado si quería.

Mientras estuviera en su mano impedirlo, la historia no volvería a repetirse. A diferencia de él, Matthew conocería a su padre y nunca sentiría la inferioridad social que él siempre había sentido.

Besó al bebé en la frente y le hizo una solemne promesa.

—Tú vas a saber que te quiero y que siempre podrás contar conmigo. Y estoy dispuesto a hacer lo que sea para impedir que Fred Hatfield o tu madre se interpongan en mi camino.

Lexi despertó con un sobresalto y el corazón latiendo a toda velocidad en su pecho. Se sentó en la cama y buscó frenéticamente con la mirada el moisés en que Martha había dejado a Matthew después de la última toma.

No lo vio.

Asustada, buscó el botón de llamada, pero las manos le temblaban tanto que no logró pulsarlo. Apartó a un lado las sábanas y trató de salir de la cama.

Su dolorido cuerpo protestó y sus rodillas estuvieron a punto de doblarse cuando se puso en pie, pero ignoró las señales de advertencia. Tenía que encontrar a su bebé.

Para cuando recorrió el pasillo y llegó al área de recepción apenas le quedaban fuerzas y tuvo que apoyarse contra la pared.

—Martha…

—¿Se puede saber qué haces fuera de la cama? —Martha se levantó de inmediato de su silla y acudió a su lado—. Te había dicho que si querías levantarte yo tenía que estar a tu lado por si necesitabas ayuda.

Lexi sintió que la habitación empezaba a dar vueltas a su alrededor.

—¿Dónde está… mi bebé?

—¡Venga aquí, doctor! —gritó Martha cuando Lexi se apoyó pesadamente contra ella—. ¡Ahora!

Justo antes de que Lexi perdiera la batalla con la cortina de oscuridad que se estaba cerrando en torno a ella, unos fuertes brazos la rodearon y la alzaron contra un sólido pecho. Su nariz se llenó con la esencia del hombre que la sostenía. Olía a colonia y… a talco para bebé.

Debía haber tenido al bebé en brazos. Aquel pensamiento despejó al instante la brumosa mente de Lexi.

Mientras absorbía la fuerza del cuerpo de Ty apretó los ojos para frenar la oleada de emoción que la recorrió.

—Bájame, por favor.

—No.

—Puedo caminar —insistió Lexi.

—Sí, claro —Ty rio sin humor—. Has estado a punto de besar el suelo precisamente porque has intentado caminar.

Sin decir nada más, la llevó hasta la habitación, la dejó en la cama y la arropó. Al perder el contacto con él, Lexi se sintió repentinamente fría y abandonada. Teniendo en cuenta las circunstancias fue un sentimiento ridículo, pero muy real de todos modos.

Con eficiente calma, Ty le tomó la tensión. Aparentemente satisfecho con el resultado, le tomó el pulso y anotó las cifras en la ficha. Luego se cruzó de brazos y la miró.

—Durante el parto, el cuerpo de la mujer utiliza mucha energía y se ve sometido a una gran tensión —dijo con firmeza—. Aunque no aconsejo que una paciente permanezca en la cama más que unas horas después de un parto natural, sí espero que escuche y obedezca mis órdenes.

Lexi apretó los dientes para no gritar que se había levantado por culpa suya, que había tenido una terrible pesadilla en la que él trataba de quitarle a su hijo. Pero la cautela le hizo permanecer en silencio. Lo último que quería era despertar las sospechas de Ty.

—Como acabas de averiguar, sentirse débil no es raro la primera vez que una mujer trata de andar después de dar a luz —Ty continuó con su sermón—. Ese es el motivo por el que deberías haber esperado a que acudiera Martha a ayudarte.

Lexi le lanzó una mirada desafiante.

—¿Has terminado ya? —cuando el asintió, ella preguntó lo único que realmente le interesaba—. ¿Dónde está mi hijo?

—Aquí mismo —dijo Martha, que entraba en ese momento con el moisés del niño. Lo dejó junto a la cama—. Ha estado con el doctor mientras tú dormías un rato —se volvió hacia Ty—. ¿Está seguro de que no quiere que me quede?

—Sí, Martha, estoy seguro. Yo puedo ocuparme de todo.

—El doctor Fletcher siempre quería que me quedara cuando había un paciente en la clínica —dijo la enfermera, claramente molesta.

Ty se encogió de hombros.

—El doctor Fletcher tenía una esposa esperándolo en casa. Yo no. Además, voy a quedarme aquí de todos modos. Tengo que ponerme al tanto con algún papeleo y me va a llevar casi toda la noche hacerlo.

Lexi esperaba que Martha se mostrara tan testaruda como siempre, pero su corazón se encogió al ver que dudaba.

—¿Está seguro?

—Prometo cuidar bien de la madre y del niño —Ty sonrió—. Y ahora, váyase a casa y descanse.

Lexi vio con horror que Martha asentía y se alejaba hacia la puerta.

—Si me necesita, tiene mi número —dijo, y salió de la habitación.

Lo último que quería Lexi era quedarse a solas con Ty. Cuanto más tiempo pasaran juntos, más probabilidades había de que se diera cuenta de que era el padre de Matthew.

Como para llamar la atención respecto a ese hecho, el bebé soltó un sonoro grito.

—Parece que alguien quiere comer —Ty tomó al bebé en brazos, pero no mostró ninguna prisa por dejarlo en los brazos extendidos de Lexi—. ¿Has dicho que se llama Matthew?

—Sí —la aprensión de Lexi se intensificó cuando Ty sonrió al bebé.

—¿Y habéis elegido tú y Fred un segundo nombre?

Lexi frunció el ceño.

—¿Has conocido a Freddie esta tarde?

—No —Ty rio cuando Matthew trató de succionar la punta de uno de sus dedos—. Estaba con un paciente. Puede que nos conozcamos cuando venga a recogerte.

—Tal vez.

Lexi pensó que todo lo que tenía que hacer era evitar que se

vieran. Sabía que Freddie preferiría esperar fuera de la clínica.

—¿Tiene segundo nombre este pequeño o no? —insistió Ty.

Lexi miró su rostro, pero este no revelaba lo que pudiera estar pensando.

—Scott —contestó con cautela—. ¿Por qué quieres saberlo?

Finalmente, Ty le entregó el bebé.

—Necesito su nombre completo para rellenar el certificado de nacimiento.

Aliviada, Lexi consiguió sonreír mientras abrazaba a su hijo.

—Se llama Matthew Scott Hatfield.

—Por supuesto —asintió Ty. Luego, para inmenso alivio de Lexis, se dio la vuelta y salió de la habitación.

Con el niño acunado contra su pecho, Ty permaneció sentado en la habitación en penumbra, con la mirada fija en la mujer que dormía frente a él. Los meses que habían pasado desde que se fue de Chicago no habían hecho nada por suavizar el efecto que ejercía sobre él. Ya el primer día que la vio, en el ascensor, Alexis lo dejó sin aliento, y su corazón seguía latiendo más rápido cuando la oía hablar.

Y cuando la había llevado en brazos a la cama, los recuerdos agridulces de la noche que pasaron juntos habían resultado abrumadores. Tener su suavidad tan cerca, percibir el aroma a madreselva de su pelo, le había hecho sentir que su cuerpo se incendiaba.

Pero Alexis estaba casada con otro hombre y, por tanto, estaba fuera de su alcance. Un hombre al que trataba de hacer pasar por el padre de Matthew. Su mandíbula se tensó involuntariamente. Nunca iba a poder perdonarle aquello.

Era posible que Alexis hubiera decidido sustituirlo por otro, pero él no estaba dispuesto a quedarse de brazos cruzados mientras su hijo llamaba «papá» a otro hombre.

Sonrió mientras su tensión se disipaba. Pensaba dejarle muy claro que era consciente de la verdad.

Y sabía exactamente cómo se lo iba a hacer saber.

Los nervios de Lexi estaban a punto de estallar. El tiempo pasaba muy rápido.

Si Freddie no se presentaba pronto para llevársela a casa con el niño, Ty volvería de hacer sus visitas antes de que se hubiera ido. Todo su plan se basaba en no estar allí cuando llegara.

Cuando Martha entró en la habitación con unas sábanas limpias,

Lexi trató de que no se notara su ansiedad.

—¿Está Freddie en la sala de espera?

La enfermera dejó las sábanas a un lado y movió la cabeza mientras empezaba a deshacer la cama.

—No le he visto el pelo por aquí en todo el día, y sospecho que seguiremos sin vérselo.

Martha tenía razón.

El olor a antiséptico y el delicado estómago de Freddie eran una combinación peligrosa. Haría falta un asunto de vida o muerte para que Freddie Hatfield se arriesgara a entrar en la clínica.

Lexi se acercó a la ventana y apartó las cortinas. Al ver a Freddie caminando con paso indeciso entre el coche y la puerta de la clínica sonrió con alivio.

—Me pregunto cuánto tiempo llevará ahí afuera.

Martha se reunió con ella junto a la ventana.

—No tengo ni idea —rio al ver que Freddie se detenía, miraba la puerta de la clínica, movía la cabeza y empezaba de nuevo a caminar de un lado a otro—. Si sigue así va a acabar haciendo una zanja en el pavimento.

Mientras contemplaban el evidente dilema de Freddie, un todoterreno rojo se detuvo en el aparcamiento de la clínica. Cuando el conductor salió, retiró una cartera negra del asiento de atrás y se encaminó hacia Freddie, Lexi se quedó lívida.

Ty había vuelto y al parecer iba a mantener una conversación con su «marido» Freddie.

—¿Sucede algo malo? —preguntó Ty a la mujer, que estaba evidentemente nerviosa.

—No —contestó la rubia. Un ligero rubor tiñó sus mejillas al ver que Ty la miraba con expresión escéptica—. Bueno… más o menos —señaló con dedo tembloroso la puerta de la clínica—. Tengo que entrar ahí… pero no puedo.

—¿Por qué no? La clínica está abierta para todo el mundo.

—Es… bueno, yo… tengo un problema con eso.

—¿Qué problema? —preguntó Ty con amabilidad—. Soy el doctor Braden. Tal vez podría ayudarte.

—No creo —la cola de caballo de la mujer se movió de un lado a otro cuando negó vigorosamente con la cabeza—. He intentado superarlo. De verdad que lo he intentado. Pero no puedo hacer nada al respecto. Es una maldición.

—¿Qué te hace pensar que es una maldición? —preguntó Ty, y tomó nota mental para echar un vistazo a la lista de psiquiatras de

Chattanooga.

La mujer cerró los ojos y respiró profundamente antes de contestar.

—Ese lugar me pone enferma, doctor.

Ty no estaba seguro de qué explicación esperaba, pero no aquella, desde luego.

—¿Disculpa?

—Es el olor a antiséptico —explicó ella, claramente avergonzada —. En cuanto lo huelo me pongo a vomitar en todas direcciones.

Ty tosió para no reír ante la apasionada descripción.

—Comprendo que eso sea un problema —dijo—, pero no puedo examinarla en medio del aparcamiento.

—Oh, no he venido a que me vea —dijo la mujer rápidamente—. Cuando necesito un doctor voy a ver a Granny Applegate en Piney Knob.

Ty frunció el ceño. Cada vez que oía el nombre de aquella mujer o pensaba en su enfoque de la medicina imaginaba gatos negros y calderos llenos de pócimas. ¿Cómo era posible que una mujer joven y aparentemente inteligente como aquella estuviera dispuesta a ponerse en manos de una curandera?

—Si no has venido a la consulta, entonces…

—He venido a llevar a mi cuñada y a su bebé a casa —la mujer dedicó una nerviosa mirada a la clínica—. Pero no puedo hacerle saber que estoy aquí a menos que pase dentro. Y si lo hago…

—Te pondrás enferma —concluyó Ty por ella.

A ella pareció agradarle que comprendiera su dilema.

—Si pudiera decirle a Lexi que estoy aquí, se lo agradecería.

—Por supuesto —dijo Ty, y se encaminó hacia la entrada de la clínica.

Su desprecio por el marido de Alexis aumentó mientras pensaba en el dilema de aquella bonita rubia. Evidentemente, la fobia al olor de los antisépticos era un problema que aquejaba a toda la familia Hatfield. Fred debería haber sido consciente de la ansiedad a la que estaba sometiendo a su hermana, pero lo cierto era que aquel hombre no parecía preocuparse en lo más mínimo por los problemas que pudieran tener las mujeres de su vida. Sin duda, carecía por completo de sensibilidad. ¿Cómo podía sentirse atraída alguna mujer por un tipejo como aquel?

Movió la cabeza mientras entraba en la clínica. Temía que había algunas cosas sobre las mujeres que nunca llegaría a entender. Empezaba a pensar que ni siquiera quería hacerlo.

Lexi se apartó de la ventana y fue a tomar a Matthew de la cuna.

En unos momentos aparecería Ty para decirle lo que había averiguado sobre su «marido». A partir de ahí no le costaría mucho deducir el resto de lo que tanto se había esforzado en ocultarle.

Respiró profundamente antes de sentarse en la mecedora con el niño en brazos.

En realidad no tenía intención de ocultarle a Ty la verdad sobre su hijo, pero el temor había hecho que se mantuviera en silencio durante los largos meses de su embarazo, y necesitaba tiempo para asumir lo sucedido. ¿Cómo se suponía que debía decirle a un hombre que se negaba a tener hijos que era padre de uno?

—¿Te encuentras bien, Lexi? —preguntó Martha, preocupada—. Parece que acabaras de ver un fantasma.

Lexi habría preferido eso a tener que vérselas con Ty.

—Estoy bien —contestó, con mucha más calma de la que sentía—. Lo único que quiero es irme y llevarme a Matthew a casa.

—Te comprendo perfectamente. No hay mejor lugar para descansar que la propia cama —Martha terminó de hacer la cama—. Voy a recoger el certificado de nacimiento y el alta para que la firmes. Luego, tú y ese angelito podréis iros a casa.

—Ya me he ocupado yo de eso —dijo Ty mientras entraba en la habitación.

Martha se volvió hacia él y apoyó las manos en las caderas.

—Me temo que si sigue haciendo mi trabajo vamos a tener que mantener otra larga charla —dijo, y a continuación salió de la habitación con la cabeza bien alta.

—Estupendo —murmuró Ty—. Otro sermón.

Lexi no pudo evitar que sus temores y ansiedades se esfumaran mientras miraba cómo se acercaba a ella.

Probablemente, Ty era el hombre más sexy que había visto en su vida. En traje y corbata resultaba sexy, pero en vaqueros y camiseta estaba directamente para comérselo. La camiseta hacía resaltar sus fuertes hombros y antebrazos y atraía la atención hacia los bien formados músculos de su pecho. Su color azul realzaba el tono azul celeste de sus ojos.

Los vaqueros ceñían sus largas y musculosas piernas y enfatizaban sus estrechas caderas.

Lexi tragó saliva al notar que su pulso se aceleraba. Debía estar sufriendo un desequilibrio hormonal increíble. Apenas hacía cuarenta y ocho horas que había dado a luz, y lo último que debería estar sintiendo era deseo por un hombre… y menos aún por Tyler Braden.

—Necesito que firmes el alta antes de irte —dijo Ty a la vez que le alcanzaba un papel y un bolígrafo.

Se inclinó para tomar al bebé en brazos y Lexi observó cómo lo recostaba sobre su antebrazo. Ty sonrió cuando Matthew tomó con su manita uno de sus dedos. La visión resultó tan conmovedora que Lexi tuvo que apartar la mirada.

Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras firmaba el papel. Quería decirle a Ty que Matthew era su hijo; quería que se sintiera tan feliz como ella. Pero él le dijo en una ocasión que nunca tendría hijos, y lo hizo en un tono que no dejó lugar a ningún género de dudas.

Cuando le preguntó que por qué, los ojos de Ty adquirieron un intenso brillo y murmuró algo respecto a lo mal que se le daban los niños. Pero viéndolo con Matthew en aquellos momentos, Lexi supo con certeza que ese no era el motivo.

—Tu cuñada te espera en el aparcamiento —dijo Ty.

Lexi se preparó para enfrentarse a él. Respiró profundamente y se puso en pie. El momento de la verdad había llegado. Sabía que el enfrentamiento sería inevitable cuando Ty averiguara que Freddie no era su marido, pero esperaba haber tenido más tiempo para hablar sobre el nacimiento de su hijo y las extrañas circunstancias de su reencuentro.

—Freddie tiene un auténtico problema con la clínica…

—Lo sé —interrumpió Ty, evidentemente molesto—. ¿Acaso no sabe que su hermana tiene el mismo problema?

A pesar de su desconcierto, Lexi consiguió no quedarse con la boca abierta. Evidentemente, Freddie no había llegado a presentarse.

Sabía que estaba optando por el camino del cobarde, pero en aquellos momentos resultaba mucho más atractiva la idea de una huida precipitada que la de un enfrentamiento para el que no se sentía preparada.

—Estoy bastante… segura de que Freddie sabe el efecto que la clínica tiene sobre ella —trató de mantener un tono relajado mientras alargaba los brazos hacia su hijo—. Será mejor que no tengamos a tu tía esperando, Matthew.

Al ver que Ty seguía sosteniendo al bebé, sus miradas se encontraron durante un largo y tenso momento.

—Tienes que salir en silla de ruedas —dijo él finalmente.

—No necesito…

—Es una norma de todo hospital y clínica, Alexis.

—Pues es una norma ridícula —protestó ella—. Esta clínica está a mil kilómetros del protocolo que rige los hospitales de cualquier gran ciudad. Además, soy perfectamente capaz de salir andando de aquí.

—Puede que eso sea cierto, pero debemos seguir los procedimientos legales a causa de los seguros.

La expresión de Martha cuando entró con la silla de ruedas en la habitación reveló con claridad lo que pensaba al respecto.

—Por si te sirve de algo, Lexi, a mí también me parece una norma estúpida —dijo, a la vez que dedicaba a Tyler una mirada cargada de ironía—. El doctor Fletcher nunca se molestaba cuando dejaba salir a un paciente de la clínica por su propio pie.

—Yo no soy el doctor Fletcher —replicó Ty. Luego se volvió de nuevo hacia Lexi—. Y ahora, si haces el favor de sentarte, os llevaré a ti ya Matthew hasta el coche.

Lexi no quería correr el riesgo de que Ty volviera a hablar con Freddie. Cuanto más se vieran, más probabilidades habría de que averiguara la verdad, y aunque tenía intención de contárselo todo a Tyler, no necesitaba la complicación añadida de tener que hacerlo frente a su cuñada.

—¿Alexis?

—Ya te he dicho que mi nombre es Lexi.

—De acuerdo, Lexi —dijo Ty, enfatizando su nombre—. Siéntate.

Ella le lanzó una mirada iracunda.

—¿Y si me niego a hacerlo?

Un destello de determinación brilló en los ojos azules de Ty.

—Te tomaré en brazos y te sacaré de aquí.

—No te creo.

—Pruébame —el suave pero firme tono de Ty hizo comprender a Lexi que cumpliría su amenaza si no hacía lo que le había dicho.

Pasaron unos segundos muy tensos antes de que finalmente obedeciera y se sentara en la silla de ruedas.

—¿Ya estás contento?

Ty colocó al bebé en sus brazos y ni siquiera trató de ocultar una petulante sonrisa. Lexi sintió ganas de darle un buen golpe.

Cuando fue a colocarse tras la silla para empujarla, Martha negó con la cabeza.

—Yo me ocuparé de llevar a Lexi y al bebé hasta el coche, doctor. Es «mi» trabajo. Además, tiene que ir a la sala número dos. Cari Morgan se ha cortado la mano y va a necesitar un par de puntos.

Aliviada al saber que no iba a ser Ty el que la iba a sacar de la clínica, Lexis sonrió.

—¿Quieres decirme algo más? —preguntó al ver que no se movía.

De pronto, Ty le dedicó una sonrisa que hizo que una cálida sensación recorriera a Lexi de arriba abajo. Luego le entregó un sobre grande.

—Aquí está el certificado de nacimiento de Matthew.

La calidez permaneció con ella hasta la base de la montaña Piney

Knob.

—Mary Ann Simmons tenía razón. Ese doctor está como un queso —dijo Freddie mientras salía de la carretera principal.

—Supongo que sí —replicó Lexi, tratando de sonar completamente indiferente. Su intento falló pero, afortunadamente, Freddie no pareció darse cuenta.

—También es muy comprensivo —Freddie miró a Lexi por el espejo retrovisor—. Ni siquiera ha parpadeado cuando le he dicho que no podía entrar en la clínica porque el lugar me pone enferma.

—Qué amable —dijo Lexi, distraída. Lo último que quería o necesitaba era escuchar a su cuñada ensalzando las virtudes de Ty. Para distraerse abrió el sobre que le había dado este.

Mientras echaba un vistazo a los documentos que había en el interior sintió que su corazón se detenía. No era el certificado de nacimiento oficial. Ese lo extenderían en el ayuntamiento. Pero el papel de la clínica que le había entregado Ty reflejaba claramente sus intenciones.

Y estas no podrían haber sido más claras.

El apellido que aparecía en el papel era Braden. Y Ty había puesto su nombre en el apartado del padre.

Capítulo 3

El otoño siempre había sido la estación favorita de Lexi, pero apenas se fijó en los colores ocres y amarillos que empezaban a adornar las ventanas. En su mente no dejaba de repetirse una pregunta.

¿Qué pensaba hacer Ty a continuación?

Apuntándose como padre de Matthew en el certificado de nacimiento le había hecho saber con toda claridad que tenía algo planeado. Pero, ¿de qué se trataba?

Creía que estaba casada. ¿No le preocupaban los problemas que sus actos pudieran causar si de verdad tenía un marido?

—¿Te encuentras bien, Lexi? —preguntó Freddie cuando abrió la puerta de atrás—. Parece que acabaras de meter los dedos en un enchufe.

Aturdida, Lexi miró a su alrededor. Habían llegado a su cabaña y ni siquiera se había dado cuenta. Las hojas de los robles y los arces continuaban con su diaria transformación del verde al dorado. Los pájaros aún cantaban con la dulce pureza de la libertad. La ardilla que vivía bajo su porche delantero aún correteaba por allí, amontonando bellotas para el invierno que se acercaba.

Cuando tanto había cambiado en su vida, ¿cómo era posible que todo siguiera teniendo el mismo aspecto de hacía dos días?

—Oh, Freddie, nada va a ser lo mismo a partir de ahora —dijo, impotente.

—Claro que no —asintió Freddie mientras sacaba del coche el capazo donde iba el niño—. Pero no te preocupes. Estoy segura de toda madre primeriza se siente abrumada ante la perspectiva de tener que cuidar al bebé.

Lexi miró el papel que aún sostenía en las manos.

—Ojalá fuera esa mi única preocupación.

—Sabes que Jeff y yo te echaremos una mano —al ver que Lexi no parecía tener intención de salir del coche, Freddie la miró con gesto exasperado—. ¿Qué te pasa? No podías esperar a salir de la clínica y ahora te comportas como ni no quisieras entrar en tu casa.

Lexi guardó el papel en el sobre y salió lentamente del coche. Se había preparado concienzudamente para enfrentarse a la responsabilidad de ser madre soltera y había aceptado cómo tenían que ser las cosas.

Pero las reglas del juego habían cambiado radicalmente con la inesperada reaparición de Tyler en su vida. Apuntándose como padre del bebé, ¿esperaba ayudarla a criarlo? ¿Pretendería obtener la custodia?

Aquel pensamiento le produjo un escalofrío. Necesitaba alguien en quien confiar, alguien que la escuchara y al menos tratara de comprender.

Miró a Freddie unos momentos mientras las sabias palabras de la abuela Hatfield resonaban en su mente. «A veces es más fácil llevar una carga si uno la comparte con alguien de confianza».

Ella llevaba una carga que pesaba una tonelada.

Tomó la sillita del bebé en la mano derecha y pasó la izquierda por el brazo de Freddie.

—Vamos dentro —dijo—. Tengo algo que contarte.

No resultó tan difícil como esperaba, y para cuando entraron en el cuarto de estar Freddie la estaba mirando boquiabierta.

—¿Que es qué?

—Ya me has oído —replicó Lexi con calma—. Tyler Braden es el padre de Matthew.

Freddie se dejó caer en el sofá.

—Pero, ¿cuándo…? ¿dónde…?

Lexi dejó al bebé en la cuna que habían utilizado varias generaciones de niños Hatfield.

—¿Cuándo? Hace nueve meses, dos semanas y cuatro días. ¿Dónde? En Chicago —se volvió para dedicar a su cuñada una irónica sonrisa—. Y antes de que preguntes cómo… del modo habitual.

Freddie agitó la cabeza como para despejarse.

—¿Estás diciéndome que a pesar de ser doctor no reconoció los síntomas de tu embarazo?

—Solo… —Lexi dudó, pero sabía que, lo dijera como lo dijese, iba a sonar mal—. Solo pasamos una noche juntos —se dejó caer cansinamente en la mecedora que había junto a la cuna—. Fue la noche antes de dejar Chicago para venir aquí.

—¿Y el control de la natalidad? A fin de cuentas, es médico, y una pensaría que…

—Utilizamos algo —Lexi se encogió de hombros, impotente—, pero no hay ningún método que sea cien por cien efectivo.

—Excepto la abstinencia —corrigió Freddie—. Y si hubieras elegido ese método…

—No estaríamos teniendo esta conversación —concluyó Lexi.

Freddie se levantó y empezó a caminar de un lado a otro.

—¿Sabe Ty que el bebé es suyo?

—Sí.

Cuando Freddie giró, su larga coleta rubia le golpeó un lado del rostro.

—Creía que me habías dicho que no sabía lo de tu embarazo —

entrecerró los ojos y apoyó los puños en las caderas—. El muy miserable lo sabía y ha esperado todo este tiempo…

—No —interrumpió Lexi—. No le he dicho nada.

—Entonces, ¿por qué estás tan segura de que lo sabe?

Lexi entregó a su cuñada el papel del hospital.

—Debe haberlo deducido, porque ha puesto su nombre en la casilla del padre y ha anotado Braden como apellido de Matthew.

Freddie miró el documento, incrédula.

—¡Por las ligas de la abuela! ¿Y qué crees que hará ahora?

—Ojalá lo supiera —Lexi cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el alto respaldo de la mecedora—. Pero eso no es todo.

—¿Aún hay más? —Freddie miró a Lexi como si le hubieran salido cuernos y rabo.

Lexi asintió. Luego, tras dar un profundo suspiro, dijo:

—Ty cree que estoy casada contigo.

Freddie se sobresaltó como si la hubieran pellizcado.

—¡Por las botas del abuelo! ¿Y de dónde se ha sacado una idea tan absurda?

—Nos oyó hablar a Martha y a mí sobre ti —explicó Lexi—. Supongo que dedujo por tu nombre que eras un hombre y mi marido.

—Y tú no te molestaste en aclararle las cosas —las palabras de Freddie fueron más una acusación que una pregunta.

Lexi bajó la mirada.

—No.

Claramente confundida, Freddie volvió a sentarse en el sofá.

—¿Por qué no?

Lexi se mordió el labio para contener un sollozo. Cuando finalmente logró controlar sus emociones, su voz tembló.

—Supongo que trataba de conseguir algo de tiempo hasta averiguar qué hacer —sus ojos se llenaron de lágrimas cuando volvió a mirar a su cuñada—. Oh, Freddie, ¿cómo puedo haber liado tanto las cosas? ¿Y por qué no se ha quedado Ty en Chicago, que es donde debería estar?

Freddie se acercó a ella y pasó un brazo por sus hombros.

—¿Lo quieres? —preguntó con delicadeza.

—Para serte sincera, tendría que decir que ni siquiera lo conozco.

—¡Por la santa vaca! Esto se vuelve más y más extraño cada vez.

Unas lágrimas se derramaron por las mejillas de Lexi, que trató de frotarlas con la mano.

—Ty y yo éramos vecinos. Él vivía al final del pasillo y apenas nos veíamos. Cuando nos cruzábamos charlábamos un poco o nos saludábamos en el ascensor, pero eso era todo. Hasta… la noche en

que dejé la emisora de radio.

—¿Qué hizo que esa noche fuera diferente? —preguntó Freddie.

Lexi respiró profundamente. Ya que había empezado a explicar las cosas, más valía que terminara.

—Después de reunirme con el nuevo director encargado de reestructurar la emisora decidí que no estaba dispuesta a trasladar mi programa a Los Angeles. No quería irme tan lejos, así que presenté de inmediato mi renuncia y vacié mi despacho. Todo lo que me había esforzado en construir durante cinco años acababa de desintegrarse en menos de media hora, y creo que no habría podido sentirme peor —reprimió un sollozo—. Cuando volví a mi apartamento a preparar la maleta, Ty acababa de salir del hospital. Tenía aún peor aspecto del que debía tener yo.

Freddie asintió.

—¿Pero cómo llegasteis a estar juntos?

—Ty dijo que había tenido un día realmente duro en urgencias y yo le conté lo de mi trabajo —Lexi dedicó a su cuñada una húmeda sonrisa—. Él sugirió que, ya que ambos habíamos tenido un día horrible, compartiéramos la cena y una botella de vino. Debería haberme negado, pero no me apetecía quedarme sola, así que acepté.

—¿Quién acabó dónde? ¿El hecho tuvo lugar en tu casa o en la suya?

—¡Freddie!

—Lo siento, Lexi, pero esto parece una telenovela.

Lexi se encogió de hombros.

—Mi apartamento tenía una chimenea de gas y comimos frente al fuego. Él trajo el vino y yo puse el queso y alguna otra cosa para picar. Hablamos sobre nuestra desilusión con la vida y yo le hablé de la paz que siempre encontraba en estas montañas y de mi plan de volver aquí. De algún modo, una cosa llevó a la otra y antes de darnos cuenta de lo que había sucedido estábamos recogiendo nuestras ropas y despidiéndonos incómodamente.

Freddie movió la cabeza.

—Vaya… Cuando yo tengo un mal día me siento afortunada si Jeff pone un disco de Garth Brooks y encarga una pizza para que no tenga que cocinar.

Permanecieron unos minutos en silencio, asimilando la gravedad de la situación.

—Me pregunto qué hará ahora —dijo Freddie finalmente.

—Lo que más me gustaría es que se fuera y nos dejara a mí y al bebé en paz —Lexi frotó una lágrima que se deslizó por su mejilla—. Hace cuarenta y ocho horas mi única preocupación era tener al bebé.

Y de pronto, todo se ha vuelto patas arriba.

Fressie asintió, compasiva.

—Supongo que fue una auténtica conmoción descubrir que el médico que te iba a atender era el padre de tu hijo.

—No puedes hacerte una idea —Lexi hipó—. Ahí estaba yo, lista para dar a luz cuando Ty entró en la sala. ¿Qué podía decirle? «Ah, por cierto, eres el padre del bebé que estás a punto de ayudarme a traer al mundo. Un niño que nunca has querido tener».

—Un momento. ¿Cómo sabes que no quería tener hijos?

—Me lo dijo esa noche —Lexi cerró los ojos para contener las lágrimas que amenazaban con derramarse—. No me explicó por qué, pero estoy segura de que tiene algo que ver con lo que ve a diario en urgencias.

Repentinamente abrumada, Lexi cedió a las emociones que había contenido desde que había vuelto a ver a Ty de nuevo. Lloró por las circunstancias que habían rodeado el nacimiento de su hijo y por la incertidumbre respecto a los planes de Ty.

Freddie la abrazó mientras lloraba y luego le dio un pañuelo de papel.

—Puede que haya cambiado de opinión respecto a lo de tener hijos.

—No creo —dijo Lexi mientras se frotaba las mejillas.

—Jeff nunca va a creerse esto.

—¡No! —exclamó Lexi, desesperada—. No se lo digas a nadie, por favor. Especialmente a Jeff. Al menos, no hasta que yo haya resuelto el asunto con Ty.

Freddie la miró comprensivamente.

—Supongo que eso será lo mejor. Conociendo a tu hermano, sería capaz de ir por él con su escopeta de caza…

—Y se desataría un auténtico infierno —terminó Lexi por ella.

Tras unos momentos de silencio, Freddie preguntó:

—¿Qué hace Tyler en Dixie Ridge?

—Eso mismo me pregunto yo —contestó Lexi.

—¿Cuándo crees que te pondrá al tanto sobre sus intenciones?

—No lo sé. Pero no creo que vaya a esperar mucho. Creo que lo que ha hecho con el certificado de nacimiento indica que está dispuesto a entrar en acción.

Ty empezó a contar buzones cuando divisó la vieja rueda de un vagón de tren apoyada contra la valla del ferrocarril. En la ciudad se utilizaban nombres y números para localizar los lugares, pero allí, en las montañas, las direcciones no eran siempre tan fáciles.

Giró en el empinado camino que había pasado el sexto buzón y sonrió. Cuando Martha le dijo que iba a tener que hacer visitas particulares a las casas de algunos pacientes mayores consideró que aquel era un modo de ejercer la medicina anticuada y poco eficiente.

Pero estaba equivocado.

Cuanto más conducía por aquellas sinuosas carreteras, más apreciaba aquel ritual de las mañanas y más relajado se sentía. Por primera vez en muchos años se estaba tomando la vida a un ritmo más pausado y estaba prestando atención a cosas en las que antes ni siquiera se fijaba. No solo estaba llegando a conocer a la gente de Piney Knob, sino que estaba empezando a conocerse a sí mismo.

Miró los paquetes que llevaba en el asiento del copiloto y sonrió. Todos los pacientes a los que había atendido aquella mañana estaban al tanto del nacimiento del bebé de Lexi y le habían pedido que llevara a esta sus regalos. Haciéndolo, le habían dado inadvertidamente la excusa perfecta para ir a ver qué tal estaba su hijo.

—Aunque no necesitaba ninguna —murmuró. Ser el padre de Matthew era razón suficiente para visitar la casa de Lexi cuando quisiera.

Detuvo el todoterreno frente a una rústica cabaña de madera y miró a su alrededor. El lugar no tenía el aspecto que esperaba. En Chicago, Alexis vivía en un apartamento muy sofisticado, moderno y caro. Pero aquella era una casita humilde y sin pretensiones.

Ty movió la cabeza mientras bajaba del coche y lo rodeaba para retirar los regalos. Le estaba costando asimilar los dos estilos de vida completamente distintos de la misma mujer. ¿Cómo podía ser Lexi Hatfield tan diferente de su álter ego, Alexis Madison?

Oyó que la puerta se abría un momento antes de que Lexi preguntara:

—¿Qué haces aquí, Ty?

Él terminó de recoger los paquetes antes de volverse. Lexi no parecía especialmente contenta de verlo. Pero eso no importaba. Él tenía derecho a ver a su hijo.

Caminó hacia el porche con los brazos cargados de regalos.

—Algunos de mis pacientes me han pedido que te trajera los regalos para el niño.

—Podrías habértelos llevado de vuelta a la clínica y haberle dicho a Martha que me llamara —Lexi cruzó los brazos protectoramente bajo sus pechos—. Freddie habría ido a recogerlos.

Ty apretó los dientes al oír mencionar a Fred el Temerario.

—Estaba por la zona —incapaz de ocultar su desprecio por aquel

hombre, añadió—: Además, ambos sabemos que el bueno de Fred no sería capaz de entrar en la clínica —subió los escalones—. Por cierto, ¿está en casa ahora?

—No.

—Bien.

—Ty…

Sus miradas se encontraron mientras Lexi le bloqueaba el paso. La cautela que reflejaban sus preciosos ojos verdes, el modo en que tenía cruzados los brazos, como para protegerse, despertaron en seguida la compasión de Ty. Nunca había deseado despertar un sentimiento de temor en ninguna mujer.

—Estos regalos pesan —dijo con suavidad—. Vamos dentro.

Lexi dudó un momento, pero finalmente abrió la puerta y se apartó para dejarlo pasar.

—Puedes dejarlos en la mesa —dijo, y señaló la zona de cocina de la gran habitación—. Los abriré luego.

Ty dejó los paquetes donde le había indicado y luego observó el resto de la casa. Las rusticas paredes hechas de troncos, las alfombras sobre el suelo de madera y un gran hogar de piedra creaban una atmósfera cálida y acogedora en la cabaña. Mientras miraba la chimenea recordó la noche que Lexi y él pasaron juntos. Una fría tarde de invierno pasada frente al fuego, con las llamas iluminando sus sudorosos cuerpos desnudos mientras hacían el amor.

Movió la cabeza y frunció el ceño. Recordar aquella noche era una pérdida de tiempo y energía. Lexi estaba casada con otro hombre.

—Te agradezco que te hayas molestado en traer los regalos —dijo Lexi tras él—, pero estoy segura de que tendrás que volver a la clínica.

—En realidad no —replicó Ty, enfadado. Lexi podía tratar de librarse de él, pero estaba dispuesto a bajar al infierno antes que permitir que lo alejara de Matthew—. Ya he hecho mis visitas y no tengo ningún otro paciente hasta última hora de esta tarde —trató de mantener una expresión agradable cuando añadió—: Además, creo que ya es hora de que tú y yo mantengamos una larga charla, Alexis.

—Te he dicho muchas veces que mi nombre es Lexi.

Ty sonrió con frialdad.

—Ah, sí. Alexis es tu nombre en la ciudad, ¿no?

—Ty, no…

Parecía tan vulnerable, tan herida, que Ty tuvo que meterse las manos en los bolsillos para no alargarlas hacia ella. Tuvo que recordarse lo que había hecho, cómo había tratado de ocultarle que Matthew era hijo suyo.

—¿Dónde está el bebé? —preguntó con aspereza.

Justo en ese momento comenzó a sonar un gemido que se transformó rápidamente en un grito impaciente.

Ty vio que Lexi miraba con gesto nervioso hacia el pasillo.

—Ya sabes dónde está la puerta —dijo, y cuando se encaminó hacia el pasillo, él la siguió.

—Quiero saber qué tal está mi hijo.

Al ver que Lexi apretaba los puños, Ty supo que sus palabras la habían afectado. De pronto se volvió hacia él con los ojos echando chispas.

—¿Por qué has venido, Ty?

—Ya te lo he dicho. Quiero ver a mi hijo —dijo él con firmeza. Si Lexi creía que iba a impedirle ver al hijo que nunca había esperado tener, estaba muy equivocada—. ¿Qué sucede? ¿Te preocupa que Freddie se enfade si me ve por aquí?

—Freddie no tiene nada que ver con esto.

—En eso tienes razón. Me alegra oírte decirlo.

—Eres imposible.

Cuando Lexi se volvió para entrar en un cuarto que daba al vestíbulo, Ty la siguió. Sus labios se tensaron mientras miraba la gran cama que se hallaba en el centro. No quería pensar en otro hombre compartiendo aquella cama con ella, abrazándola, amándola bajo la colorida colcha. Sabía que era ridículo, pero un sentimiento totalmente primitivo y territorial se apoderaba de él cada vez que aquella imagen pasaba por su mente.

Lexi tomó a Matthew de la cuna y lo estrechó contra su pecho. Besó la cabecita del bebé y le murmuró algunas palabras suaves.

—Tendrás que venir en otro momento —dijo—. Matthew quiere comer.

Ty se encogió de hombros.

—Que coma. He visto dar de mamar a muchas mujeres —su tono sonó sospechosamente seductor cuando añadió—: Además, ya he visto tus pechos antes.

Las mejillas se Lexi se tiñeron de rubor.

—Ty, por favor, no…

—¿No qué? ¿Pretendes que no recuerde tu precioso cuerpo, o tus pechos perfectos? —Ty negó con la cabeza—. Hay algunas cosas que un hombre no puede olvidar.

—Pues más vale que lo intentes —replicó Lexi.

Ty avanzó hacia ella para desabrocharle el botón superior del ligero vestido de algodón que llevaba puesto.

No comprendía qué le estaba pasando, pero fue incapaz de detenerse antes de haberle desabrochado el segundo y el tercero. Tuvo

que tragar saliva cuando las puntas de sus dedos acariciaron la satinada piel que había bajo la suave tela. Luego alzó la mano para acariciar la mejilla de Lexi y deslizar el pulgar por sus labios.

¿Por qué no habían podido ser distintas las cosas? ¿Por qué no se había puesto en contacto con él al descubrir que estaba embarazada?

Hambriento e impaciente, Matthew dejó escapar un prolongado gemido.

Aquello hizo que Tyler recuperara la cordura con tanta efectividad como si le hubieran arrojado un cubo de agua helada sobre la cabeza. Dejó caer la mano de inmediato y dio un paso atrás.

¿En qué diablos estaba pensando? Lexi pertenecía a otro hombre, y esa era una frontera que él nunca cruzaría.

—Va a amotinarse si no le das de comer —dijo.

Ella dudó.

—No vas a quedarte.

Ty asintió.

—Quiero pasar algo de tiempo con mi hijo.

Lexi le dedicó una mirada que habría hecho salir corriendo a cualquier otro hombre, pero él permaneció firme en su terreno.

Mientras Lexi se volvía y caminaba hacia una mecedora que había junto a la cama, el suave balanceo de sus caderas hizo que todo el cuerpo de Ty se tensara. Tener un bebé no había hecho que su figura resultara menos atractiva ni que su belleza resultara menos sensual. Más bien al contrario.

Ty sabía que si hubiera tenido algo de sentido común se habría ido de allí de inmediato. En lugar de ello, metió las manos en los bolsillos, apoyó un hombro contra uno de los postes del extremo de la cama y esperó que su sonrisa pareciera menos forzada de lo que era.

Con su sedoso pelo castaño dorado sujeto atrás, el vestido de algodón moviéndose con suavidad en torno a sus perfectas pantorrillas y sus pies desnudos sobre el suelo de madera, Lexi parecía la quintaesencia de la maternidad. Cuando se sentó, liberó uno de sus pechos del sujetador y lo guio hacia la anhelante boca del bebé, Ty sintió que su interior prendía en llamaradas.

La intimidad de verla amamantando a su hijo resultó abrumadora. Y Ty supo con certeza que nunca había sido testigo de nada tan bello.

Pero eso no cambiaba nada. Lexi había pretendido ocultarle la existencia de su hijo. Haría bien en recordar que no podía fiarse de ella.

Lexi maldijo sus locas hormonas mientras se sentaba en la mecedora. Cuando Ty había alargado una mano para desabrocharle el

vestido y había rozado la parte superior de uno de sus sensibilizados pechos, sus rodillas habían amenazado con doblarse y su pulso había enloquecido.

Casi pudo sentir físicamente la intensidad de su mirada cuando su hijo tomó el pezón en su boca. Pero se negó a mirarlo, se negó a permitirle ver las lágrimas que amenazaban con deslizarse por su mejilla.

Mientras estaba embarazada había soñado con compartir un momento como aquel con un marido, pero la realidad de sus circunstancias era más una pesadilla que una fantasía romántica.

—¿Sabe Fred que soy el padre de Matthew? —preguntó Ty.

—Sí. Pero Freddie…

—Bien —interrumpió Ty, y Lexi se estremeció al ver su tensa sonrisa—. En ese caso supongo que no le sorprenderá enterarse de que voy a solicitar una custodia compartida.

Desde el momento en que había visto a Ty en la clínica, Lexi había sabido que la conversación que estaban sosteniendo iba a ser inevitable, pero le habría gustado mantenerla en otras circunstancias, no con uno de sus pechos expuestos y Ty cerniéndose sobre ella como un animal dispuesto a abalanzarse sobre su presa.

En ese momento sonó el busca de Tyler, que presionó un botón y leyó el mensaje que aparecía en la diminuta pantalla.

—Tendremos que seguir hablando de esto más tarde —dijo—. Me necesitan en la clínica.

—Estoy segura de que sabrás encontrar la salida —dijo Lexi.

Sus miradas se encontraron un largo momento.

—Volveré —prometió Ty.

—Lo sé.

Lexi sintió un gran alivio cuando, finalmente, Ty se volvió y salió del dormitorio.

Después de amamantar a Matthew lo cambió de pañal y lo dejó en la cuna para que se durmiera.

—Si tu padre cree que puede andar viniendo aquí con exigencias, está muy equivocado —susurró.

Con una mezcla de rabia, temor y sentimiento de anticipación, fue hasta la puerta principal a mirar el camino por el que Ty se había ido hacía unos minutos. Muy pronto estaría de vuelta para dejar aquel asunto zanjado. Tendría muchas preguntas que hacerle, y querría otras tantas respuestas.

Pero antes de contarle por qué había mantenido en secreto su embarazo, ella tenía otras cuantas preguntas que hacerle, y esperaba obtener muy buenas respuestas antes de aceptar compartir con él la


custodia de su hijo.

Capítulo 4

Una semana y media más tarde, Ty acababa de subir las escaleras del porche de Lexi cuando lo oyó. No había sonado muy alto, y si la puerta no hubiera estado parcialmente abierta, probablemente ni se habría enterado. Pero una vez que uno había escuchado aquel sonido, era imposible olvidarlo. Nada afectaba más a un hombre que el sonido de los sollozos de una mujer.

Nunca en su vida había entrado en una casa sin ser invitado, pero en aquella ocasión no se lo pensó dos veces y empujó la puerta.

Una intensa sensación de miedo se apoderó de él al encontrar a Lexi acurrucada en un extremo del sofá, con Matthew acunado contra su pecho. Como médico, conocía muy bien las complicaciones que podían surgir en las primeras semanas de la vida de un bebé.

Se arrodilló frente a ella.

—¿Qué sucede, Lexi? ¿Se encuentra bien Matthew?

Ella asintió, pero cuando alzó los ojos para mirarlo, sus sollozos se recrudecieron.

—¿Va todo bien? —insistió Ty.

Lexi volvió a asentir a la vez que le entregaba el bebé. Luego se cubrió el rostro con las manos y siguió llorando.

Ty miró a Matthew y comprobó que dormía plácidamente.

—¿Por qué estás llorando? —preguntó, perplejo.

—No… lo sé —sollozó Lexi, con el rostro aún enterrado entre las manos—. Pero… no puedo… parar…

La confusión de Ty dio rápidamente paso a una abrumadora sensación de alivio. De pronto comprendió cuál podía ser el motivo de aquel llanto incontrolable. Lexi sufría un caso de depresión posparto.

—Enseguida vuelvo —dijo mientras se ponía en pie. Fue al dormitorio de Lexi, dejó al bebé en la cuna y luego pasó por el baño para tomar un paño húmedo.

No era raro que una mujer que acababa de dar a luz experimentara inexplicables arrebatos de llanto durante varias semanas. Los intensos cambios hormonales combinados con la responsabilidad y el estrés que conllevaba ocuparse de un bebé podían abrumar a una madre primeriza. Era algo sobre lo que una mujer no podía ejercer ningún control.

Al mirarse en el espejo que había sobre el lavabo experimentó una punzada de culpabilidad.

«No podías haber sido más inoportuno», se dijo, recordando el día en que se había presentado allí para comunicar a Lexi que pensaba solicitar una custodia compartida. Probablemente, lo único que había conseguido había sido añadir una tremenda tensión a sus ya

estresantes circunstancias.

Eso era algo que él sí podría haber controlado.

Cuando volvió al cuarto de estar, se sentó en el sofá junto a ella y la tomó con suavidad entre sus brazos. Le humedeció el rostro con el paño, pero aquel gesto solo sirvió para que su llanto se intensificara. Finalmente abandonó sus esfuerzos y se limitó a tenerla abrazada mientras seguía llorando.

Su sentimiento de culpabilidad se acrecentó con cada sollozo. Había sido muy desconsiderado presentándose allí con exigencias pocos días después del parto. Como médico, debería haber sabido cómo comportarse. Pero como padre primerizo estaba descubriendo que, a menudo, las emociones podían borrar de un plumazo años de práctica y sentido común.

Y no eran sus emociones lo único que le estaba costando controlar. En aquellos momentos, con el rostro de Lexi presionado contra su hombro y su cálido aliento acariciándole la garganta, sus hormonas estaban haciendo lo posible por hacerle olvidar sus buenas intenciones.

Solo la había tomado entre sus brazos para consolarla, pero su cuerpo quería ofrecerle mucho más que eso.

Apretó los dientes y trató de pensar en algo que apagara el fuego que comenzaba a surgir en su interior.

Tras varios intentos frustrados, trató de pensar en el marido de Lexi.

Estar sentado en un sofá con la mujer de otro hombre entre sus brazos no era lo más inteligente que había hecho en su vida. ¿Y si Fred entrara en aquellos momentos en la casa?

Aquello tampoco sirvió para nada.

Pensar en Fred tratando de ocupar su lugar como padre de Matthew añadió un elemento de rabia al fuego que ardía en su interior. Nada le habría gustado más que tener la oportunidad de golpear la elusiva nariz de aquel hombre.

Comprendió que las lágrimas de Lexi habían remitido cuando sorbió por la nariz y trató de apartarse de él. La retuvo contra sí.

—¿Te sientes mejor?

Ella asintió.

—Lo… siento. No sé por qué me ha pasado esto.

—Es bastante común.

Ty frotó su mejilla contra el pelo de Lexi. Nunca había olido nada tan delicioso como aquel aroma a madreselva.

—Dime que no volverá a suceder… por favor —susurró ella, avergonzada.

Al hablar, sus labios acariciaron la base del cuello de Ty. De inmediato, la parte baja del cuerpo de este le recordó que la última vez que había hecho el amor había sido con la mujer que sostenía entre sus brazos.

—Normalmente, las oscilaciones bruscas del estado de ánimo no duran más de una semana o dos.

Ty acarició la espalda de Lexi y trató de decirse que solo trataba de ofrecerle consuelo, pero en el fondo sabía por qué seguía abrazándola, por qué no quería soltarla. Era tan agradable volver a sentir su suave y cálido cuerpo presionado contra el de él… ¿Cuántas veces después de aquella noche de invierno en la ciudad había lamentado no haber podido pasar más tiempo con ella?

Envuelta en la calidez de Ty, Lexi experimentó una sensación parecida a la de haber llegado por fin a su hogar tras un largo y azaroso viaje. Cuando él apoyó una mano bajo su barbilla y le hizo alzar el rostro para secar con un beso la humedad de sus pestañas, su pulso enloqueció.

—Me desgarra verte llorar —murmuró Ty.

El sonido de su rica voz de barítono hizo que Lexi sintiera un cosquilleo por todo el cuerpo. Lo miró a los ojos. La innegable expresión de deseo que vio en ellos la dejó sin aliento.

—¿De quién es el todoterreno que hay aparcado delante de tu casa, Lex? —preguntó una voz masculina desde el porche.

El hombre que entró en la cabaña se detuvo en seco al ver a la pareja abrazada en el sofá.

Lexi se apartó de Ty al instante. Había olvidado por completo que Jeff iba a pasarse por allí para arreglar el grifo del fregadero.

Se levantó y se acercó a su hermano.

—No te esperaba tan temprano.

—Eso es evidente —dijo, tenso. Lexi sabía que era imposible que pasara por alto el rubor de sus mejillas y su agitada respiración.

Ty se levantó lentamente del sillón y se situó junto a ella.

—El todoterreno es mío.

—¿Y quién diablos eres tú? —preguntó Jeff en tono acusador.

—Tyler Braden.

—Es el nuevo médico de Dixie Ridge —añadió Lexi rápidamente.

—Mi esposa mencionó lo servicial que fue con ella cuando estuvo en la clínica —gruñó Jeff—, pero no dijo nada sobre lo amistoso que puede llegar a ser —señaló el sofá—. ¿Suele ser tan atento con todas sus pacientes?

Lexi miró de su hermano a Ty. Ambos hombres se estaban mirando como un par de boxeadores a punto de competir por un título.

Podía comprender la actitud de Jeff. Siempre había sido el típico hermano mayor pesado y sobreprotector. ¿Pero Ty…?

De pronto comprendió. Ty creía que Jeff era Fred, su marido ficticio.

Precisamente aquello era lo que necesitaban sus alterados nervios. Pretendía mantener una conversación tranquila y privada con Ty respecto al nacimiento de su hijo, pero de pronto se encontraba enfrentada a una situación explosiva.

Debía hacer algo al respecto, y debía hacerlo rápido. Cuando Jeff averiguara que Ty era el padre de Matthew, empezaría a dar golpes y después haría las preguntas.

—Ty, ¿te importaría ir a echar un vistazo al bebé? —al ver que Ty no parecía tener intención de moverse, añadió en tono sentido—: Por favor.

Tyler pareció a punto de protestar, pero finalmente asintió y se alejó por el pasillo.

Lexi esperó a que entrara en el dormitorio. Luego se volvió hacia Jeff.

—¿Podrías volver luego? —preguntó en voz baja, suavemente.

Jeff se cruzó de brazos.

—No pienso dejarte a solas con ese tipo.

—¿Por qué no?

—Médico o no, cualquier hombre capaz de intentar ligar con una mujer que ha dado a luz hace menos de dos semanas no puede traerse nada bueno entre manos.

Lexi gimió al reconocer la tozuda expresión de su hermano. El infierno tendría que helarse para conseguir que se fuera de allí sin recibir una explicación.

Pero debía intentarlo.

—Prometo explicártelo todo más tarde.

—No.

Para echarlo de allí sería necesario un milagro acompañado de truenos, relámpagos y una sonora voz procedente de lo alto… o una mujercita batalladora y con fuego en los ojos.

—¿Dónde está Freddie?

Claramente sorprendido por la inesperada pregunta, Jeff miró a su hermana con cara de extrañeza.

—En casa. ¿Por qué?

Lexi no se molestó en contestar mientras se acercaba al teléfono. Su cuñada respondió a la segunda llamada.

—Necesito que vengas a casa cuanto antes, Freddie.

—¿Qué sucede?

—Ty ha venido a visitarme y…

—… Jeff acaba de ir a tu casa a arreglar el grifo del fregadero —concluyó Freddie.

—Exacto.

—¡Por las ligas de la abuela! ¿Han empezado a soltar puñetazos ya?

—Todavía no, pero ya conoces a Jeff. Si llegara a enterarse de lo que tú ya sabes antes de que pueda explicárselo…

—Aguanta. Enseguida voy.

Mientras colgaba el teléfono, Lexi maldijo a sus locas hormonas y a los hombres en general. De pronto, las lágrimas nublaron su visión y comenzaron a deslizarse silenciosamente por sus mejillas. Qué momento tan oportuno para sufrir otro ataque de llanto, pensó mientras se volvía hacia su desconcertado hermano.

—Voy a tener que pedirte un favor, jovencito —dijo Ty mientras cambiaba el pañal de su hijo—. Necesito que seas un buen chico mientras aclaro las cosas con tu madre y con Fred. ¿Crees que podrás hacerme ese favor?

Matthew miró a su padre, agitó los puños y los pies y succionó ruidosamente su chupete.

—Bien —Ty terminó de ponerle el pañal y lo devolvió a su cuna. En menos de un minuto, el bebé cerró los ojos y dejó de succionar el chupete—. Sabía que podía contar contigo.

Cuando regresó al cuarto de estar encontró a Lexi llorando incontrolablemente y a su marido junto a ella, completamente perplejo.

—¿Qué diablos le pasa? —preguntó Jeff, desesperado—. Hace un momento parecía dispuesta a arrancarme la cabeza y de pronto se ha puesto a llorar como un bebé.

Ty se pasó una mano por la parte trasera del cuello.

—Sufre un desequilibrio hormonal.

Jeff se ruborizó a la vez que asentía.

—¿Como cuando tiene la… regla?

Ty se encogió de hombros.

—Supongo que podría decirse que es algo parecido.

—¿Qué podemos hacer para que se sienta mejor? —preguntó Jeff, preocupado—. Preferiría tener que trepar por una alambrada de espino que escuchar a una mujer llorando.

El estómago de Ty se encogió. Era evidente que Fred quería a Lexi con todo su corazón, y que sus lágrimas lo estaban destrozando.

—¿Se puede saber qué le habéis hecho a la pobre chica?

Al oír aquella enfadada voz femenina, Ty se volvió y vio que la rubia que había conocido a la puerta de la clínica acababa de entrar en la casa.

—Nada —dijo Jeff de inmediato. Al ver que ella lo taladraba con la mirada, se volvió hacía Ty con expresión de súplica—. Cuéntaselo.

Antes de que Ty pudiera decir nada, la pequeña rubia pasó un brazo por la cintura de Lexi y la llevó hasta el sofá. Luego se volvió hacia los hombres y señaló la puerta.

—¡Largo! Los dos. Y no quiero oíros dando voces fuera, ¿está claro?

Al ver que dudaban, les dedicó una mirada que hizo que ambos se encaminaran hacia la puerta sin pensárselo dos veces.

Ty alzó una ceja y dedicó a Jeff una sorprendida mirada cuando este murmuró «sí, cariño» mientras ambos salían hombro con hombro de la casa.

Una vez fuera, Ty miró al hombre sentado junto a él en las escaleras del porche. Fred el Blandengue no tenía el aspecto que había imaginado. En lugar de un tipo pequeño de aspecto enfermizo, aquel tipo medía un poco más que él, lo superaba por lo menos en diez kilos de peso y aparentaba tener la salud de un caballo.

Había tratado de autoconvencerse de que Fred era un completo cretino sin cualidad alguna, pero la realidad era que acababa de ser testigo de cuánto quería a Lexi, de cómo las lágrimas de esta habían afectado a aquel hombretón.

—Hace tiempo que aprendí a no contradecir a mi esposa cuando se pone así —dijo Jeff, y sonrió tímidamente—. Podría resultar peligroso para mi salud.

—A veces, una retirada a tiempo es una victoria —asintió Ty.

—Desde luego —Jeff suspiró—. Puede que mi media naranja sea pequeña, pero la dinamita siempre viene en paquetes pequeños.

Lexi era delgada, pero con su metro setenta y cinco no podía ser considerada pequeña.

Ty frunció el ceño.

—¿De quién estás hablando?

—De mi esposa. Puede que parezca un ángel, pero cuando se pone dura es capaz de hacer huir al diablo —Jeff rio—. Es una suerte que no estuviera ya totalmente enfadada cuando nos ha echado.

Ty se quedó boquiabierto.

—¿Estás casado con la rubia?

—Desde hace siete años —contestó Jeff, orgulloso. Miró hacia la puerta de la casa y sonrió amorosamente—. Es una maravilla de mujer, ¿verdad?

Ty lo miró atentamente. Aunque el pelo de aquel hombre era más oscuro, el parecido era evidente. Se preguntó por qué no lo habría notado de inmediato.

—Tu eres el hermano de Lexi.

Jeff asintió a la vez que daba un fuerte apretón de manos a Ty.

—Soy Jeff Hatfield.

—Creía que eras Fred.

Jeff rio.

—No. Freddie es mi esposa. En realidad, su nombre es Winifred Mae Stanton Hatfield, pero lo odia. Y no se te ocurra llamarla nunca Winnie o Freddie Mae. Acabarías con un ojo morado —volvió a reír y movió la cabeza—. Si sabes lo que te conviene, más vale que la llames Freddie.

La mente lógica de Ty trataba de asimilar lo que acababa de decirle Jeff.

—Lexi no está casada —dijo, incrédulo.

—No —Jeff frunció el ceño—. Regresó hace diez meses, soltera y sin trabajo. Cuando supimos que estaba embarazada, Freddie y yo tratamos de averiguar quién era el padre y por qué no estaba con ella, pero se negó a contárnoslo. Incluso le dije que iría tras el bastardo con mi escopeta para asegurarme de que cumpliera con su deber.

Ty se puso tenso al escuchar aquel familiar término, pero se recuperó lo suficiente como para preguntar:

—¿Y qué dijo Lexi a eso?

—Que no era asunto mío —contestó Jeff, claramente exasperado —. ¿Puedes creerlo? Un señorito de ciudad deja embarazada a mi hermana, desaparece… ¿y se supone que debo olvidarlo?

Ty respiró profundamente y miró a Jeff a los ojos.

—Al parecer, Lexi hizo lo mismo con el padre del bebé.

—¿Qué quieres decir?

—Que no me dijo que esperaba un hijo mío.

Jeff lo miró como si acabara de golpearlo con un bate de béisbol entre los ojos.

—¿Tú…? ¿Tú eres el miserable, el…?

—Sí.

Jeff se puso en pie de un salto y apretó los puños.

—Así que mi hermana es lo suficientemente buena como para llevársela a la cama, pero no tanto como para casarse con ella, ¿no? ¿Qué clase de hombre eres? ¿Cómo has podido permitir que pasara sola por todo esto?

Ty se levantó y se encaró con Jeff.

—Si lo hubiera sabido…

Cuando el golpe llegó, Ty estaba preparado para recibirlo. Utilizando un truco de supervivencia que aprendió siendo adolescente, se movió rápidamente para bloquear el puño y luego giró el brazo de Jeff tras la espalda de este y lo inmovilizó mientras trataba de razonar con él.

—No sabía nada del embarazo. De hecho, no había vuelto a ver a tu hermana hasta el día en que acudió a la clínica a dar a luz.

Jeff se libró del agarrón de Ty y se volvió hacia él. Su enfado pareció remitir al reconocer la verdad en la mirada de su contrincante.

—¡Maldita sea! Así que no sabías que estaba embarazada, ¿no?

—No tenía ni idea.

—¡Lexi Gail Hatfield! ¡Sal aquí ahora mismo!

La puerta se abrió unos segundos después, pero en lugar de Lexi, la que salió al porche fue Freddie. Apoyó las manos en sus caderas, ladeó la cabeza y miró a su marido.

—Jeff Hatfield, creía haber dejado bien claro que no quería oírte alzar la voz.

—Mi hermana tiene muchas explicaciones que darnos —gruñó Jeff. Señaló a Ty—. Braden es el padre del niño, y Lexi ni siquiera se molestó en contárselo.

—Lo sé —dijo Freddie con calma.

Desconcertado por la admisión de su esposa, Jeff abrió y cerró la boca varias veces antes de hablar.

—¿Y no me lo has dicho?

Freddie sonrió.

—No.

Jeff se cruzó de brazos.

—¿Y por qué no?

—Lexi me hizo prometerlo —los ojos de Freddie brillaron traviesamente—. Además, pichoncito mío, hay ciertas cosas que los hombres no necesitan saber.

La expresión horrorizada de Jeff al oír que su esposa utilizaba en público aquel apelativo cariñoso hizo que Ty se aclarara la garganta para no romper a reír. Pero cuando ella mandó un beso a su marido antes de volver a entrar, no pudo evitar sonreír.

—¿Pichoncito mío?

—Tú no has oído eso —advirtió Jeff.

La sonrisa de Ty se ensanchó.

—¿Que no he oído qué?

Jeff volvió a sentarse en las escaleras, ruborizado.

—¡Mujeres!

—No hay quien las entienda —Ty se sentó junto a Jeff y miró a lo

lejos—. Aún no entiendo por qué Lexi no se puso en contacto conmigo en cuanto supo que estaba embarazada.

—Debiste llevarte una auténtica sorpresa cuando por fin lo hizo.

—No lo hizo —el tono de Ty reveló claramente que aún se sentía traicionado—. Tuve que deducirlo por mi cuenta.

—Entonces, ¿cómo estás seguro de que el bebé es tuyo?

—No hay ninguna duda al respecto. La fecha coincide y se parece a mí.

Jeff rio.

—¿Cómo puedes saberlo con toda esa piel roja y arrugada? A mí, todos los bebés me parecen iguales.

—Tiene un remolino un poco a la izquierda de su frente igual al mío. Es un rasgo familiar.

Permanecieron unos momentos en silencio mientras Jeff digería lo que le había dicho Ty.

—¿Y te ha explicado ya Lexi por qué no te dijo nada?

—No —Ty suspiró—. Pero te aseguro que pienso averiguarlo.

Sentada en el sofá, Lexi terminó de secarse las lágrimas con un pañuelo de papel.

—¿Qué hacen ahora? ¿Pegarse?

Freddie miró por la ventana y soltó un bufido.

—Parece que se están riendo —movió la cabeza y fue a sentarse a la mecedora—. Si no supiera que no es así, habría jurado que eran amigos de toda la vida. Pero ya conoces a Jeff; podría estar planeando cualquier cosa.

—Hombres —murmuró Lexi.

—No puedes vivir con ellos y no puedes dispararles —dijo Freddie, y a continuación dio un profundo suspiro.

Ambas mujeres asintieron solemnemente y luego rompieron a reír.

—Gracias —dijo Lexi—. Lo necesitaba.

—Lo suponía —Freddie miró hacia la puerta—. ¿Cuánto tiempo crees que tardará Ty en entrar exigiendo respuestas?

Lexi se encogió de hombros.

—En cualquier momento. A estas alturas, estoy segura de que Jeff ya le habrá explicado que tú eres Freddie y le habrá puesto al tanto sobre mi estado civil.

—¿Quieres que Jeff y yo nos quedemos por si necesitas apoyo moral?

Lexi sintió la tentación de aceptar, pero finalmente negó con la cabeza.

—Será mejor que resuelva esto por mi cuenta —se levantó, irguió

los hombros y se encaminó hacia la puerta—. Él no es el único que tiene preguntas que hacer.

—Esa es mi chica —dijo Freddie, sonriente—. Lo mejor es tomar al toro por los cuernos.

Lexi guiñó un ojo.

—O al médico por el estetoscopio.

—Oooh, eso suena realmente pervertidillo —Freddie se levantó para irse—. Espero que obtengas las respuestas que buscas.

—Yo también —murmuró Lexi.

—Si nos necesitas, lo único que tienes que hacer es llamar. Podemos estar aquí en menos de cinco minutos —tras dar un fuerte abrazo a su cuñada, Freddie salió al porche y dijo—: Jeff, es hora de que nos vayamos a casa.

Jeff apoyó las manos en las caderas con gesto testarudo.

—Pero Lexi y Braden…

—Tienen mucho de qué hablar —concluyó Freddie—, y no nos necesitan aquí para hacerlo.

Jeff estuvo a punto de protestar, pero la mirada que le dirigió su esposa le hizo pensárselo dos veces. Se volvió y ofreció su mano a Ty.

—Buena suerte, Braden.

—Gracias —Ty estrechó la mano de Jeff y luego miró a Lexi. La determinación que vio en sus ojos verdes le hizo añadir—: Creo que voy a necesitarla.

—Vamos, Jeff —dijo Freddie al ver que su marido no se movía—. Tienes trabajo esperándote en casa.

Jeff pareció confundido.

—¿En serio?

Freddie asintió.

—Granny Applegate dijo que la luna está en la fase ideal para hacer un bebé esta noche, pichoncito mío —se acercó a su marido y le pasó un brazo por la cintura—. Y yo no puedo hacerlo sola, grandullón.

Jeff guiñó un ojo a Ty.

—Ah. Es un trabajo sucio, pero alguien tiene que hacerlo —tomó a su esposa de la mano y se alejó con ella de la casa—. Hasta luego.

Ty observó a la pareja mientras desaparecía en el espeso bosque que había tras el patio delantero. Luego se volvió hacia Lexi. Parecía exhausta.

—Supongo que querrás algunas respuestas —dijo ella, e hizo un gesto para que la siguiera al interior.

—¿Te encuentras en condiciones de hacer esto ahora? —preguntó Ty mientras cerraba la puerta a sus espaldas.

—No —replicó Lexi—. Pero no creo que retrasarlo vaya a facilitar las cosas.

Ty se acercó a ella.

—Probablemente tengas razón.

Parecía cansada, pero también tan decidida que no se lo pensó dos veces antes de tomarla entre sus brazos. Siempre había admirado la fuerza y la independencia, y en una mujer las encontraba increíblemente sexys.

La atrajo hacia sí y bajó la mirada hacia ella.

—¿Tienes idea del alivio que ha supuesto averiguar que no estás casada? —preguntó con voz ronca—. Llevaba dos semanas reconcomiéndome a causa de la culpabilidad.

—¿Por qué?

—Nunca ha sido mi estilo desear a la mujer de otro —contestó Ty a la vez que inclinaba la cabeza—. Y porque he querido hacer esto desde que entré en la sala de partos hace unos días.

Capítulo 5

Ty presionó sus labios contra los de Lexi, castigándola por su engaño. Pero mientras su boca se movía sobre la de ella, el deseo borró rápidamente cualquier sentimiento de traición.

Lexi era cálida, suave… y se estaba mostrando muy receptiva. El dulce gemido de deseo que escapó de su garganta hizo que todo el cuerpo de Ty se tensara de necesidad. Su inmediata y previsible respuesta le hizo sentir que sus vaqueros habían encogido repentinamente.

La incomodidad lo ayudó a recuperar la cordura. La deseaba y la había deseado desde el primer día que la conoció, pero no podía hacer el amor con ella tan pronto después del parto. Además, había demasiados asuntos pendientes entre ellos, demasiadas preguntas que necesitaban respuesta.

Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, interrumpió el beso y se apartó de ella lo suficiente como para no tenerla al alcance de las manos.

—Será mejor que hablemos antes de que esto vaya más allá —dijo.

Lexi sintió que las rodillas se le habían vuelto de goma mientras se encaminaba hacia la mecedora. Si no se sentaba pronto, corría el peligro de caerse en medio del suelo. Los besos de Ty habían sido muy potentes aquella noche en su apartamento, pero el que acababa de darle la había dejado temblando. En el momento en que sus labios la habían tocado había olvidado todos los problemas que tenían.

Finalmente alcanzó la mecedora y vio que Ty ocupaba el sofá. Sabía que aquello tenía que ser difícil para él, pero no lo estaba siendo menos para ella.

—No me quedé embarazada a propósito, Ty —dijo, decidida a no andarse con rodeos.

Él negó con la cabeza.

—Nunca he pensado eso.

—No lo supe hasta varias semanas después de volver.

—Lo suponía —Ty se inclinó hacia delante en el asiento. El único indicio externo de sus emociones se reflejó en la tensión de su mandíbula—. Pero eso no explica por qué no me pusiste al tanto de tu embarazo. ¿No pensaste que tenía derecho a saberlo?

—Quería decírtelo.

—¿Y por qué no lo hiciste? —Ty se levantó del sofá y empezó a caminar de un lado a otro—. ¿No se te ocurrió pensar que tal vez querría intervenir en las decisiones que tomaras?

Lexi respiró profundamente.

—Sabía exactamente cómo quería enfrentarme a la situación.

—¿Y lo que yo opinara no contaba?

—Yo no he dicho eso.

Ty se detuvo ante ella, claramente enfadado.

—Entonces, ¿qué estás diciendo?

Lexi suspiró.

—Quería tener a mi bebé, Ty.

—«Nuestro» bebé. También es hijo mío.

—Sí.

Lexi había sabido que aquella conversación no iba a ser fácil, pero aún le costaba vocalizar lo que había temido durante los primeros meses de embarazo.

—Pensé que tratarías de convencerme para que interrumpiera el embarazo.

—¿Y qué te hizo pensar eso?

—¿Qué otra cosa podía pensar? La noche que estuvimos juntos te ocupaste de dejarme muy claro que nunca querrías tener un hijo.

Ty sintió que su enfado se desvanecía al recordar sus palabras. Pensaba lo que le dijo aquel día a Lexi, y aún lo pensaría de no haberse enterado de la existencia de Matthew. Pero se había enterado, y eso lo había cambiado todo.

Pasó una mano por la parte trasera de su cuello para relajar la tensión que sentía en él.

—Ahora las circunstancias son distintas.

Lexi se levantó de la mecedora.

—¿Porque sabes lo del bebé?

—Sí.

—¿Por qué no querías un hijo? —Lexi apoyó una mano en el brazo de Ty—. Te he visto con Matthew y se nota que te gustan los niños.

Ty ignoró la pregunta. No estaba preparado para compartir sus motivos para no querer tener hijos.

—Quisiera o no, el caso es que lo he tenido, y pienso responsabilizarme de él. No voy a permitir que me impidas formar una parte importante de su vida, Lexi.

—¿Qué te hace pensar que querría hacer algo así? —preguntó ella, conmocionada.

—Que tuviste tiempo de sobra para aclarar las cosas, pero no lo hiciste —replicó él con dureza—. Si yo no hubiera deducido que Matthew era hijo mío, habrías permitido que siguiera creyendo que era de otro hombre.

—¡Eso no es cierto! —exclamó Lexi, obviamente turbada por aquella afirmación.

Ty apoyó las manos en sus hombros y la miró a los ojos.

—¿Por qué me mentiste?

—No te mentí —insistió Lexi, temblorosa.

Ty apretó los dientes para controlarse. No ganaría nada perdiendo los nervios.

—Mentiste por omisión. Sabías que yo creía que estabas casada, y no te molestaste en aclararme que no era así. Ni siquiera sabía tu nombre verdadero. Creía que te llamabas Alexis Madison.

—Ese era mi nombre de locutora en la radio. La directiva pensaba que Lexi Hatfield sonaba demasiado… rural.

—De modo que así nació Alexis Madison —Ty sabía que no era razonable esperar más de lo que ella quisiera darle, pero en aquellos momentos no se sentía demasiado racional—. ¿Te avergonzaba tu pasado?

Lexi le dedicó una mirada iracunda.

—No. No me avergüenza en lo más mínimo que mi padre fuera un carpintero sin educación, ni que mi madre pasara directamente del colegio a cambiar pañales. Procedo de una familia de gente buena y honrada y estoy orgullosa de ellos.

—¿Qué pensaban de las concesiones que tuviste que hacer por tu carrera?

—Murieron en un accidente de coche cuando yo tenía quince años —contestó Lexi con tristeza antes de dedicarle una mirada desafiante —. Pero si hubieran vivido, estoy convencida de que habrían comprendido y apoyado mi cambio de nombre. Seguro que tus padres también te apoyaron cuando decidiste convertirte en doctor.

Lexi notó al instante que Ty se había puesto tenso al oír mencionar a su familia. Vio cómo se cerraba a ella tan efectivamente como si de pronto hubiera bajado una persiana.

Enfadada, apoyó las manos en las caderas.

—De modo que así están las cosas, ¿no? Podemos diseccionar a mi familia, podemos cuestionar mis decisiones y mis motivaciones, pero todo lo tuyo queda al margen, ¿no?

—Mi pasado no tiene nada que ver con el tema del que estamos hablando —replicó Ty a la defensiva.

—Forma parte de la herencia de mi hijo…

—De nuestro hijo.

—De la herencia de «nuestro» hijo —corrigió Lexi—. Querrá conocer a tu familia, querrá saber cómo su influencia te convirtió en el hombre que eres.

El pétreo silencio y la cautelosa expresión de Ty fueron más reveladoras que cualquier palabra. Finalmente, Lexi comprendió. Ty quería formar parte de la vida de Matthew, pero no de la de ella.

—¿Puedes explicarme al menos qué haces aquí? —preguntó.

—Quería ver a mi hijo.

—No. Me refería al motivo por el que estás en Tennessee Eres uno de los traumatólogos más prestigiosos de Chicago, Ty. ¿Por qué has venido a hacerte cargo de una clínica tan intranscendente como la de Dixie Ridge?

—Es solo temporal. Pienso volver a la ciudad dentro de unos meses.

—Lo sé. Pero, ¿por qué te fuiste de Chicago?

—¿Acaso importa?

Era evidente que Ty estaba ocultando algo. Lexi estaba segura de ello. ¿Sería su negativa a hablar de su pasado o de sus planes presentes una forma de ocultar su intención de llevarse a Matthew con él cuando se marchara de Dixie Ridge?

Respiró profundamente para reprimir un escalofrío.

—No veo motivo para seguir con esto. Pareces sentir que mi vida debería ser un libro abierto, pero la tuya no. Sin embargo, las cosas no funcionan así —se encaminó hacia la puerta—. Creo que lo mejor sería que te fueras, Ty.

Él pareció a punto de discutir, pero cuando Lexi abrió la puerta y se apartó a un lado, salió al porche.

—Volveré en otro momento a terminar nuestra conversación sobre la custodia compartida.

—De ahora en adelante, cuando quieras ver a Matthew te agradecería que llamaras antes —dijo Lexi mientras él bajaba las escaleras.

Tras terminar sus visitas de la mañana, Ty condujo hacia Piney Knob. Apenas prestó atención al maravilloso paisaje otoñal que lo rodeaba. Durante aquella semana, apenas había sido capaz de sentir nada excepto el sentimiento de pesar y arrepentimiento que había seguido a su conversación con Lexi.

Las acusaciones de esta sobre su reserva habían dado de lleno en la diana. Era cierto que mantenía ciertos aspectos de su vida encerrados bajo llave en su interior. Pero más que nada era una medida de autoprotección. Había aprendido hacía tiempo que si no quería escuchar la inevitable condena que sin duda seguiría a sus revelaciones, el silencio era la mejor defensa. Solo había revelado su secreto a una mujer en su vida, una mujer que creía enamorada de él.

Y nunca había olvidado el rechazo que siguió a sus confidencias.

Aparcó el todoterreno frente a la clínica y salió del vehículo. Algunas cosas era mejor no sacarlas nunca a relucir. No quería

enfrentarse al inevitable ridículo que seguiría a sus confesiones. O, peor aún, a las acusaciones. Ya tenía suficiente de todo ello cada noche, en sus sueños.

Hizo un esfuerzo por apartar aquellos desagradables pensamientos de su cabeza y entró en la clínica.

Martha apartó la mirada del libro que estaba leyendo.

—No tiene buena cara, doctor. ¿No está durmiendo lo suficiente?

—Estoy bien, Martha.

Ty debería haber supuesto que la perspicaz enfermera se fijaría y se sentiría obligada a hacer algún comentario sobre su ojerosa apariencia. Con la esperanza de distraerla, dijo:

—¿Cómo viene hoy el día? ¿Tenemos muchas citas?

—No —Martha echó un vistazo al archivador—. Parece que el resto de la mañana está despejado. Su primer paciente no vendrá hasta primera hora de la tarde.

Ty asintió y pasó junto a ella.

—Si me necesita, estaré en mi despacho —al ver que Martha lo seguía, se volvió con el ceño fruncido—. ¿Hay algo más?

Casi estuvo a punto de gemir al ver que la enfermera palmeaba el grueso moño de pelo canoso que llevaba en la parte trasera del cuello. No se sentía en condiciones de aguantar otro sermón. Pero Martha era imparable cuando empezaba.

—¿Qué he hecho esta vez? —preguntó mientras se quitaba la chaqueta.

—Usted me gusta, doctor —Martha lo miró por encima del borde de sus gafas—. Tiene mucho que aprender, desde luego, pero para ser un chico de ciudad, demuestra mucho potencial.

—Gracias, Martha —dijo Ty, sorprendido. Podría haber jurado que la enfermera lo consideraba un completo incompetente—. Viniendo de usted, lo considero todo un cumplido.

—Por eso voy a decir lo que tengo que decir —afirmó ella, y le dedicó una mirada que desafió cualquier intento de protesta.

Mientras ocupaba su asiento tras el escritorio, Ty sintió que se le erizaba el vello de la nuca mientras. Conociendo a Martha, no iba a tener que esperar mucho para enterarse de lo que quería decirle.

Y así fue.

—¿Cuánto tiempo piensa perder antes de hacer lo que debe con Lexi Hatfield?

Ty se alegró de estar sentado. De lo contrario, podría haber acabado en el suelo. ¿Cómo habría descubierto Martha la verdad?

Al ver su expresión atónita, la enfermera asintió.

—Así es. Sé que es el padre del bebé. Pero lo que quiero saber es

qué piensa hacer al respecto.

Ty se aclaró la garganta y trató de recuperar la compostura y el control de su voz.

—¿Quién…?

—No he necesitado que me lo dijera nadie —interrumpió Martha—. Puede que tenga que usar gafas, pero no estoy ciega. La reacción de Lexi cuando descubrió que era usted el médico que se había hecho cargo de la clínica bastó para despertar mis sospechas. Luego, usted admitió que ya se conocían —se encogió de hombros—. No hacía falta ser un genio para deducir el resto. Además, cualquiera puede ver que ese niño se parece cada día más a usted.

—¿Hace cuánto que lo sabe? —preguntó Ty con un hilo de voz.

Martha le dedicó una sonrisa compasiva.

—Más o menos tanto como usted.

—Pero hasta ahora no ha dicho nada. Eso no es normal en usted.

La enfermera ocupó el asiento que había frente al escritorio.

—Supuse que Lexi y usted resolverían las cosas, que irían a ver al pastor Green y que todo se resolvería. Pero usted lleva una semana más alicaído que un sabueso que hubiera perdido la nariz. ¿Qué ha pasado? ¿Es que Lexi ha rechazado su propuesta?

Ty se estremeció. A Martha no le iba a gustar su respuesta.

—No se lo he pedido.

La enfermera frunció el ceño y lo miró con expresión severa.

—¿Y por qué no?

—Es complicado.

—Solo es complicado si vosotros queréis que lo sea. ¿La amaba, doctor?

Ty miró a la malhumorada enfermera. En realidad ni siquiera conocía a Lexi. Sin duda, le había gustado desde el primer día que la vio en el ascensor de su apartamento, dos años antes, y la había deseado todo ese tiempo… pero, ¿amor?

—¿Y bien? —insistió Martha.

—No, no puedo decir que la amara. Me gustaba. Mucho —Ty eligió cuidadosamente sus siguientes palabras—. Pero se fue para venir aquí y no tuvimos oportunidad de profundizar en nuestra relación.

—Conozco muchas parejas que empezaron con menos. Supongo que se puede aprender a amar una vez hecho lo debido.

Ty no se sentía nada cómodo con el cariz que estaba tomando la conversación.

—¿De qué está hablando, Martha?

—Estoy hablando de hacer lo correcto —la enfermera cruzó los brazos bajo su generoso busto—. ¿Cuándo va a casarse con ella?

Ty la miró durante unos segundos. Una imagen de Lexi entre sus brazos mientras le hacía el amor cada noche del resto de sus vidas pasó de pronto por su mente. La sangre corrió vertiginosamente hacia la parte baja de su cuerpo, haciéndole sentirse ligeramente mareado.

Tragó saliva y agitó la cabeza para alejar sus caprichosos pensamientos.

—¿Ha perdido la cabeza? Acabo de decirle que nos gustamos, pero que no estamos enamorados.

—No estoy sorda. Sé lo que ha dicho. Pero lo correcto es lo correcto. He visto muchos matrimonios basados en mucho menos.

—Pero…

—Nada de peros —interrumpió Martha—. Conozco a Lexi Hatfield desde que nació. Puede apostar su último dólar a que si le gustó lo suficiente como para acostarse con usted, sus sentimientos podrían volverse más profundos con el tiempo. Y ahora, anímese y pídale que se case con usted.

—Sé de antemano lo que respondería si lo hiciera —Ty volvió a mover la cabeza. No podía creer que estuviera pensando en aquello seriamente.

—Así que cree que dirá que no.

—No lo creo, Martha. Lo sé.

—En ese caso necesita ayuda.

Ty sintió un cosquilleo de aprensión por todo el cuerpo.

—No creo que…

Martha lo ignoró.

—¿Sabe Jeff Hatfield que usted es el padre del niño?

—Sí, pero…

—Me sorprende que no se le haya ocurrido todavía —dijo la enfermera, sonriente.

Ty notó que se erizaba el vello de su nuca al intuir lo que estaba pasando por la cabeza de Martha.

—Y más vale que no se le ocurra.

Martha rio y le dedicó un guiño de complicidad.

—¿Ha oído hablar alguna vez de una boda celebrada a punta de escopeta, doctor?

—No necesito un nuevo vestido, Freddie —protestó Lexi mientras conducían por Main Street—. Tengo más ropa de la que nunca podré ponerme.

—Pero es ropa de ciudad —insistió su cuñada—. Ya que no vas a volver a Chicago, necesitas algo más campestre.

Lexi señaló su camiseta y sus vaqueros.

—Por si no te has dado cuenta, voy vestida como tú.

—Pero yo no tengo el nombre de un diseñador pegado a mi trasero —replicó Freddie mientras aparcaba el coche frente a la tienda de ropa de Miss Eunice—. Además, llevas un mes y medio encerrada con el niño en casa. Tienes que salir, aunque solo sea por un par de horas.

—Pero me siento culpable por haberme alejado de él.

—Las dos sabemos que Martha cuidará perfectamente de él — Freddie empezaba a perder la paciencia.

—Lo mimará demasiado —murmuró Lexi.

—No más de lo que ya lo he hecho yo —Freddie salió del coche y lo rodeó para abrir la puerta de pasajeros—. Y ahora, mueve el trasero de ahí para que podamos probarnos algunas ropas.

Lexi obedeció, reacia. Nunca había visto a su cuñada tan insistente. Casi tenía la sensación de que se traía algo entre manos, pero no lograba imaginar de qué podía tratarse.

Tras dar un profundo suspiro abrió la puerta. Daba lo mismo. A fin de cuentas, ¿en qué problemas podía meterla Freddie en la tienda de Miss Eunice?

Miss Eunice McMillan separó las cortinas que había tras el mostrador y miró a los tres hombres que estaban en su almacén.

—Acaban de aparcar.

Jeff sonrió, miró su reloj y dedicó un guiño a Ty.

—Justo a tiempo.

Ty vio cómo desaparecía la cabeza de la señora McMillan tras las cortinas a la vez que sonaba la campanilla de la puerta. Su estómago dio un vuelco cuando pensó en lo que estaban a punto de hacer. Nunca había cometido una locura como aquella, y aún no podía creer que estuviera a punto de hacerlo. Pero cuanto más pensaba en ello, más le agradaba la idea. No solo conseguiría ser padre a jornada completa, sino que compartiría su vida con la mujer más seductora que había conocido. Eso, si podía convencerla de que volviera a Chicago con él. No quería pensar en lo que sucedería si no aceptaba hacerlo.

Miró la escopeta que sostenía Jeff y se frotó las manos contra los pantalones para secarse las palmas. En determinado momento había tratado de dejarlo, razonando que sería mejor cortejar a Lexi de un modo más tradicional para luego pedirle que se casara con él. Pero su futuro cuñado no había querido saber nada al respecto.

—¿Estás seguro de que la escopeta no está cargada? —preguntó por enésima vez.

Jeff rio mientras abría la escopeta para enseñarle las dos cámaras

vacías.

—No te preocupes, Braden —susurró—. No podría dispararte ni aunque quisiera. Además de no estar cargada, ninguno de los gatillos funciona. Solo la conservo porque perteneció a mi abuelo —entrecerró los ojos—. Pero te advierto que en casa tengo una que funciona perfectamente.

Ty no tenía ninguna intención de probar a Jeff, de manera que asintió y se puso a pensar en asuntos más acuciantes. Esperaba que las costuras del esmoquin que vestía duraran un rato más. Utilizado para el escaparate de la tienda, la maldita prenda debía tener al menos veinte años y debía ser dos tallas menor que la suya.

Durante las dos semanas anteriores, Martha, Freddie y Miss Eunice habían insistido en que todo estaba bajo control, en que no tenía nada de qué preocuparse. Habían organizado todo hasta el último detalle, incluyendo la ropa que llevaría cada uno. Martha incluso había logrado que en el ayuntamiento le dieran la licencia de matrimonio sin que Lexi estuviera presente.

—¿Qué están haciendo ahora? —preguntó el pastor Green.

Jeff miró por una rendija de la cortina.

—Lexi está a punto de probarse el vestido que ha elegido Freddie —palmeó la espalda de Ty—. En cuanto dé la señal pondremos en marcha el espectáculo.

—Parece que ya estamos todos —dijo el pastor cuando se abrió la puerta trasera y Martha entró con el niño.

—He venido lo más rápido que he podido —dijo la enfermera, sin aliento—. ¿Sospecha algo Lexi?

—No —contestó Ty—. Si sospechara algo, estoy seguro de que ya habría salido corriendo.

Martha apoyó una reconfortante mano en su brazo.

—Relájese, doctor. Yo no formaría parte de esto si no estuviera segura de que estamos haciendo lo correcto.

—Martha tiene razón —asintió Jeff—. A veces, Lexi no sabe lo que le conviene —su sonrisa se ensanchó mientras alzaba la escopeta—. Por eso tenemos aquí a la vieja Betsy. Para convencerla.

Ty miró de Jeff a Martha. Esperaba con toda su alma que tuvieran razón.

—No veo ningún motivo para probarme estos zapatos, Freddie —protestó Lexi cuando su cuñada metió en el probador unos zapatos de satén color marfil.

—Tienes que probártelos.

—¿Por qué?

Freddie parpadeó, como buscando una respuesta.

—Porque… porque… —volvió la mirada hacia la anciana Miss Eunice, que se hallaba a sus espaldas—. ¿Por qué tiene que probarse los zapatos Lexi?

Miss Eunice se asomó al probador.

—Tienes que probártelo para que podamos asegurarnos de que el dobladillo del vestido tiene la longitud adecuada.

Lexi pensó que aquella razón era bastante inconsistente, pero estaba dispuesta a hacer lo que fuera para acelerar las cosas. Cuanto antes terminara de probarse un vestido que no quería, necesitaba ni tenía intención de comprar, antes podría volver con su hijo.

Se puso los zapatos y salió del probador para mirar su imagen completa en el espejo. Debería haber prestado más atención al vestido que Freddie había insistido en que se probara.

Hecha de satén color marfil y recubierta de un delicado encaje blanco, la prenda tenía un escote en forma de corazón y el corpiño estaba adornado con aljófar. Era una preciosidad, parecía totalmente un…

Lexi se volvió de pronto hacia Freddie y Miss Eunice.

—¡Pero si es un vestido de boda!

—Oh, Lexi, es perfecto —dijo Freddie, claramente emocionada—. Estás preciosa.

—Veamos cómo quedan estas flores con el vestido —dijo Miss Eunice.

Antes de que Lexi pudiera protestar, la mujer colocó un ramo de flores de brillantes colores en sus manos, colocó una guirnalda a juego en su cabeza y le puso un collar de perlas en torno al cuello.

—¿Pero qué…?

Lexi se interrumpió y parpadeó contra los destellos de un flash mientras Freddie tomaba varias fotos con una cámara que acababa de sacarse del bolso. Momentáneamente cegada por la luz y totalmente desprevenida, se tambaleó precariamente cuando Freddie le hizo alzar un pie para ponerle una liga azul justo por encima de la rodilla.

A pesar del desequilibrio y de que apenas veía, unos movimientos en la parte trasera de la tienda llamaron su atención. Se quedó boquiabierta al ver a Ty, a Jeff, al pastor Green y a Martha con Matthew en brazos saliendo en fila india del almacén de Miss Eunice.

Se puso pálida al darse cuenta de a dónde se dirigían… y estuvo a punto de desmayarse al ver que en el expositor de bodas de Miss Eunice, completo con sus falsas columnas de mármol, sus candelabros a juego, su arco de latón y sus adornos florales de plástico, faltaban los maniquíes de la novia y el novio.

Capítulo 6

—Se supone que eres un novio nervioso, Braden —murmuró Jeff —. Actúa como tal.

Con las manos alzadas en señal de rendición, Ty sintió una gota de sudor deslizándose desde su sien hasta el borde de su mandíbula mientras avanzaban hacia el arco de latón.

—Te aseguro que no voy a tener que disimular mucho —replicó.

—¡Ven aquí, Lexi! —bramó Jeff mientras apoyaba el cañón de la escopeta contra la espalda de Ty—. Braden y yo hemos mantenido una larga conversación y por fin se ha avenido a razones.

Ty miró a Lexi y lamentó con todo su corazón haberlo hecho. Sabía que no le iba a gustar aquella situación. En menos de un segundo, su expresión de asombro había dado paso a otra de furia total.

No se había engañado creyendo que aceptaría de buenas a primeras la idea de una boda a punta de escopeta. Al principio, él tampoco la había aceptado, pero cuando Martha se empeñó en poner al tanto de su plan a Jeff y a Freddie, estos habían acabado por convencerlo. Una vez casados, Lexi y él tendrían más posibilidades de explorar lo que tal vez habría surgido entre ellos si ella no se hubiera ido de Chicago.

Entonces le pareció una solución perfecta, pero en aquellos momentos empezaba a parecerle un plan totalmente ridículo.

—¿Has perdido la cabeza, Jeff? —gritó Lexi—. ¡Baja esa escopeta!

—Ni hablar —Jeff empujó a Ty con el arma para que ocupara su lugar bajo el arco—. Braden va a hacer lo que debería haber hecho desde el principio por tí y por el bebé.

Lexi se volvió hacia Freddie, furiosa.

—Es evidente que tú has tenido algo que ver en todo esto. Supongo que no puedo contar contigo para que hagas razonar al tarugo de mi hermano, ¿no?

Freddie no parecía arrepentida.

—No —pasó un brazo por los hombros de su cuñada para hacerle avanzar—. Hemos hablado de ello y todo el mundo está de acuerdo. Matthew, tú y Ty necesitáis formar una familia.

Lexi se puso aún más pálida al ver que Martha, el pastor Green y Miss Eunice asentían al unísono.

—¿También estaban metidos en esto? —susurró.

—Desde luego —contestó Martha, orgullosa—. Fui yo quien lo sugirió.

—Pues no va a funcionar —replicó Lexi. Arrojó el ramo de flores a Freddie y se acercó a Martha para tomar a su hijo en brazos—. Matthew y yo nos vamos a casa. Y si tenéis suerte, puede que algún

día llegue a olvidar todo esto.

—Ni se te ocurra pensar en ello, hermanita —dijo Jeff, serio. Amartilló uno de los cañones de la escopeta y luego el otro—. A esta distancia, podría acertar a Braden con los ojos cerrados.

—No te atreverías a hacerlo, Jeff Hatfield —replicó Lexi en tono retador.

Él se encogió de hombros.

—Pruébame.

—Dadas las circunstancias, preferiría que no hicieras la prueba, Lexi —murmuró Ty entre dientes.

Lexi se mordió el labio inferior para no soltar un sonoro taco frente al pastor Green. No creía que su hermano fuera capaz de cumplir su amenaza, pero tampoco podía estar segura. Jeff tenía opiniones inquebrantables en todo lo referente al matrimonio y los hijos. Si había decidido que Ty debía casarse con ella, nada le haría cambiar de opinión.

Miró a Ty y entrecerró los ojos. Dadas las circunstancias, su voz había sonado sorprendentemente tranquila. Como médico, tendría que saber el daño que podía causar una escopeta como aquella. Debería estar muerto de miedo. Sin embargo, lo encontraba demasiado sereno para ser un hombre con una escopeta de doble cañón apoyada en la espalda.

—¿Tú quieres seguir adelante con esto?

Ty miró a hurtadillas por encima de su hombro y luego asintió, evidentemente tenso.

—Estoy más que dispuesto.

Freddie aprovechó el momento de vacilación de Lexi.

—¿Lo ves, Lexi? Quiere casarse contigo —devolvió el ramo a Lexi y la empujó con suavidad hacia el arco. Junto a su oído, susurró—: Esta es tu oportunidad de ser feliz para siempre, como siempre hablábamos cuando éramos niñas.

Lexi lanzó una mirada iracunda a su cuñada.

—No pienso volver a hablarte mientras viva.

—Oh, claro que me hablarás —Freddie rio mientras situaba a Lexi junto a Ty bajo el arco—. Y apuesto lo que quieras a que no pasará mucho tiempo antes de que me des las gracias.

—Por si acaso, no contengas el aliento —murmuró Lexi.

—Este es un día realmente dichoso —dijo el pastor Green, que se había colocado ante Lexi y Ty.

—Me encantan las bodas —lloriqueó Miss Eunice contra su pañuelo de encaje.

—Cállate ya, Eunice —dijo Martha con voz temblorosa—. Deja que

el pastor cumpla con su misión antes de que uno de estos dos salga corriendo.

—Queridos hermanos…

El pecho de Ty se encogió cuando miró a su preciosa novia. Le habría gustado que su unión empezara de otro modo, pero, ya que no parecía posible, estaba dispuesto a aceptar las cosas tal como iban y esperar a que todo funcionara más adelante.

—Tomaos de las manos y miraos mientras repetís lo que yo diga —ordenó el pastor.

Lexi entregó su ramo a Freddie y luego se volvió hacia Ty. Sus ojos verdes brillaban de rabia y los dedos le temblaban, pero no dudó. Cuando apoyó sus manos en las de Ty, este se sintió como si acabaran de entregarle un regalo único y valiosísimo.

—Yo, Tyler Braden, te tomó a ti, Lexi Hatfield…

Lexi escuchó la sonora voz de barítono de Ty mientras repetía los votos sagrados. Sus fuertes manos envolvían protectoramente las de ella, y su sonrisa le produjo un cálido estremecimiento interior.

Se dio un zarandeo mental. Aquello no cambiaba nada. En cuanto aquella farsa hubiera terminado, pensaba ir directamente a ver a Warren Jacobs, un abogado que tenía su despacho justo frente a la tienda.

—El anillo, por favor —dijo el pastor Green.

Sonriendo a pesar de las lágrimas, Martha se acercó a ellos con Matthew en brazos.

—No todos los niños pueden decir que llevaron los anillos en la boda de sus padres.

Fue entonces cuando Lexi se fijó en los anillos de oro que se hallaban sujetos a las cintas del jersey blanco de punto que llevaba su bebé. Ella misma estuvo a punto de ponerse a llorar de emoción cuando Ty tomó su mano para ponérselo.

—Con este anillo…

Lexi retiró la mano en cuanto pudo. El contacto con la de Ty había estado a punto de hacerle perder la objetividad, y estaba decidida a ocuparse de anular aquel matrimonio antes de que la tinta del certificado se hubiera secado.

El pastor se aclaró la garganta por segunda vez.

—¿Lexi? —Ty sonrió y extendió su mano izquierda hacia ella—. Es tu turno.

Lexi parpadeó. Estaba tan absorta en sus pensamientos que había perdido el hilo de lo que debía pasar a continuación.

Sus manos temblaron mientras soltaba el otro anillo del jersey de Matthew y repetía las palabras que todo el mundo esperaba escuchar.

Pero en cuanto introdujo el anillo en el dedo de Ty y este cerró las manos en torno a las de ella, su pulso se disparó y su respiración se volvió más agitada.

—Por el poder que me ha sido otorgado por Dios y el estado de Tennessee, os declaro marido y mujer —dijo el pastor Green, satisfecho—. Puedes besar a la novia.

Al ver que Ty seguía mirando a Lexi sin decir nada, el pastor sonrió y le palmeó el hombro.

—Besa a la novia, hijo.

Ty sonrió y la atrajo hacia sí para sellar su unión con el beso tradicional. Inclinó la cabeza lentamente hasta que sus labios se encontraron.

Lexi sintió que sus piernas empezaban a temblar cuando Ty le hizo entreabrir los labios con la lengua y penetró con esta en su boca.

Cuando se apoyó contra él para conservar el equilibrio, Ty la estrechó aún con más fuerza. La sensación de su evidente deseo presionado contra el bajo vientre de Lexi hizo que los latidos del corazón de esta se dispararan. Un intenso calor la recorrió cuando Ty comenzó a acariciarle la lengua con la suya en imitación de otro movimiento aún más íntimo.

—Guarda algo para la luna de miel, Braden —dijo Jeff, y apartó a Lexi de él para darle un fraternal abrazo—. Felicidades, hermanita.

Aturdida por el beso de Ty, Lexi solo pudo asentir.

—Me alegra que por fin hayas cedido y que hayas seguido adelante con esto.

Lexi parpadeó mientras la realidad volvía a imponerse lentamente.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque era lo que debías hacer —contestó Jeff —. Y en segundo lugar, porque habría resultado muy embarazoso que te negaras.

Lexi se apartó de su hermano para mirarlo a la cara.

—¿De qué estás hablando?

—No sé qué habría hecho si hubieras reconocido a la vieja Betsy — admitió él.

Lexi miró la escopeta que Jeff sostenía en las manos.

—¿Quieres decir que nos has obligado a casarnos con una escopeta que ni siquiera dispara?

Jeff asintió, sonriente.

—No pensarías que iba a correr el riesgo de convertirte en viuda antes de que te casaras, ¿no?

—Aunque sea lo último que haga, juro que me vengaré por esto, Jeff Hatfield —dijo Lexi, y a continuación se encaminó hacia la puerta

con la mirada fija en el despacho del abogado que había al otro lado de la calle.

* * *

Dixie Ridge parecía extrañamente vacío y silencioso cuando Ty puso en marcha su todoterreno. Los zapatos viejos y las latas atadas por medio de una cuerda al parachoques trasero rebotaron ruidosamente contra el asfalto.

Ty apenas lo notó.

Su atención estaba centrada en la silenciosa mujer que llevaba a su lado. La pensativa actitud de Lexi lo preocupaba. No le había dicho dos palabras seguidas desde que el pastor los había declarado marido y mujer. ¿Estaría buscando ya un modo de librarse de su matrimonio?

Freddie le había asegurado que Lexi protestaría, pero que en cuanto hubiera pronunciado sus votos haría lo posible por cumplirlos. ¿Estaría equivocada?

¿O pensaría Lexi que él se sentía atrapado? ¿Debía admitir ante ella que todo había sido un montaje en el que él había participado gustosamente?

Sopesó sus opciones mientras entraban en la carretera que llevaba hacia la montaña. Tal vez se lo diría en sus bodas de oro, porque 110 creía que fuera prudente contarle la verdad en aquellos momentos.

Tomó su mano para asegurarse de que estaba realmente sentada a su lado. Sonrió cuando su pulgar acarició el anillo de oro que había introducido hacía un rato en el dedo de su esposa.

Su esposa.

Le gustaba el sonido de aquellas palabras. Hacía tiempo que había renunciado a la idea de tener una esposa y una familia; no había querido permitirse pensar en algo que sabía que nunca podría tener. Pero en aquellos momentos parecía una posibilidad muy real, y deseaba con toda su alma que llegara a serlo.

—No sé mucho sobre cómo ser un buen marido y un buen padre —admitió a la silenciosa mujer que estaba a su lado—, pero te prometo que haré todo lo posible por conseguirlo. Podemos hacer que esto funcione, Lexi.

Lexi se puso tensa al percibir la sinceridad del tono de Ty. Parecía que quisiera que siguieran juntos. Nada le haría más feliz a ella que tener un marido afectuoso y un buen padre para Matthew.

Miró el perfil de su atractivo marido. Durante las semanas que habían seguido al nacimiento de su hijo había comprobado que Ty

podía ser un buen padre, pero, ¿podía ser un marido afectuoso? Sabía que se sentía tan atraída por ella como ella por él, pero eso no significaba que fueran a ser capaces de construir una relación duradera. Y un matrimonio a punta de escopeta no era lo mismo que empezar una vida juntos basada en el amor y el mutuo respeto. Además, Ty volvería a Chicago y ella quería criar a Matthew allí mismo, en las montañas de Tennessee. Sería mejor para todos dar por concluido aquel matrimonio con una discreta anulación antes de que se difundiera la noticia de la boda. Ya habría puesto las cosas en marcha si el despacho de Warren Jacobs no hubiera estado cerrado por ser sábado.

—¿Qué diablos es todo esto? —preguntó Ty, haciendo salir a Lexi de su pensativo estado de ánimo.

Acababa de entrar con el todoterreno en el estrecho sendero que llevaba a la cabaña, pero este estaba bloqueado por un carruaje de caballos en cuya parte trasera había un cartel que decía Recién Casados.

Cuando Ty detuvo el coche, Harv Jenkins saltó del asiento delantero del carruaje e hizo una seña para que bajara el cristal.

—Buenas tardes, doctor —a modo de saludo se llevó una mano al sombrero—. Aparque a un lado y yo les llevaré a usted y a la señorita hasta su casa —su sonrisa carente de dientes se ensanchó cuando miró a Lexi—. Es usted una novia preciosa, señorita.

—¿Qué está pasando? —preguntó Ty mientras aparcaba.

—No estoy segura —Lexi salió del todoterreno justo cuando Jeff detenía su coche tras el carruaje. Señaló con un dedo a su hermano y a Freddie, que salió del coche para conducir el todoterreno hasta la cabaña—. Esos dos se traen algo entre manos. Cuando han insistido en que el bebé fuera con ellos debería haberlo supuesto.

Ty la ayudó a sentarse en el carruaje.

—¿Qué crees que tienen planeado ahora?

—Conociendo a mi hermano, nada bueno —dijo Lexi.

Harv hizo que el caballo se pusiera en marcha y el carruaje comenzó a avanzar. El alegre sonido de risas y música llegó hasta ellos justo antes de que tomaran la curva de la explanada y el carruaje se detuviera al borde del patio de Lexi.

—Parece un carnaval —murmuró Ty.

Enmudecida al ver la multitud reunida ante su casa, Lexi solo pudo asentir. En poco más de una hora, su cuidado jardín se había convertido en una elaborada zona de recepción para celebrar la boda. Los árboles estaban adornados con colgantes y lazos de colores y había un montón de mesas y sillas pertenecientes a la iglesia metodista del

pueblo. En el centro de cada mesa había un centro de las mismas flores que el ramo que sostenía.

Más que un poco aturdida, Lexi se fijó en una mesa más larga, con un mantel blanco, que contenía el bufé. Sus vecinos incluso habían quitado el balancín del porche para dejar espacio para un pequeño grupo de músicos.

Movió la cabeza para tratar de despejarse. Aquella mañana era una madre soltera sin otra preocupación que cuidar de su hijo y en aquellos momentos se encontraba casada, a punto de enfrentarse a la inesperada recepción de su boda y obligada a alterar sus planes de anulación.

Su idea de mantener la discreción acababa de quedar hecha añicos. Con toda la montaña celebrando sus nupcias, no iba a haber forma de anular su matrimonio de forma inmediata. Ya había provisto de munición para cotillear a todo el pueblo cuando regresó de Chicago embarazada y soltera, y no tenía intención de pasar de nuevo por aquello.

—No recordaba que esto estuviera incluido en el plan —murmuró Ty.

—¿Disculpa? —preguntó Lexi, distraída. Con todos sus vecinos acercándose al carruaje, no creía haberlo oído bien.

Ty se aclaró la garganta.

—No esperaba que esto estuviera incluido en el plan.

Ella le dedicó una mirada suspicaz. Algo le decía que Ty sabía mucho más de lo que debería sobre lo sucedido. Pero no tuvo tiempo para detenerse a pensar en aquello. Una auténtica oleada de amigos y vecinos rodeó el carruaje y Ty saltó a tierra para ayudarla a bajar.

Con las manos aún en la cintura de Lexi, Ty vio que la multitud se apartaba para conceder a una mujer mayor el honor de ser la primera en felicitar a los recién casados.

—Eres la novia más bonita que he visto nunca, Lexi —tras abrazar a Lexi, la mujer se apartó de ella y miró a Ty de arriba abajo—. Vaya, no pareces lo suficientemente mayor como para tener un hijo, y mucho menos para ayudar a traerlo al mundo.

Lexi rio.

—Ty, esta es Granny Applegate.

Tyler miró con gesto incrédulo a la pequeña mujer que se hallaba ante él. La había imaginado vestida de negro, con el pelo gris y una verruga en la punta de la nariz, pero la mujer que tenía delante llevaba un vestido de vivos colores, tenía la cabeza llena de rizos cortos y blancos y uno de los rostros más agradables que había visto

en su vida.

—Si no cierras la boca enseguida, muchacho, vas a pillarte algo —bromeó Granny.

—Me alegro de conocerla —dijo Ty.

Ella le palmeó el brazo y sonrió.

—Haz el favor de tutearme. Más adelante, tú y yo vamos a mantener una charla, hijo.

—¿En serio?

Granny asintió vigorosamente.

—Me estoy haciendo mayor y pienso que tú podrías ser un buen sustituto para traer a los niños al mundo en Piney Knob. Pero ya hablaremos de ello en algún otro momento —volvió a palmearle el brazo—. Bien venido a la montaña, hijo.

Ty no tuvo tiempo de decirle que pensaba irse en unos meses. Durante los veinte minutos siguientes, Lexi y él recibieron un aluvión de felicitaciones de todos sus vecinos y amigos.

—Tienes que ver las decoraciones —dijo una de las mujeres, y tiró de Lexi para llevársela.

Ty observó con pesar cómo se la llevaban hacia la casa. Cuando Jeff y Freddie habían insistido en quedarse toda la tarde con el bebé él había empezado a hacer planes de inmediato para su noche de bodas. Y estos no habían incluido una ruidosa muchedumbre a su alrededor.

—Ojalá me hubiera dicho cuando estuve en la clínica el mes pasado que estaba buscando esposa —dijo una joven que se había acercado a él. Frunció sus labios pintados de rojo en un mohín evidentemente practicado, agitó sus pestañas postizas y deslizó una uña perfectamente manicurada y también pintada de rojo por la solapa del esmoquin de Ty—. Me habría presentarme al puesto encantada.

Jeff salvó a Ty de tener que hacer algún comentario al respecto.

—Mary Ann, he visto a Jake Sanders junto a la mesa del bufé hace unos minutos. Parecía muy solo, y creo que le he oído preguntar por ti —guiñó un ojo mientras dejaba a Matthew en brazos de su padre.

La joven morena se animó al instante.

—Nos vemos luego, chicos —dijo mientras se alejaba.

—Gracias —dijo Ty, agradecido por la intervención de su cuñado. Acunó a su hijo contra su pecho mientras observaba cómo se alejaba Mary Ann hacia su siguiente víctima—. ¿No crees que uno de nosotros debería advertir a Jake?

—No hace falta. Esos dos llevan años rondándose —Jeff sonrió mientras veía cómo la voluptuosa mujer separaba a Jake del grupo de hombres que había reunidos en torno al recipiente de ponche, lo

tomaba de la mano y se lo llevaba hacia el bosque—. Uno de estos días hará acopio del valor necesario para pedirle que se case con él. Entonces, todos los hombres de la montaña podrán respirar tranquilos.

—Sé al menos de una esposa que se alegrará de que eso suceda —dijo Freddie junto a su marido.

—Ya sabes que no tienes de qué preocuparte, querida —dijo Jeff, y pasó un brazo por los hombros de su esposa—. Soy hombre de una sola mujer —la besó en lo alto de la cabeza—. Y tú eres la única mujer para mí.

Ty sintió una punzada de envidia. ¿Sentiría lo mismo Lexi cuando aquella coqueta mujer ya no estuviera soltera? ¿Le habría molestado que Mary Ann hubiera coqueteado abiertamente con él?

Cuando Mary Ann Simmons apoyó su generoso busto contra Ty, Lexi vio rojo. Mary Ann era capaz de flirtear con todos los hombres de los alrededores para conseguir que Jake Sanders le propusiera matrimonio, pero más le valía dejar en paz a Ty. No sabía por qué se sentía así, ya que no tenía intención de seguir casada con él, pero eso no importaba. En aquellos momentos, Ty era su marido.

Su marido.

Aún no podía creer que estuvieran casados. Pero gracias a la prepotencia de su hermano, se encontraba legalmente casada con el padre de su hijo. Observó a Ty mientras sostenía a Matthew en brazos y charlaba con Jeff y Freddie. Parecía totalmente cómodo y relajado, y no un hombre al que acabaran de obligar a hacer algo que no quería.

Perdida en sus pensamientos, pasaron unos momentos antes de que se diera cuenta de que alguien estaba haciendo sonar una campanilla. Casi todos los presentes sacaron otras campanillas y el sonido de estas se sumó a la primera. De pronto, Lexi se vio delicadamente empujada hacia el centro del patio.

—No pararán hasta que os beséis —dijo Helen McKinney a Ty—. Y más vale que sea un buen beso.

Lexi vio que su hermano empujaba a Ty. Este asintió, se quitó la chaqueta, se la entregó a Jeff y se subió las mangas de la camisa. Luego avanzó hacia ella.

El corazón de Lexi latió más deprisa mientras le veía acercarse. La muchedumbre los rodeó para ver mejor cuando Ty la tomó entre sus brazos. Su fuerza la mantuvo cautiva y su calidez la envolvió, haciendo que las piernas empezaran a temblarle. Apoyó las manos contra su fuerte pecho para mantener el equilibrio. Si sus rodillas no dejaban de volverse de goma, iba a tener que consultar con un médico al respecto.

—¿Vais a seguir mirándoos todo el día? —preguntó alguien.

—Anímese de una vez, doctor —dijo Harv—. No vamos a dejar de hacer sonar las campanillas hasta que la bese.

Ty miró un momento a Lexi antes de inclinar la cabeza para hacer lo que solicitaba la multitud. Lenta, concienzudamente, saboreó sus labios y disfrutó de la ternura con que ella le devolvió la caricia. Su persuasiva lengua le hizo entreabrir los labios para introducirse dulcemente en su boca.

Trató de recordarse que se hallaban rodeados de un montón de personas, pero a su cuerpo le dio lo mismo. El suave gemido que escapó de la garganta de Lexi mientras seguía besándola hizo que un intenso calor se acumulara en su entrepierna.

—¡Bien hecho, doctor! —exclamó un joven.

Lexi fue a apartarse, pero Ty la retuvo junto a sí.

—Espera un momento —murmuró con voz ronca.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, sin aliento.

—Sigue pegada a mí —susurró él contra su pelo—. Ha surgido algo.

Los ojos de Lexi brillaron.

—¿En serio? ¿Y de qué se trata, doctor Braden?

Al sentir que su cuerpo empezaba a relajarse, Ty le dio otro rápido beso y se apartó un poco de ella. Con una traviesa sonrisa en los labios, dijo:

—Se lo enseñaré más tarde, señora Braden.

Capítulo 7

Ty permaneció en el porche junto a Lexi mientras se despechan de los últimos invitados. Había disfrutado realmente conociendo mejor a la gente de Piney Knob… pero estaba disfrutando aún más viendo cómo se marchaban.

Llevaba todo el día queriendo quedarse a solas con Lexi pero, una vez empezada, la recepción de la boda le había parecido eterna. Y de no ser porque Lydia, la esposa de Cari Morgan, se había puesto de parto, tal vez así habría sido.

Por primera vez desde que estaba allí, Ty se alegró al saber que la mujer prefería ser atendida por Granny Applegate para dar a luz. Él tenía planes para el resto de la tarde, y estos no incluían utilizar su título de médico.

—¿Crees que Matthew estará bien? —preguntó Lexi, y dejó escapar una risita nerviosa.

Ty observó el coche de Jeff y de Freddie mientras se alejaban.

—Matthew estará perfectamente con tu hermano y con Freddie. Si nos necesitan para algo, llamarán.

Lexi hipó y luego dijo:

—Estoy un poco achispada. Creo que alguien ha añadido alcohol al ponche.

—Yo no lo creo; lo sé, cariño —Ty pasó un brazo por sus hombros y le hizo entrar en casa.

Cerró la puerta y echó la llave antes de volverse hacia ella. No quería que creyera que le estaba metiendo prisa, pero el día se había cobrado su cuota. A lo largo de la tarde la había besado y abrazado varias veces al son de las campanillas, y cada vez le había costado un poco más dejarla ir.

—Vamos, señora Braden.

—Tenemos que hablar, Ty…

—Esta noche no, cariño —Ty rodeó con sus brazos a Lexi y aspiró el aroma a madreselva de su pelo—. Hemos tenido un día muy largo, y hablando no vamos a conseguir que mejore —inclinó la cabeza y dejó un rastro de besos en su cuello.

La evidencia del deseo de Ty presionada contra su vientre hizo que Lexi sintiera un cosquilleo por todo el cuerpo. Su loción para después del afeitado la intoxicó con su almizclado aroma. El nudo de deseo que había ido creciendo en su interior desde que habían sellado su unión con un beso se tensó hasta casi producirle deseo. Ty acercó sus labios a los de ella y le dio un beso tan tierno que los ojos se le llenaron de lágrimas. La sensación de su lengua reclamando la de ella hizo que un ardiente calor recorriera sus venas.

Justo cuando pensaba que iba a empezar a derretirse, Ty concluyó el beso, la tomó de la mano y avanzó hacia el pasillo.

—Vamos a la cama, señora Braden.

Lexi dejó que la llevara hasta el dormitorio. Su corazón y su cuerpo traidor le dijeron que olvidara su cautela e hiciera el amor con su marido. Su aturdida mente trataba de recordarle que no permanecerían casados mucho tiempo, pero, a pesar de que lo intentaba, no lograba recordar por qué.

Ty encendió la lámpara de la mesilla de noche y, con una prometedora sonrisa en los labios, deslizó un dedo por el borde de encaje del escote del vestido de Lexi.

—Es un vestido precioso, pero estoy seguro de que me gustará aún más colgado del armario.

Aquel comentario, hecho en un tono ronco y sensual, hizo que el corazón de Lexi latiera más deprisa.

Consumar su matrimonio solo complicaría aún más las cosas, pero entre las caricias de Ty y el ponche que había bebido, su habilidad para razonar parecía haber desaparecido.

Ty le hizo darse la vuelta, apartó un poco su pelo de su espalda y le bajó la cremallera del vestido. Tras besarla en la nuca y deslizar las manos bajo la tela para acariciarle los hombros, deslizó lentamente la prenda hacia abajo por sus brazos. Lexi tembló de excitación a la vez que su respiración se volvía más agitada.

Cuando el vestido cayó al suelo, Ty la rodeó por detrás con los brazos y la atrajo hacia sí. Cuando Lexi echó atrás la cabeza y la apoyó en su hombro, él comenzó a besarla en el cuello.

—Ty…

—¿Sí?

—La luz…

—¿Qué pasa con la luz? —preguntó él, sin dejar de besarla.

—Apágala, por favor.

—La primera vez que estuvimos juntos no te mostraste tan tímida, querida. ¿Qué sucede?

Lexi se quedó sin aliento cuando Ty deslizó las manos hacia abajo por sus costados y luego las subió para abarcar sus pechos en ellas.

—Entonces estaba… en forma.

—Ahora eres aún más preciosa que el día que nos conocimos —susurró Ty a la vez que apagaba la luz—. Pero quiero que te sientas cómoda conmigo.

Perdida en el sonido de su profunda voz y en las sensaciones que despertaban en ella sus labios, Lexi no habría podido decir nada aunque su vida hubiera dependido de ello. Se preguntó brevemente

cuándo le habría quitado el resto de la ropa, pero cuando le hizo volverse, la expresión de intenso deseo que vio en sus ojos azules y el sonido de su agitada respiración la dejaron sin aliento.

Deslizó un dedo por uno de los botones que mantenían cerrada la camisa de Ty.

—Hoy estaba muy atractivo con su esmoquin, doctor Braden.

El cuerpo de Ty se tensó aún más al escuchar el tono de la voz de Lexi. Tenía planeado tomarse las cosas con calma, hacer que su primera noche como marido y mujer fuera muy especial. Pero el aterciopelado y la vez ronco sonido de la voz de Lexi estuvo a punto de hacerle perder por completo el control.

Impaciente por sentir su sedosa piel contra la de él, apartó su mano, tomó los bordes de la camisa y tiró de ellos. Los botones salieron disparados en todas direcciones, pero le dio lo mismo. Atrajo a Lexi hacia sí y la sensación de sus firmes y cálidos pechos y de sus endurecidos pezones acariciándolo hicieron que su corazón comenzara a latir con tal fuerza que temió sufrir un infarto allí mismo.

—Es una sensación tan maravillosa… —se estremeció mientras trataba de recuperar el control—. No sé si voy a poder ir tan despacio como pretendía.

Mientras trataba de avanzar con Lexi hacia la cama, los pantalones del esmoquin se deslizaron hasta sus tobillos y le hicieron tambalearse. Cayeron juntos y abrazados sobre la cama en un indecoroso montón.

En cuanto aterrizaron sobre el colchón, un horrible estruendo desgarró el aire.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Ty mientras trataba de liberarse de sus pantalones. Cuanto más se movía, más se acrecentaba el ruido.

De pronto, Lexi rompió a reír.

—Me preguntaba para qué habrían entrado en casa Freddie y Jeff en cuanto la banda ha empezado a tocar. Ahora ya lo sé.

Su risa se fue incrementando con cada sonido.

Ty dejó de moverse y la miró con suspicacia. El ensordecedor ruido remitió, pero Lexi siguió riendo y murmurando incoherencias.

—Jeff… Freddie… los cencerros…

Ty frunció el ceño.

—No entiendo nada de lo que estás diciendo, querida —dijo, pensando que Lexi debía haber tomado bastante más ponche del que creía—. ¿Qué es eso de Jeff, Freddie y los cencerros?

Lexi hizo un esfuerzo por controlar su risa.

—Han atado un montón de cencerros… debajo de la cama.

—¿Eso es lo que suena?

Lexi asintió y el sonido comenzó de nuevo. Y también su risa.

Ty maldijo mientras salía de la cama para encender la luz. Tras librarse definitivamente de los pantalones, se arrodilló y miró debajo de la cama. Había más de una docena de cencerros de distintos tamaños atados al somier.

Se tumbó y se metió bajo la cama.

—¿Y por qué diablos han atado aquí esos cencerros?

Lexi se envolvió en la colcha y se asomó al borde del colchón para mirarlo.

—Para que dejáramos de hacer lo que estábamos haciendo y tuviéramos que soltarlos. Molestar a los recién casados en su noche de bodas es una tradición en estas montañas.

Ty soltó la cuerda del último cencerro y salió de debajo de la cama.

—¿Por qué?

—Tiene algo que ver con…

—¿Causar frustración a la pareja?

Lexi asintió, sonriente.

—Desde luego, en tu caso parece haber funcionado.

Ty se puso en pie, apagó la luz e introdujo los pulgares bajo el elástico de sus calzoncillos.

—Afortunadamente, tengo una gran capacidad de recuperación y…

Sus palabras fueron repentinamente interrumpidas por un ruido horroroso procedente del exterior.

—¿Y ahora qué? —bramó a la vez que volvía a encender la luz.

Lexi salió rápidamente de la cama.

—Es una ronda.

—¿Y qué diablos es una ronda? —gritó Ty para hacerse oír por encima del ruido de peroles, pitos y sartenes golpeadas procedentes del patio.

—Otra costumbre de las montañas —contestó Lexi mientras corría a recoger sus ropas—. Ahora vístete. ¡Rápido!

—¿Qué hay que hacer para que lo dejen?

—Salir al porche para recibir a la multitud —replicó ella mientras se vestía a toda prisa.

Ty se puso los pantalones mientras soltaba una retahíla que habría escandalizado al marino más avezado.

—Hemos estado con ellos casi todo el día. ¿Acaso no les ha bastado? Supongo que ellos tendrán su propia vida amorosa. ¿Por qué se empeñan en destrozar la nuestra?

—Es difícil de explicar —dijo Lexi a la vez que trataba de subir la cremallera del vestido que Ty le había quitado antes—. Pero te

prometo que esto es lo último. La ronda es la gran final.

—Bien. Cuanto antes acabe, antes se irán —Ty abrochó el botón de sus pantalones y a continuación tomó a Lexi de la mano—. Vamos. Terminemos con esto de una vez.

Lexi trotó junto a él. El pobre no sabía cómo acabaría la ronda, ni los duraderos efectos que tendría.

—Ty, no comprendes…

—El doctor parece un poco cabreado, ¿no os parece? —gritó Harv Jenkins en cuanto Ty abrió la puerta.

—¿Dónde ha dejado la camisa? preguntó algún otro.

—¿Por qué no paraba de encenderse y apagarse la luz? —dijo Jeff, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Cómo has conseguido darle la vuelta al vestido, Lexi? —preguntó Freddie. Sus ojos castaños brillaron traviesamente mientras la señalaba—. ¿Y por qué llevas el sujetador colgando de la manga?

Mientras el grupo rompía a reír, Lexi miró a Ty. Además del ceño fruncido, lo único que llevaba puesto eran los pantalones del esmoquin. Cuando miró su propio vestido, gimió. A causa de las prisas no solo se lo había puesto al revés, sino que el sujetador se había enganchado en un lado y colgaba de su hombro como una bandera alicaída.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ty.

Lexi sintió una punzada de culpabilidad al pensar en lo que estaba a punto de pasar, pero no podía hacer nada por impedirlo.

—O les servimos una bebida o te darán una vuelta en carretilla por el jardín…

—Si eso es todo lo que hace falta para que se vayan, estoy dispuesto a seguirles el juego —Ty soltó la mano de Lexi y bajó de un salto las escaleras del porche.

Lexi iba a decirle cómo acabaría la vuelta en carretilla, pero fue inmediatamente separada de él por la multitud. Vio con impotencia cómo se lo llevaban hacia el lugar en que Jeff aguardaba con la carretilla.

—No sabe lo que le espera, ¿verdad? —preguntó Freddie.

Lexi negó con la cabeza mientras Ty dejaba dócilmente que los hombres lo sentaran en la carretilla.

—No tiene ni idea.

Obviamente sorprendida, Freddie preguntó:

—¿Por qué no se lo has dicho?

—Lo he intentado, pero estaba tan empeñado en que todo acabara cuanto antes que no me ha escuchado.

—He supuesto que no lo sabía cuando lo he visto saltar tan

animosamente desde el porche —dijo Freddie, riendo.

—Supongo que Martha está con el niño, ¿no? —preguntó Lexi mientras empezaba la procesión.

Su cuñada asintió.

—Los hemos dejado en nuestra casa. Jeff la llevará a la suya cuando volvamos.

Lexi miró a Ty mientras le daban una vuelta por el jardín.

—Cree que eso va a ser todo.

Jeff empujaba la carretilla mientras el resto de la gente reía, gritaba y golpeaba los peroles. Cuando la procesión abandonó el jardín para encaminarse hacia el riachuelo que corría por la parte trasera de la propiedad, Lexi miró a Freddie.

—El acontecimiento principal se acerca.

Freddie se volvió hacia la casa.

—Voy por unas toallas.

Lexi bajó las escaleras para seguir al grupo.

—¡Abre también el agua caliente de la ducha! —dijo por encima del hombro mientras se alejaba.

Ty se aferró a los bordes de la carretilla mientras se preguntaba si habría sido trasladado a otro planeta. Desde que había llegado a Dixie Ridge se había encontrado con unas diferencias bastante extrañas en cuanto a cultura y tradiciones, pero, sin duda alguna, aquella era la más extraña.

Su trasero no dejaba de rebotar y golpearse contra el duro metal mientras avanzaban hacia la parte trasera de la casa de Lexi. La risa de la multitud parecía casi maníaca, y los peroles eran golpeados con más y más fuerza según se acercaban al riachuelo. Sintió un escalofrío de aprensión. Se volvió a mirar por encima del hombro y gritó para hacerse oír por encima del ruido.

—¿Quieres dar la vuelta a esta maldita carretilla de una vez, Jeff?

—Aguanta, Braden —dijo Jeff, sonriente—. Estamos a punto de acabar.

—Eso es lo que me temía —gruñó Ty mientras seguían avanzando. Tenía la desagradable sensación de saber con exactitud cómo iba a acabar aquello.

Cerró los ojos, contuvo el aliento… y se preparó para lo inevitable.

Ty temblaba incontrolablemente y los dientes le castañeteaban mientras permanecía bajo el chorro de agua caliente de la ducha. Nunca en su vida había tenido más frío.

Cerró los ojos y trató de dejar de pensar mientras repasaba mentalmente las peores maldiciones que había escuchado en su vida. Después inventó unas cuantas más.

Tenía grandes planes para aquella noche. Pensaba hacerle el amor a Lexi durante horas. Quería mostrarle lo bien que podían entenderse. Pero cuando la multitud lo había arrojado al riachuelo, su plan había sufrido un frígido final.

Bajó la mirada mientras el agua seguía cayendo sobre su cabeza. Se preguntó si determinadas partes de su anatomía volverían a funcionar alguna vez correctamente. Como médico, sabía que así sería. Pero como hombre enfrentado a su noche de bodas sin esperanza de amar a su mujer adecuadamente, no las tenía todas consigo.

Justo cuando el agua empezaba a templarse, la sombra de Lexi apareció al otro lado de la puerta de cristal de la ducha.

—¿Estás listo para salir, Ty? He puesto la manta eléctrica al máximo. Para ahora, la cama ya debe estar bien caliente.

Ty cerró el agua, salió de la ducha y tomó la toalla que Lexi había calentado para él en la secadora. Se frotó vigorosamente la piel.

—Ponte esto —ordenó ella a la vez que le alcanzaba un albornoz.

—Ni… ni… hablar —Ty trató de sonar firme, pero el castañeteo de sus dientes hizo que su negativa careciera de toda convicción.

—Vamos, es solo para ir del baño al dormitorio —dijo Lexi, paciente. Colocó la bata sobre los hombros de Ty y guiñó un ojo—. Además, prometo no contar a tus pacientes el aspecto que tienes con un albornoz de felpilla rosa.

Ty habría protestado más, pero Lexi había calentado el albornoz junto a la toalla y se sintió incapaz de renunciar a su calor.

—Gra… gracias.

Una vez bajo la manta eléctrica y varias colchas, sus cuerpos siguieron castañeteando, pero al menos dejó de tener escalofríos constantes.

Lexi se acurrucó junto a él para compartir el calor de su cuerpo.

Nada.

Ty pasó un brazo bajo su cuello y la atrajo aún más hacia sí.

Su mente respondió. Su cuerpo siguió dormido.

Cuando Lexi se movió contra él, Ty apretó los dientes. Odiaba admitirlo. Era algo en lo que un hombre ni siquiera quería pensar. Nunca. Y especialmente en su noche de bodas. Pero no le iba a quedar más remedio que enfrentarse a los hechos. Su traumatizado cuerpo iba a ser totalmente incapaz de actuar esa noche.

—Lexi, cariño, yo… —se interrumpió mientras buscaba una explicación menos humillante para admitir su situación. Cerró los ojos

y gimió—. Me duele mucho la cabeza.

Capítulo 8

A la primera llamada de teléfono, Ty alargó un brazo por encima de Lexi para responder. Como médico, estaba acostumbrado a aquellos sobresaltos nocturnos.

—Doctor Braden al aparato —habló bajo para no molestar a Lexi.

—Doctor, sé que es su noche de bodas y odio hacerle esto, pero lo necesitamos en casa de Morgan —dijo Martha—. Granny ha tenido problemas. Me ha llamado para pedirme ayuda, pero no he podido hacer nada. El bebé viene de nalgas.

Ty miró el reloj y gimió. ¿Por qué había tantos niños que decidían salir al mundo entre las dos y las tres de la madrugada?

Tras pedirle información a Martha sobre el estado de la mujer decidió que no habría problema en trasladarla.

—Haga que Cari la lleve a la clínica —dijo mientras se sentaba en la cama—. Si el bebé no se da la vuelta y Lydia no logra dar a luz naturalmente, puede que tenga que practicarle una cesárea. Si eso sucede, quiero que sea en un entorno esterilizado.

—Voy de inmediato a preparar las cosas —dijo Martha.

Ty miró el reloj.

—Estaré ahí en quince minutos.

Tras colgar el teléfono miró a Lexi. Estaba preciosa dormida. Sus largas pestañas descansaban sobre sus mejillas de porcelana como pequeñas plumas. Quiso besarlas. Su pelo castaño dorado esparcido sobre la almohada le hizo desear acariciarlo mientras le hacía el amor lenta y apasionadamente. Sintió que su cuerpo reaccionaba.

Estupendo. Cuando por fin se espabilaba y experimentaba los primeros indicios de deseo, tenía que ir a atender un parto. Se levantó lentamente, moviendo la cabeza.

—Menuda noche de bodas.

—¿Ty? —murmuró Lexi, adormecida—. ¿Era Freddie llamando por Matthew?

—El bebé está bien —contestó Ty mientras se ponía los pantalones del esmoquin. No le quedaba más remedio que volver a ponérselos. Había planeado llevar sus cosas allí desde el pequeño apartamento que tenía alquilado sobre el Blue Bird a lo largo del día. Lamentó que no se le hubiera ocurrido meter unos vaqueros y una camiseta en el todoterreno antes de la boda.

—¿Qué sucede? —preguntó Lexi.

—Granny no puede ayudar en el parto de Lydia Morgan —contestó Ty mientras se ponía la camisa—. El bebé viene de nalgas, y puede que tenga que practicar una cesárea de emergencia.

Lexi apartó el pelo de su cara y salió de la cama.

—Voy contigo.

—No hace falta que pierdas sueño —dijo Ty—. Si todo va bien, estaré de vuelta en unas horas.

—Quiero ir —Lexi sacó unos vaqueros y un jersey del armario mientras hablaba—. Tal vez pueda echar una mano.

Ty la tomó por la cintura y la atrajo hacia sí.

—Martha y yo nos haremos cargo de Lydia, cariño —le dio un rápido beso—. Tú no puedes hacer nada.

Lexi se encaminó hacia el baño.

—No conoces a Carl. Primero actúa y luego pregunta. Trataré de retenerlo en la sala de espera y me ocuparé de tener café listo para quien quiera una taza.

Cuando salió del baño se puso unas zapatillas deportivas y se sujetó rápidamente el pelo en una cola de caballo bajo la atenta mirada de Ty.

—¿Estás segura? —preguntó él mientras se ponía sus zapatos.

—Sí.

Tal vez, pensó Ty, si le permitía ver lo que implicaba su trabajo, Lexi sería más comprensiva cuando tuviera que pasar muchas horas trabajando en el hospital por alguna emergencia. Sonrió, la besó en los labios y enlazó un brazo con el de ella.

—Vamos. Tenemos que ayudar a traer a un bebé al mundo.

Lexi contempló al hombretón que caminaba de un lado a otro de la sala de espera.

—Estoy segura de que todo va bien, Carl —dijo. Ya había logrado convencerlo una vez para que no entrara en el quirófano, pero sabía que no lo conseguiría una segunda vez—. Ty hará todo lo que pueda por Lydia y el bebé.

Los ojos de Cari reflejaron la profundidad de su angustia cuando se volvió hacia ella.

—Quiero a Liddy más que a la vida misma. Si algo le sucediera, nunca me lo perdonaría.

Lexi sintió una punzada de envidia. ¿Por qué no podía tener ella una relación como aquella?

Inquieta, se levantó de la silla.

—Vamos fuera a tomar un poco el aire, Carl. Te sentará bien.

—¿Y si me necesitan?

—Ty enviará a Martha a buscarte si sucede algo —dijo Lexi mientras abría la puerta que daba al aparcamiento.

Mientras contemplaban los indicios del inminente amanecer las luces de la cafetería Blue Bird se encendieron. Helen McKinney había

llegado para empezar a preparar los desayunos.

—¿Señorita Lexi?

Lexi volvió su atención hacia el hombre que estaba junto a ella.

—¿Te sientes mejor, Carl?

—¿Le importaría que me quedara a solas unos minutos? —preguntó el futuro padre, con la voz cargada de emoción.

—Claro que no me importa —Lexi alargó una mano para tocarle el brazo—. Estaré en la sala de espera.

No tuvo que mirar atrás mientras entraba en la clínica para saber que Carl ya se había arrodillado y había unido las manos para rezar por su esposa y por el hijo que esta llevaba dentro.

Estaba claro que Carl Morgan amaba a Lydia con todo su corazón, y la posibilidad de que algo pudiera sucederle había hecho caer de rodillas a aquel hombretón.

Lexi siempre había querido una relación como aquella, había querido un hombre que la amara con todo su corazón y toda su alma. Pero gracias a su entrometido hermano se encontraba casada con un hombre al que apenas conocía.

Sin duda, siempre se había sentido atraída por Ty, y este no había hecho ningún secreto del hecho de que la atracción era mutua. Pero eso no era lo mismo que el amor.

Sacó un paquete de pañuelos de papel de su bolsillo y se secó las lágrimas de las mejillas. Ty había dejado bien claro que quería ser un buen marido y un buen padre y que quería que siguieran casados.

Lexi estaba segura de que podría llegar a enamorarse de él. ¿Pero podría llegar el a correspondería? Quería formar parte de la vida de Matthew, pero eso no significaba que también quisiera formar parte de la suya. ¿Debería intentar que su matrimonio funcionara por el bien del niño? ¿Sería suficiente eso para ella?

—Anote la hora del nacimiento, Martha —dijo Ty mientras dejaba a la recién nacida sobre el estómago de Lydia.

—¿Se encuentra bien mi bebé? —preguntó la madre débilmente.

—Todo va bien —dijo Ty—. Ha tenido una hija preciosa.

—¡Oh! —los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas—. He esperado tanto para tener una hija…

Ty sonrió detrás de la mascarilla mientras terminaba con los procedimientos del posparto. Afortunadamente, el bebé había girado y Lydia había dado a luz naturalmente.

—¿Cuántos hermanos tiene? —preguntó.

—Cinco —contestó Lydia, orgullosa.

Ty rio.

—Un equipo de baloncesto completo.

Martha colocó al bebé en una manta rosa y lo colocó en brazos de su madre.

—Ahora vas a tener que ir por el grupo de las animadoras, Liddy —bromeó.

—Oh, no —Lydia negó enfáticamente con la cabeza—. Después de lo que he pasado esta vez, no va a haber una próxima ocasión. Carl va a operarse.

Mientras Martha hacía los preparativos para llevarse a la paciente a una habitación, Ty se quitó la máscara y se encaminó hacia la sala de espera, sonriendo. No culpaba a la mujer después de las dificultades por las que había pasado en aquel parto, pero se preguntaba si Carl estaría dispuesto a seguir adelante con la solución que había buscado su esposa para su planificación familiar.

—¿Dónde está Carl? —preguntó al ver a Lexi sentada a solas, con los brazos protectoramente cruzados en torno a su cintura.

—Ha salido a tomar un poco de aire —Lexi se puso en pie—. Casi se ha vuelto loco de preocupación. He tenido que hacer verdaderos esfuerzos para que no entrara en el quirófano.

Ty asintió. Quería estrecharla entre sus brazos y preguntarle qué iba mal, por qué tenía aquella mirada tan triste. Pero tenía que ir a ver a Cari para decide que todo había ido bien.

—Iré a hablar con él.

—¿Qué tal ha ido todo?

—Bien —Ty dirigió la mirada al anillo que Lexi llevaba en su dedo anular. Por algún motivo, había necesitado asegurarse de que aún lo tenía puesto—. Te lo contaré todo después de que hable con Carl.

Cuando salió de la clínica encontró a Cari arrodillado a unos pasos de la puerta. Sus anchos hombros se estremecían en silenciosos sollozos.

—¿Carl?

El hombre se puso en pie de inmediato. Sin mostrarse en lo más mínimo avergonzado por las lágrimas que aún corrían por sus mejillas, preguntó:

—¿Cómo está Liddy?

Ty sonrió y apoyó una mano en su hombro. Para variar, era un placer poder dar buenas noticias en lugar de tener que ofrecer sus condolencias.

—No ha sido necesario practicarle una cesárea. Lydia ha dado a luz naturalmente. Ella y su hija lo esperan en la habitación.

—¿Hija? —repitió Carl, claramente sorprendido—. Liddy lleva años esperando tener una niña —se frotó rápidamente la humedad de

las mejillas y ofreció su mano a Ty—. Le agradezco mucho lo que ha hecho por nosotros, doctor.

—No hace falta que me dé las gracias. Me ha alegrado mucho poder ayudar.

La boca de Carl se distendió en una amplia sonrisa cuando soltó la mano de Ty y se encaminó hacia la entrada de la clínica.

—Me aseguraré de que no se arrepienta de haber venido a Dixie Ridge, doctor. Desde luego que sí.

Ty lo siguió al interior de la clínica. Cada vez que uno de sus pacientes decía algo parecido, acababa con la casa llena de mermeladas caseras, tartas o pasteles. Fue a la sala de espera, donde había dejado a Lexi. Si la gente de Dixie Ridge estaba dispuesta a darle la oportunidad, le gustaría pasar un rato a solas con su esposa.

—Puedes colgar tu ropa en este lado —dijo Lexi a la vez que señalaba la zona que había liberado en el armario—. Después de vaciarte un par de cajones iré a casa de Jeff y Freddie a recoger al niño.

Ty la rodeó por detrás con sus brazos y la atrajo hacia sí.

—¿Cansada?

El pulso de Lexi se aceleró al sentir el sólido pecho de Ty contra su espalda.

—Tenemos que hablar, Ty —dijo, en un tono mucho menos convincente del que le habría gustado utilizar. Se aclaró la garganta y lo intentó de nuevo—. Deberíamos…

—Ahora no, cariño —los labios de Ty acariciaron su oreja—. Casi llevamos veinticuatro horas casados y aún no hemos consumado nuestro matrimonio.

Haciendo un gran esfuerzo, Lexi se apartó de él.

—No, Ty.

—¿Por qué?

Ella respiró profundamente antes de volverse.

—Puede que estemos casados, pero no vamos a convertirnos en marido y mujer. Tras un tiempo razonable, anularemos nuestro matrimonio y cada uno seguirá su camino.

Lexi percibió un destello de emoción en la expresión de Ty antes de que cruzara los brazos sobre su ancho pecho.

—Eso no es aceptable.

—¿Por qué? —preguntó ella, incrédula—. Supongo que no te ha gustado nada verte obligado a formar parte de esta farsa.

Él se encogió de hombros.

—Estoy dispuesto a intentarlo.

Los ojos de Lexi se llenaron de lágrimas, pero logró controlarlas.

—Quiero algo más en mi matrimonio que un marido dispuesto a intentarlo. Quiero que se comprometa al máximo con la relación, que se comprometa al máximo, y que no se conforme con menos por mi parte —movió la cabeza—. ¿Te das cuenta de lo poco que sé sobre ti, Ty?

—Eso nos sucede a los dos —contestó él evasivamente.

Pero Lexi no estaba dispuesta a volver a pasar aquel tema por alto. Hizo un gesto con la mano para señalar de modo general el dormitorio.

—Mira a tu alrededor, Ty. Mi vida es un libro abierto. Soy todo lo que ves en esta habitación, esto es mi vida —señaló la cama—. La colcha que mi abuela cosió hace cincuenta años indica que soy una sentimental. La cuna en la que duerme Matthew lleva cinco generaciones en la familia. Eso indica que valoro la tradición. La foto de mis padres que hay en el cuarto de estar indica que estoy orgullosa de haber sido su hija —apoyó las manos en las caderas—. Eres tú el que nunca habla de su familia ni de su pasado. Ni siquiera conozco el nombre de tus padres. ¿Les has hablado de Matthew?

Ty alzó la vista hacia el techo, respiró hondo y luego la miró a los ojos.

—Mi madre se llamaba Mary. Murió mientras yo estudiaba Medicina.

Por el tono de su voz, Lexi percibió que la había querido mucho.

—Lo siento. ¿Qué sucedió? —preguntó con suavidad.

—Sufrió un golpe fatal en la cabeza durante un atraco.

—¿Fue ese el motivo por el que te especializaste en traumatología?

Ty asintió.

—Pensaba especializarme en medicina de urgencias, pero lo sucedido me impulsó a cambiar.

—¿Y tu padre? ¿Vive todavía?

—No sé —la expresión de Ty pasó de la tristeza al arrepentimiento—. No sé quién era.

Lexi sintió su dolor en el fondo del alma.

—Fuiste un…

—Un bastardo.

La aspereza del tono de Ty hizo que Lexi se estremeciera.

—Iba a decir un hijo ilegítimo.

La risa carente de humor de Ty resonó en la habitación.

—Es la forma más delicada de decirlo.

—¿Te avergüenzas de ello? —preguntó Lexi, incapaz de comprender por qué pensaría Ty que aquello tenía importancia.

—He aprendido a vivir con ello —contestó él con cautela—. Pero mientras crecía también aprendí rápidamente a ocultarlo.

—¿Se burlaban de ti por ello? —Lexi sintió que su corazón se desgarraba al imaginar lo que habría sufrido Ty de niño—. Los niños pueden ser muy crueles.

Él se encogió de hombros.

—Solo repetían lo que habían oído decir de mí a sus padres.

—Ahora las cosas son distintas, Ty. Se considera totalmente aceptable que una mujer elija ser madre soltera.

—Sí, pero hace treinta y cinco años no era así. No hay duda de que las cosas ya estaban cambiando, pero no en el barrio en el que yo crecí. Era el único niño del bloque que no tenía padre.

—¿Y tu madre…?

Ty asintió.

—Ella sí sabía quién era mi padre, pero nunca me lo dijo. Al parecer, su relación terminó de mala manera. Cada vez que le preguntaba por él me contestaba que no era un hombre al que mereciera la pena conocer —tras dedicar a Lexi una elocuente mirada, añadió—: Ella tampoco se molestó en ponerle al tanto de mi existencia.

Lexi comprendió de pronto muchas cosas.

—Si no hubieras venido a ejercer aquí…

—La historia se habría repetido —concluyó Ty por ella—. Posiblemente, nunca habría llegado a enterarme de que tenía un hijo.

Lexi no dudó. Se acercó a él y rodeó sus rígidos hombros con los brazos.

—Nunca se me habría ocurrido ocultar a nuestro hijo quién era su padre, y tenía intención de que os conocierais. Pero quería esperar a que fuera lo suficientemente mayor como para comprender.

—¿Te preocupa mi poco recomendable origen? —preguntó Ty, tenso.

Ella lo miró a los ojos. Era evidente que su respuesta le importaba mucho.

—No. ¿Por qué iba a preocuparme?

—No tengo ningún pasado que ofrecerle a Matthew. Ni siquiera conocí a mis abuelos. No quisieron saber nada de mí ni de mi madre. Pensaban que sería un recuerdo constante de la vergüenza que les había causado su hija.

Lexi asintió lentamente.

—Ese es el motivo por el que no querías tener hijos, ¿no? Pensabas que no tenías nada que ofrecerles.

Ty asintió.

—No sé la clase de genes que habrían heredado.

—Nada de eso le importará a Matthew —dijo Lexi con firmeza—. Te querrá por quien eres. Lo único que le importará es que correspondas su amor.

Ty la rodeó con los brazos por la cintura.

—¿Y tú? ¿Qué te hace sentir saber que tu marido es un…?

Lexi apoyó un dedo sobre sus labios para hacerlo callar.

—No vuelvas a llamarte eso nunca más —lo miró a los ojos—. ¿Por qué iba a importarme?

—Solo había compartido esto con otra mujer antes y su reacción no fue nada comprensiva.

Lexi no podía creer que algo tan trivial pudiera importarle a alguien.

—Debía ser una completa idiota.

Ty respiró, aliviado.

—Es un alivio haber podido contártelo —dijo, y apoyó un dedo bajo la barbilla de Lexi para hacerle alzar el rostro hacia él—. Por favor, da una oportunidad a nuestro matrimonio. Deja que forme parte de una familia completa por primera vez en mi vida.

Lexi cerró los ojos. Se sentía como si estuviera al borde de un precipicio. El siguiente paso que diera, fuera hacia delante o hacia atrás, podría suponer el error más grande de su vida.

—Tengo otra confesión que hacer, cariño —los labios de Ty acariciaron con delicadeza su mejilla—. Ayer participé voluntariamente en toda la farsa de la boda. Tú eras la única que no estaba al tanto del plan —antes de que Lexi pudiera decir nada, la besó en los labios con infinita ternura—. Déjame ser tu marido, déjame abrazarte, sentir que me tomas en tu interior, ver cómo tocas las estrellas.

Lexi percibió la pasión de la voz de Ty, el intenso deseo que oscureció sus ojos azules, la presión de la reveladora parte baja de su cuerpo contra el de ella, que respondió al instante.

Al parecer, Ty no se había casado con ella a la fuerza. Quería compartir su vida con ella.

Ty le dedicó una sonrisa que hizo palpitar su corazón.

—Deja que te haga el amor por primera vez como mi esposa.

Las rodillas de Lexi comenzaron a volverse de goma al sentir cómo la envolvía su profunda e hipnótica voz de barítono. Si se empeñara en ello, Tyler Braden podría derretir el hielo de los polos con su voz.

—No estás jugando limpio —susurró, sin aliento.

—Lo sé —replicó él a la vez que rozaba con sus labios los de ella —, pero no puedo evitarlo.

En el momento en que sus bocas se encontraron, Lexi supo que su cuerpo había superado a su mente en aquel terreno. Había anhelado que Ty volviera a hacerle el amor desde aquella noche de invierno en Chicago.

Él deslizó las manos bajo su jersey y la estrechó contra sí. Le acarició la piel con las palmas mientras le hacía entreabrir los labios con la lengua. Pero en lugar de profundizar el beso, siguió jugueteando con sus labios. Aquello provocó una inquietud en Lexi que hizo que gimiera y se moviera contra él.

—¿Qué quieres, cariño? —preguntó él mientras dejaba un rastro de besos por su mandíbula.

—Quiero que me beses, Ty —susurró ella con voz ronca—. Que me beses de verdad.

Él alzó la cabeza y la miró.

—¿Es eso todo lo que quieres que te haga?

—No.

—¿Qué más quieres que te haga?

Lexi no tuvo que pensárselo dos veces mientras las talentosas manos de Ty seguían acariciando su espalda.

—Quiero que me hagas el amor.

Capítulo 9

Ty sintió una intensa satisfacción al escuchar la ronca propuesta de Lexi. Cuando ella cerró los ojos y echó la cabeza atrás, exponiendo la sedosa columna de su cuello, no perdió tiempo en aprovechar su posición. Tiró del jersey y se lo sacó por encima de la cabeza. Tras soltarle el sujetador y arrojarlo al suelo junto con el jersey fue recompensado con la visión de sus generosos pechos, cuyos erectos pezones parecían estar pidiendo sus caricias.

Bajó la cabeza y acarició uno de ellos con la lengua mientras deslizaba el pulgar por el otro. Cuando ella se estremeció, Ty mordisqueó la húmeda cima antes de absorberla en su boca. Para cuando alzó la cabeza, las mejillas de porcelana de Lexi habían adquirido el tono rosado del deseo y su propia piel estaba cubierta por una fina capa de sudor.

La visible prueba de la excitación de Lexi avivó la suya. Quería entregarse a ella como nunca se había entregado a ninguna otra mujer pero, al parecer, ella tenía otros planes. Lexi apoyó las manos en su pecho y le acarició delicadamente las tetillas con las uñas. Cuando comenzó a juguetear con ellas, a mordisquearlas y lamerlas con su lengua, Ty contuvo el aliento.

Un fuego líquido recorrió sus venas cuando, tras dedicarle una mirada cargada de deseo, Lexi le soltó el botón de los pantalones y le bajó lentamente la cremallera. Y cuando apoyó la mano contra la dura protuberancia de su erección, que parecía querer hacer estallar la tela de sus calzoncillos, sintió que todo él iba a arder.

La tomó de las manos, le hizo colocarlas sobre sus hombros y comenzó a soltar los botones de la bragueta de sus vaqueros. Una intensa satisfacción masculina lo recorrió cuando ella comenzó a moverse instintivamente contra su mano. Tras soltarle el último botón, le quitó los pantalones y las braguitas y los añadió a la pila de ropa que ya había en el suelo. Luego volvió a tomar sus manos y las guio hacia su cintura. Todos sus sentidos se agudizaron cuando ella empezó a bajarle los vaqueros y los calzoncillos. Para cuando terminó la tarea, Ty tenía tan apretados los dientes que sintió que se le había soldado la mandíbula.

El roce de las manos de Lexi mientras rozaba sus caderas y muslos habían estado a punto de llevarlo hasta un punto sin retorno. Pero cuando rodeó su enfebrecida carne con una de ellas, le hizo interrumpir rápidamente su exploración.

—No voy a poder aguantar mucho más esto, cariño —dijo, ronco —. Ha pasado demasiado tiempo.

—Entonces, hazme el amor ya, Ty —el sonido casi áspero de la voz

de Lexi bañó a Ty en oleadas de ardiente excitación.

La abrazó y enterró el rostro en su pelo castaño dorado. Se estremeció al percibir su delicioso aroma a madreselva, al sentir el contacto directo con su piel y al saborear el deseo en su boca. Sin previo aviso, la tomó en brazos y la tumbó sobre la cama.

—Eres la mujer más bella que he visto, Lexi. Y eres mía. Eres mi esposa. La madre de mi hijo.

Se reunió con ella en la cama, la abrazó y la besó con todo el sobrecogimiento y la maravilla de un hombre consciente del increíble regalo que había recibido.

Cuando ella le acarició el pelo, el fuego que recorría el cuerpo de Ty se volvió aún más ardiente. Exploró su cuerpo minuciosamente, hasta detenerse en la húmeda calidez oculta entre sus muslos. Un deseo imparable, urgente, recorrió sus venas, pero, de algún modo, logró la fuerza necesaria para dejarla por un momento.

Una vez tomadas las precauciones necesarias, se colocó sobre ella y le hizo separar las piernas. Sus miradas se encontraron mientras la penetraba lentamente.

Oyó cómo contenía el aliento, vio el embeleso que iluminó sus expresivos ojos cuando la colmó por completo. Había tantas cosas que quería decirle, que necesitaba decirle… Pero con su cuerpo tan íntimamente unido al de ella, con la pasión que iluminaba su precioso rostro, las palabras resultaban simplemente imposibles.

—Lexi —fue todo lo que logró susurrar mientras acercaba sus labios a los de ella.

El dulce sabor a deseo en sus perfectos labios, la sensación de su carne rodeándolo, desató la tensa energía que tanto se estaba esforzando en controlar. Espirales de anhelo y necesidad los rodearon mientras se sumergían al unísono en la danza de amor final. Alcanzaron juntos las estrellas y juntos manifestaron con sus gemidos la belleza del momento en que sus almas se fundieron en un estallido de luz y calor.

Después, Ty rodeó a Lexi con sus brazos y ella murmuró su nombre un instante antes de quedarse dormida sobre su hombro. Lo último que pensó él antes de seguirla fue lo maravilloso que era volver a tenerla a su lado.

—Despierta, Ty —dijo Lexi mientras lo zarandeaba con suavidad por el hombro—. Estás teniendo una pesadilla.

Ty se irguió de espaldas a ella. Estaba cubierto de sudor frío y el corazón le latía con tanta fuerza que parecía que se le iba a salir del pecho. Respiró profundamente y trató de recuperar la compostura

antes de volverse hacia ella.

—¿En qué estabas soñando? —preguntó Lexi, preocupada—. Debía ser algo terrible.

Ty se volvió.

—¿He dicho algo?

Ella se sorprendió ante la aspereza de su tono.

—Sí, pero no he entendido nada. Todo parecía bastante incoherente.

Ty se pasó una mano por el rostro y trató de alejar las imágenes de su mente. Lexi apoyó una mano en su hombro.

—Era solo un sueño. ¿Quieres contármelo?

—¡No! —sin añadir nada más, Ty se levantó y fue al baño.

Apoyó las manos en el lavabo y agachó la cabeza para respirar varias veces profundamente. Cuando se sintió con fuerzas suficientes como para mirarse al espejo, apenas reconoció al hombre demacrado y ojeroso que vio frente a sí.

Nunca antes se había considerado un cobarde. A fin de cuentas, había visto el rostro de la muerte muchas más veces de las que le habría gustado mientras trataba a jóvenes miembros de diversas bandas callejeras y a adictos desquiciados. Pero todo aquello no le había causado ni una fracción del terror que en aquellos momentos lo reconcomía.

Si le contara a Lexi lo que sucedió aquella terrible noche de invierno, la misma en que hicieron el amor, y por qué había tenido que irse de Chicago, correría el riesgo de perderla a ella y a su hijo definitivamente. Apretó los dientes al pensar en su posible reacción. No podría soportar ver el brillo de la repulsa en sus ojos.

O, peor aún, el miedo. Prefería morir a que Lexi tuviera miedo de él.

Pero mantenerse en silencio tampoco era la respuesta. Por su reacción cuando le había preguntado sobre su sueño, Lexi ya debía saber que estaba ocultando algo.

Cerró los ojos con fuerza contra la batalla que se estaba librando en su interior. En cualquier caso, corría el riesgo de perderla.

Cuando, un año antes, ella se fue de Chicago, Ty necesitó que pasaran varios meses para dejar de buscarla con la mirada cada vez que entraba o salía del ascensor, para dejar de permanecer tumbado en la cama cada noche preguntándose qué habría pasado si se hubiera quedado en la ciudad. Pero sabía que en aquella ocasión no iba a ser tan sencillo. Si Lexi lo echaba de su lado, sabía casi con certeza que no sobreviviría.

—No has oído una palabra de lo que he dicho, ¿verdad, Lexi? —dijo Freddie mientras descolgaba una sábana del tendedero.

—Lo siento —Lexi dedicó a su cuñada una sonrisa de disculpa—. Supongo que estoy un poco cansada.

—No es de extrañar. A fin de cuentas, eres una recién casada.

Los ojos de Lexi se llenaron de lágrimas mientras miraba a su hijo acurrucado contra su pecho. Había salido con él de paseo y se había encontrado de pronto ante la casa de Jeff y de Freddie. En el fondo sabía que no había acabado allí por casualidad. Necesitaba alguien con quien hablar, y Freddie era su confidente desde que eran niñas.

Pero desde que había llegado, Freddie no había dejado de hablar de la maravillosa familia que formaban Ty, Matthew y ella. Y con cada comentario, Lexi sentía que su corazón se rompía un poco más.

Se mordió el labio inferior para evitar que temblara.

—Mi cansancio no viene de lo que tú crees —dijo, finalmente.

Freddie dejó de sonreír mientras doblaba la sábana.

—¿Las cosas no van bien?

—En realidad no.

Freddie miró atentamente a su cuñada antes de encaminarse hacia la casa.

—¿Por qué no echas a Matthew a dormir mientras preparo un café?

Lexi siguió a su cuñada a la casa y se aseguró de que Matthew estuviera dormido antes de reunirse con ella en la cocina.

—¿Qué sucede? —preguntó Freddie tras dejar ante ella una taza de humeante café—. Por tu expresión, da la sensación de que tu perro favorito ha muerto.

Lexi frotó una lágrima solitaria de su mejilla.

—Me temo que las cosas no van a funcionar.

Freddie apoyó cariñosamente una mano en su brazo.

—Estoy segura de que todo se resolverá con el tiempo.

Lexi negó con la cabeza.

—No es algo tan sencillo como acostumbrarme a que Ty deje los calcetines en el suelo del baño o se olvide de tapar la pasta de dientes. Oculta algo que lo está desgarrando por dentro, pero no me deja ayudarlo. Hace unos días tuvo una pesadilla horrible, y me di cuenta de que estaba reviviendo algo espantoso. Pero cuando traté de hablar con él se negó a hacerlo.

—¿Te has parado a pensar que tal vez le resulte demasiado doloroso hablar de ello? —preguntó Freddie.

—Es posible —concedió Lexi—. Me habló de su familia, y eso indica que se está abriendo poco a poco.

—Dale más tiempo —sugirió Freddie—. Solo os casasteis hace unos días. Cuesta más compartir algunas cosas que otras. No puedes esperar que te lo cuente todo de una vez —dedicó un guiño a su cuñada—.

Tengo fe en ti, muchacha. Verás como todo se arregla.

Lexi suspiró.

—Espero que tengas razón.

—Sé que la tengo —Freddie miró su reloj—. ¡Por las ligas de la abuela! Jeff va a llegar en menos de una hora y ni siquiera sé que preparar para la cena.

Cuando se levantó de la silla, el color abandonó las mejillas de Freddie y tuvo que sujetarse a la mesa para no caer.

Lexi se puso en pie de un salto y pasó un brazo por los hombros de su cuñada.

—¿Qué sucede? —preguntó, preocupada.

—Estoy bien —Freddie sonrió tímidamente—. Solo tengo que aprender a no moverme tan rápido.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —preguntó Lexi, en absoluto convencida. Freddie seguía pálida como una sábana y parecía que le costaba respirar.

—No podría encontrarme mejor —aseguró su cuñada un momento antes de cerrar los ojos y perder por completo el conocimiento.

Lexi se levantó de la silla cuando oyó que el coche de Jeff se detenía ante la casa. No la sorprendió que su hermano hubiera hecho el trayecto de cuarenta y cinco minutos desde Gatlinnburg en menos de veinte. Cuando lo había llamado a su tienda de armarios y le había explicado la situación, se había encontrado de inmediato hablando con el vacío.

La puerta principal se abrió y Jeff entró en la casa casi corriendo.

—¿Dónde está Freddie? —preguntó.

—En el dormitorio —contestó Lexi, y sujetó a su hermano por el brazo al ver que se lanzaba de inmediato hacia el pasillo—. Ty está con ella.

Jeff miró a Lexi como si acabara de verla por primera vez.

—¿Qué ha pasado? —preguntó tras respirar profundamente.

Tras explicarle lo sucedido, Lexi añadió:

—Se ha negado a ir a la clínica, así que he llamado a Ty.

Jeff asintió de modo casi imperceptible.

—¿Cuánto tiempo lleva con ella?

—Unos diez minutos. No creo que vayan a tardar mucho más.

—No lo entiendo. Freddie siempre ha tenido una salud de hierro y… —Jeff se interrumpió al oír que la puerta del dormitorio se abría.

Cuando entraron en el cuarto de estar, Ty sonreía y Freddie parecía absolutamente radiante.

Jeff corrió al lado de su esposa y le pasó un solícito brazo por sus hombros.

—¿Qué ha pasado, corazón? ¿Te encuentras bien?

Lexi vio que Freddie miraba a Ty y sonreía antes de rodear con sus brazos la cintura de su marido.

—No podría encontrarme mejor. Solo me he mareado un poco, pichoncito mío Eso es todo.

Jeff se puso intensamente colorado.

—Te he dicho mil veces que no me llames eso delante de la gente —murmuró. Luego, sin apartar los brazos de su esposa, se volvió hacia Ty—. ¿Por qué se ha desmayado?

Ty sonrió.

—Creo que será mejor que te lo diga ella.

—Más vale que alguien me lo diga de una vez —refunfuñó Jeff, que ya estaba perdiendo la paciencia.

Freddie dejó escapar una risita.

—Ty dice que eso suele sucederles a las mujeres embarazadas.

El silencio que siguió al anuncio de Freddie duró tan solo unos segundos antes de que Jeff tomara a su pequeña mujer en brazos y soltara un grito que podría haber levantado a los muertos.

—¡Vamos a tener un bebé!

—¡Es maravilloso! —exclamó Lexi, aliviada al averiguar que no sucedía nada malo.

Jeff dejó a Freddie en el suelo y se volvió hacia Ty.

—Gracias por haber venido a casa —dijo, y le ofreció su mano—. Freddie no habría entrado en la clínica ni aunque hubiera sido un caso de vida o muerte.

Ty estrechó su mano y se encogió de hombros.

—No hay problema. Acababa de ver a mi último paciente del día cuando Lexi me ha llamado.

—Me alegro tanto por vosotros —dijo Lexi, sonriente—. Sé que lleváis mucho tiempo esperando a que pasara esto.

—Desde luego —dijo Jeff. Atrajo a Freddie hacia su costado y la miró con una sonrisa en los labios—. Vamos a tener que celebrarlo, corazón.

Lexi contempló a su hermano mientras este miraba amorosamente a su esposa. Sospechaba lo que Jeff tenía planeado para la tarde y, sin duda, el plan no incluía a Ty ni a ella.

Sintió que su corazón se encogía. Con el tiempo, tal vez Ty aprendería a amarla como Jeff amaba a Freddie. Había dicho que

quería dar una oportunidad a su matrimonio, que quería tener una familia auténtica y completa. ¿No era eso lo que ella también quería? Ty había compartido con ella el secreto de su nacimiento ilegítimo, algo que le había costado verdaderos esfuerzos. No era mucho, pero era un buen comienzo. Con el tiempo, tal vez aprendería a amarla y a confiar plenamente en ella. Como había sugerido Freddie, debía tener paciencia y esperar.

—Es casi la hora de darle de comer a Matthew, ¿verdad, Lexi? —dijo Ty a la vez que le guiñaba un ojo.

Ella sonrió.

—Es cierto.

Cuando el bebé, Ty y ella se fueron de la casa, Lexi tuvo la sensación de que Jeff y Freddie ni siquiera se enteraron.

—Debía haber algo de cierto en la predicción que hizo Granny Applegate el mes pasado —dijo Ty mientras salía con el todoterreno a la carretera.

—¿Qué predicción? —preguntó Lexi.

ÉÌ rio.

—Dijo que la luna iba a estar en una fase ideal para que las mujeres se quedaran embarazadas. El de Freddie es el tercer embarazo que he diagnosticado hoy.

—Una explosión de natalidad en Piney Knob.

—Eso parece.

Un incómodo silencio se estableció entre ellos mientras se dirigían a la cabaña.

Ty odiaba que se produjera aquel tenso ambiente, aquella cautela. Sabía que solo estaba posponiendo lo inevitable. Había cosas que, como su esposa, Lexi tenía derecho a saber.

Cuando aparcó ante la cabaña, Lexi lo sorprendió abandonando el asiento de atrás para sentarse en el del copiloto. Luego se volvió hacia él y lo abrazó.

—Cariño…

—No te preocupes, Ty. Iremos poco a poco. Estaré lista para escucharte cuando tú lo estés para contarme lo que quieras.

Incapaz de encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que sentía ante aquella muestra de delicadeza, Ty la besó.

Una oleada de calor lo recorrió cuando sus labios se encontraron. Lexi pasó una mano tras su nuca y lo atrajo hacia sí. Permitir que ella tomara el control del beso hizo que Ty sintiera una descarga de deseo tan fuerte como una corriente eléctrica. Ella le acarició los labios con la lengua y luego se los mordisqueó. Ni en sus sueños más eróticos

había imaginado Ty algo tan provocativo como Lexi asumiendo el papel de seductora. Cuando lo instó a abrir la boca para ella, un gemido escapó de su garganta al saborear su dulzura.

Su mente estaba tan concentrada en un solo pensamiento que necesitó varios segundos para darse cuenta de que alguien estaba tocando la bocina tras ellos. Interrumpió el beso para mirar por el retrovisor y vio a Carl Morgan bajando de su camioneta.

—¡Maldita sea! —murmuró mientras se disponía a abrir—. ¿Es que esta gente no tiene vida propia?

—Eso solía pensar yo —dijo Lexi. Salió del todoterreno, abrió la puerta y soltó la sillita del bebé—. Voy a llevar a Matthew dentro mientras tú averiguas qué quiere Carl.

Ty maldijo entre dientes, salió del coche y cerró de un portazo. ¿Cómo esperaba aquella gente que una pareja de recién casados encontrara la felicidad si no los dejaban en paz ni un minuto?

—¿Qué puedo hacer por ti, Carl? —preguntó, impaciente.

En absoluto ofendido por su áspero tono, Carl sonrió.

—Siento haberle interrumpido, doctor, pero prometo dejarle volver con Lexi en unos minutos. Solo he venido a traerle algo para demostrarle cuánto agradezco lo que hizo por Liddy y por el bebé la otra noche.

Ty suspiró. Se sentía como un miserable.

—No tenías por qué haberte molestado, Carl.

—Claro que sí —insistió el hombretón. Hizo una seña para que Ty lo siguiera hasta la parte trasera de su camioneta—. Prometí asegurarme de que no lamentara haber venido a Dixie Ridge, y nunca me echo atrás en mi palabra.

—Solo estaba haciendo mi trabajo. No hace falta…

Las palabras murieron en la garganta de Ty cuando vio lo que estaba señalando Carl.

Allí, en la parte trasera de la camioneta, con un gran lazo rojo en torno al cuello, se hallaba sentado un cerdo negro y blanco del tamaño de un cocker spaniel.

—Este es *Dempsey* —dijo Cari, sonriente—. Es un auténtico Hampshire.

—*¿Dempsey?*

—Sí, pero no me culpe a mí por haberlo llamado así. Los niños le pusieron el nombre en cuanto nació —Carl se encogió de hombros—. El caso es que ahora es suyo.

—¿Mío? —Ty movió la cabeza. No quería ser desagradecido, pero necesitaba un cerdo tanto como se necesitaban neveras en el polo norte—. Aprecio el detalle, pero no puedo aceptarlo. Volveré a la

ciudad dentro de unos meses. Además, no sé nada sobre cómo cuidar a un cerdo. Ni si quiera sé qué comen.

—Los cerdos son fáciles de manejar —dijo Cari mientras abría la parte trasera de la camioneta. Sacó de esta un gran cubo y lo llevó hasta el porche—. Y no se preocupe por su alimentación. Yo le mantendré bien surtido de mi receta especial —palmeó un lado del cubo con su enorme mano—. Solo tiene que darle una palada de esto dos veces al día.

—No puedo permitir que haga esto, Carl —insistió Ty—. Ya le he dicho que voy a volver pronto a Chicago.

El hombre se limitó a sonreír mientras ataba una cuerda en torno al cuello de *Dempsey* antes de dejarlo en brazos de Ty. Luego cerró la portezuela trasera de la camioneta y fue a ocupar su asiento tras el volante.

—Bienvenido a Pieny Knob, doctor.

—No tengo dónde guardarlo —dijo Ty, desesperado. ¿Qué diablos iba a hacer él con un cerdo?

—Estará perfectamente ahí —Cari señaló el cobertizo que había tras la cabaña. Luego puso la camioneta en marcha y se despidió moviendo la mano mientras se alejaba.

Dempsey gruñó y se retorció y acabó emitiendo un sonoro eructo.

Ty miró al pequeño cerdo que sostenía en los brazos. Cinco minutos antes estaba a punto de hacer el amor con su esposa.

Masculló una maldición y dejó al cerdito en el suelo. Mientras lo llevaba hacia el cobertizo se fijó en su tembloroso caminar. ¡Magnífico! Además de problemas digestivos, *Dempsey* debía sufrir de algún trastorno en su oído interno.

Más tarde buscaría un remedio para aquel problema. En aquellos momentos, lo único que quería era volver con Lexi antes de que alguien más se presentara para estropear lo que había empezado como una prometedora tarde con su esposa.

Capítulo 10

Lexi terminó de amamantar a Matthew y lo metió en la cuna. Se preguntó qué estaría retrasando tanto a Ty. Esperaba que no hubiera surgido otra emergencia.

Necesitaban pasar más tiempo juntos, para hablar, para empezar a construir una base de confianza mutua.

Acababa de salir del dormitorio cuando Ty entró en la casa.

—¿Qué quería Carl?

Ty miró a lo alto y movió la cabeza.

—No puedo creerlo. Nos hemos convertido en los orgullosos dueños de un cerdito blanco y negro llamado *Dempsey*.

—¿Carl te ha regalado uno de sus auténticos Hampshire? —preguntó Lexi, incrédula—. Debe estar realmente agradecido, porque esos animales son muy valiosos.

—Solo si haces una película en la que salga hablándoles a las ovejas —murmuró Ty.

Lexi negó con la cabeza.

—No es de la misma raza.

—Da lo mismo.

Lexi se habría puesto a reír de no ser por la exasperada expresión de Ty.

—¿Qué has hecho con él?

—Lo he metido en el cobertizo —Ty arrugó la nariz con expresión asqueada—. Junto con un cubo realmente apestoso lleno de comida para cerdos.

Lexi no pudo contener la risa por más tiempo.

—¿No quieres ser dueño de un cerdo?

—No —Ty se acercó a ella y la abrazó. Luego inclinó la cabeza para besarla—. Y no quiero pensar en eso ahora.

El beso de Ty hizo que el corazón de Lexi latiera más deprisa. Ella tampoco quería pensar en un cerdo llamado *Dempsey*.

—¿Está dormido Matthew? —preguntó él cuando alzó la cabeza. Sus ojos se habían oscurecido a causa del deseo, y el anhelo que Lexi percibió en ellos la dejó sin aliento.

—Sí —contestó—. Supongo que dormirá al menos un par de horas.

Ty deslizó un dedo por su mejilla y sonrió.

—Voy a tomar una ducha. Solo tardaré unos minutos.

Lexi asintió y lo observó mientras se alejaba por el pasillo. Esperó a que la puerta del baño se cerrara para seguirlo. Cuando oyó el ruido de la ducha sonrió. Ty no le había pedido que se reuniera con él, pero algunas cosas resultaban más provocativas cuando se hacían siguiendo un impulso.

Cuando entró en el baño y vio la figura viril de Ty a través del cristal empañado de la ducha, se quedó sin aliento.

Se desvistió con rapidez, abrió la puerta y pasó al interior.

—Yo te froto la espalda si tú me frotas la mía.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó él en tono grave e insinuante a la vez que la rodeaba con los brazos y la atraía hacia sí.

Si Lexi hubiera recordado lo que le había preguntado, tal vez habría respondido. Pero la sensación de su dura y húmeda masculinidad se esparció por su cuerpo en oleadas de creciente deseo, y olvidó su propio nombre, y más aún lo que había estado a punto de decir.

Ty deslizó las manos por su espalda hasta alcanzar la curva de sus nalgas. Luego las fue subiendo hasta abarcar con ellas sus pechos. Sostuvo su pesadez mientras se inclinaba a lamer de su piel las gotas de agua de la ducha. Un cosquilleo deliciosamente sensual recorrió la ya sensibilizada piel de Lexi cuando Ty tomó uno de sus pezones en la boca y lo succionó despacio. Y cuando alzó la cabeza y la besó, fue como si no la hubieran besado nunca, y el sabor de la pasión de Ty en sus labios la dejó débil y anhelante. Deslizó las manos por sus hombros, por su ancho pecho, por sus costados. Quería darle lo mismo que él le estaba dando a ella. Cuando rodeó con la mano su poderoso miembro y palpó su fuerza antes de acariciarlo fue recompensada con un gemido de placer.

Ty tomó las manos de Lexi en las suyas y las colocó sobre sus hombros mientras se arrodillaba ante ella.

—Eres preciosa —dijo, a la vez que deslizaba las manos por sus caderas hasta la parte interior de sus muslos. Cuando encontró lo que buscaba, Lexi se sintió como si fuera a arder. El calor amenazaba con consumirla mientras el dedo de Ty se introducía lentamente en ella y jugueteaba, la acariciaba, entraba y salía. La sometió de modo más prolongado e intenso a la misma tortura a la que ella lo había sometido un momento antes.

Cuando creía que iba a morir de placer a causa de sus caricias, Ty se puso en pie y la alzó consigo. Sus miradas se encontraron mientras Lexi se sujetaba a sus hombros y lo rodeaba por la cintura con las piernas. Sin decir una palabra, él se apoyó contra la pared de la ducha y la penetró.

Lexi dejó escapar un gemido de intenso placer cuando sintió cómo la colmaba. Cerró los ojos y su cabeza cayó hacia atrás mientras se arqueaba hacia él para tomar todo lo que Ty tenía que dar, para absorber su cuerpo.

Él empezó a moverse, y el exquisito placer que le produjo resultó

ser casi más de lo que podía soportar. Con cada movimiento y penetración la presión aumentó y Lexi se encontró respondiendo de modos que nunca antes había experimentado. Ty debió sentir su predisposición, su fiera necesidad, pues deslizó sus manos hacia abajo para tomarla por las nalgas y la sujetó con más fuerza contra sí mientras incrementaba el ritmo de sus movimientos.

Justo cuando Lexi creía que no iba a poder ir más allá, espirales de calor y luz la recorrieron y tuvo que aferrarse a Ty mientras su cuerpo parecía estallar en un millón de fragmentos. Sintió que él se endurecía un momento antes de liberar profundamente en ella la esencia más íntima de su cuerpo.

Lexi volvió lentamente a tierra mientras Ty se deslizaba con ella hacia abajo hasta quedar sentado en el suelo de la ducha. Agotada, con el agua aún cayendo sobre ellos, apoyó la cabeza en su hombro.

—Nunca había experimentado algo así —susurró.

Ty negó con la cabeza mientras le acariciaba el pelo mojado.

—Yo tampoco.

Lexi se echó atrás para mirarlo.

—Creo que me estoy enamorando de ti.

Fue doloroso que Ty no le devolviera su confesión de amor, pero sus ojos se oscurecieron un momento antes de que acercara su boca a la de ella. La besó con una ternura que dejó sin aliento a Lexi y le hizo olvidar su momentánea tristeza.

Cuando el beso terminó, Ty se levantó para cerrar el agua.

—Vamos a buscar un lugar más cómodo para seguir, cariño.

Ella asintió, se puso en pie, abrió la puerta de la ducha y tomó una toalla. Con ella secó el agua del pecho y los hombros de Ty, pero cuando empezó a secar sus piernas volvió a contener el aliento al ver el rápido cambio que estaba experimentando de nuevo su cuerpo.

—Parece tener un problema recurrente, doctor Braden.

—Eso me temo —Ty sonrió sugerentemente—. ¿Quieres ayudarme a encontrar la cura?

—Pero yo no sé nada de medicina, doctor —contestó Lexi con expresión inocente.

Ty la tomó de la mano y la llevó al dormitorio. Una vez en la cama, susurró junto a su oído:

—A veces, lo mejor para aprender es la práctica.

Y, cuando sus manos empezaron a elaborar de nuevo su magia, Lexi no tuvo más remedio que reconocer que tenía razón.

—Me parece que tienes los días y las noches un poco liados —susurró Ty mientras tomaba a su sonriente hijo en brazos. Volvió la

mirada hacia Lexi, pero vio que seguía dormida. Salió con el bebé en brazos al pasillo—. No queremos despertar a mamá, cariño. Está muy cansada.

Encendió la luz del cuarto de estar y se sentó en la mecedora.

—Quiero darte las gracias por haber sido tan bueno esta tarde y haber echado una siesta tan larga —dijo y besó la suave mejilla de su hijo—. Así papá ha tenido la oportunidad de pasar un buen rato con mamá.

Matthew le dedicó una sonrisa desdentada y gorjeó.

Ty rio.

—Me comprendes, ¿verdad, pequeño?

Matthew cerró la manita con sorprendente fuerza en torno a un dedo de Ty. Este vio que había elegido el dedo en que llevaba el anillo. Nunca se había permitido pensar en lo que se sentiría siendo marido y padre. Nunca había creído que llegaría a experimentar el amor que estaba sintiendo en aquellos momentos. Quería que durara para siempre.

Alejado del estrés y la tremenda presión a la que había estado sometido durante los últimos años había tenido tiempo de pensar. No sabía con certeza qué le depararía el futuro, pero estaba convencido de que no volvería a ejercer en urgencias cuando volviera a Chicago. Tratando a los pacientes de Dixie Ridge había descubierto que prefería el ritmo más relajado de la práctica privada.

Debía plantearse la posibilidad de poner una consulta en un barrio tranquilo. Tal vez así Lexi se mostraría más receptiva a regresar con él.

Miró hacia el pasillo, apoyó la cabeza contra el respaldo de la mecedora y cerró los ojos. Pero antes de que eso sucediera Lexi merecía conocer mejor al hombre con el que se había casado y con el que había tenido un hijo.

El tiempo volaba. El doctor Fletcher volvería a ocupar su puesto en la clínica en unos meses, y él tendría que irse. Si Lexi se iba con él a Chicago, averiguaría muy pronto los pecados del hombre con el que se había casado.

Y esa perspectiva le daba mucho miedo.

—¿Puedes venir un momento, querida? —dijo Ty desde el exterior.

Preocupada al oír el tono de su voz, Lexi tomó a Matthew en brazos y salió al porche. Encontró a Ty en el patio con *Dempsey*.

—¿Qué sucede?

—Llama a Jeff y dile que hoy no voy a poder ir a pescar con él.

—¿Por qué?

Ty miró al cerdo y frunció el ceño.

—Algo le sucede a *Dempsey*.

Lexi vio que el cerdito se acercaba con paso tambaleante a Ty.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó, apenas capaz de mantener una expresión seria.

El cerdito eligió ese momento para sentarse y apoyar la cabeza contra la pierna de su dueño.

—Le he dado de comer hace un rato y ahora apenas parece capaz de sostenerse en pie —Ty se agachó para palmear cariñosamente la cabeza del cerdito—. Será mejor que lo lleve al veterinario.

Dempsey emitió un sonoro eructo, gruñó satisfecho y dedicó a Lexi una mirada vidriosa.

Ella trató de no reír, pero fue inútil. Sabía exactamente cuál era el problema de *Dempsey*.

—No tienes por qué preocuparte, Ty. A tu cerdito no le sucede nada que no se le vaya a pasar con el tiempo.

—¿Estás segura? Por el olor de la comida que Carl me dio para él, creo que puede haberse envenenado.

Cuando *Dempsey* se tumbó y empezó a roncar de inmediato, Lexi rio tanto que los ojos se le llenaron de lágrimas.

Ty la miró con expresión suspicaz.

—¿Por qué tengo la impresión de que sabes algo que yo no sé? Este cerdo no está enfermo, ¿verdad?

Lexi negó con la cabeza mientras se acercaba a él.

—¿Cuánta comida le has dado?

—Carl dijo que le diera una palada dos veces al día, pero me ha parecido que se ha quedado con hambre y le he dado otra.

Lexi asintió.

—Eso es lo que pensaba. Carl no cría cerdos para ganarse la vida, aunque estos contribuyen a ello. Los tiene para librarse de las sobras de su verdadero negocio.

—¿Y cuál es su negocio?

Lexi sonrió y besó a Ty en la mejilla.

—Carl tiene una de las destilerías más productivas de Piney Knob.

—¿Destila bebidas alcohólicas ilegalmente?

Lexi rio al ver su incrédula expresión.

—Sí, y es bien sabido que a los cerdos les encanta el sabor del maíz fermentado. Por eso los tiene Carl.

Ty asintió.

—Le libran del grano una vez que ha sido utilizado para hacer licor. Pero *Dempsey* no está acostumbrado a una ración como la que le he dado.

Lexi asintió.

—Ha sobrepasado su nivel de tolerancia.

—En resumen, que lo he emborrachado.

—Sí, doctor Braden —Lexi rio—. Eres culpable de haber incitado a un cerdo a la delincuencia.

—No estoy seguro de que esto sea muy buena idea —dijo Ty mientras seguía a Jeff por el bosque—. Sé menos aún de pescar que de cerdos.

Jeff rio.

—No te preocupes por ese cerdo. Se le pasará en cuanto duerma un poco. Además, ir a pescar es solo una excusa.

—¿Para qué? —Ty se agachó para evitar que la rama que acababa de soltar Jeff le diera en la frente—. ¿Quieres iluminarme respecto al verdadero motivo por el que estamos en el bosque, arriesgando nuestras vidas?

—Quiero preguntarte algunas cosas sobre el estado de Freddie —dijo Jeff por encima del hombro sin dejar de caminar—. No quiero que ella ni Lexi se enteren de lo poco que sé sobre embarazos. De lo contario no me dejarían en paz.

—No hay ningún misterio al respecto —dijo Ty mientras trataba de mantener el ritmo de Jeff.

—Para ti es fácil decir eso. A fin de cuentas fuiste a la universidad a estudiar todo eso.

—¿Qué quieres saber en concreto? —preguntó Ty, que se había detenido para liberar la manga de su camisa de una zarza.

—¿Voy a tener que levantarme a media noche para conducir hasta Gatlimburg para comprar pepinillos en vinagre con helado de vainilla o alguna otra mezcla por el estilo?

Ty rio.

—No puedo garantizarte nada. Algunas mujeres tienen esos antojos, pero aún está por ver que Freddie sea una de ellas. Puede que no tenga ningún antojo.

—Eso hace que me sienta un poco mejor —Jeff se estremeció visiblemente—. No me gustaría tener que verla comiendo algo así.

Tras caminar unos metros en silencio, Ty preguntó:

—¿Quieres saber algo más?

Jeff se detuvo bruscamente y se volvió hacia él.

—Sí.

Por la expresión de su rostro, Ty comprendió que quería hablar de algo más importante que los futuros hábitos alimenticios de Freddie.

—¿Te has planteado alguna vez la posibilidad de atender partos en

casas? —preguntó Jeff a bocajarro—. No te lo pediría, pero ambos sabemos lo que siente Freddie por las clínicas.

—No, nunca me lo he planteado —Ty se pasó la mano por la parte trasera del cuello. Desde hacía un tiempo, cada vez que pensaba en volver a la ciudad sus músculos se tensaban—. Estaré de vuelta en Chicago bastante antes de que Freddie dé a luz. Además, creía que tu esposa prefería a Granny Applegate.

—Puede que ella sí, pero yo no. Granny es una mujer estupenda y hace muy bien su trabajo, pero últimamente ha estado hablando de retirarse. Dudo que esté ejerciendo de matrona cuando Freddie la necesite.

Ty asintió.

—Recuerdo que mencionó algo al respecto en la recepción de la boda.

Jeff se encogió de hombros.

—Solo quiero lo mejor para mi esposa y mi bebé. Preferiría que un médico se hiciera cargo de todo cuando llegara el momento.

Ty comprendía la preocupación de Jeff.

—No te culpo. Habla con el doctor Fletcher cuando vuelva. Tal vez podáis llegar a un acuerdo.

Jeff asintió.

—Supongo que puedo intentarlo.

Ty notó la expresión preocupada de su cuñado.

—No voy a prometerte nada, pero hablaré con él para que se plantee seriamente el asunto.

Jeff sonrió.

—Eso es estupendo. Gracias.

Siguieron caminando, pero un repentino y estruendoso chasquido les hizo detenerse en seco.

Ty escuchó un ruido sordo cuando algo golpeó el árbol junto al que se hallaba.

—¿Qué diablos ha sido eso?

Jeff se volvió y tiró de su brazo.

—¡Agáchate!

Un segundo chasquido desgarró el aire a la vez que Ty sentía que la tierra se alzaba para recibirlo. Notó que la parte exterior de su antebrazo izquierdo le ardía y se llevó automáticamente la mano a él. Debía haberse golpeado con algo cuando Jeff había tirado de él.

—¿Te encuentras bien? —preguntó su cuñado.

—Sí. ¿Qué está pasando?

Jeff miró a su alrededor con cautela.

—Por si no lo has notado, nos están disparando.

—¿Y quién…?

—No estoy seguro —interrumpió Jeff—, pero tenemos que salir de aquí.

Al apoyar el brazo izquierdo en el suelo para ponerse de rodillas, Ty sintió un intenso dolor. Cuando volvió la cabeza para mirárselo vio que tenía la camisa desgarrada. Sintió una mezcla de repugnancia y sorpresa al ver su propia sangre empapando rápidamente la tela. A lo largo de sus años de ejercicio en la sala de urgencias del hospital se había enfrentado a todas clase de amenazas, pero nunca había resultado herido.

—Volvamos al todoterreno —dijo Jeff a la vez que se ponía en pie —. Quien sea que haya disparado ya debe haberse ido, y creo que será mejor que nosotros hagamos lo mismo antes de que vuelva con algunos amigos.

Ty apoyó la mano derecha sobre su herida y trató de ponerse en pie, pero volvió a caer sobre sus rodillas.

—Vas a tener que ayudarme —dijo entre dientes—. Me han dado.

Jeff dejó a un lado los aparejos de pesca y se arrodilló junto a él.

—¡Maldita sea! ¿Es mala la herida?

—No sangra lo suficiente como para pensar que haya dañado una arteria. Creo que solo ha desgarrado la carne, pero arde como el diablo.

—Deja que eche un vistazo.

Ty apartó la mano para que Jeff separara los bordes rotos de la manga de su camisa. La bala había desgarrado la parte exterior de su brazo, pero el daño parecía mínimo.

—Necesitaré unos puntos, pero, aparte de eso, no es una herida mala.

El inesperado sonido de unos arbustos al moverse y de unos pasos acercándose les hizo alzar la mirada al unísono. Rifle en mano, Carl Morgan avanzaba hacia ellos como un toro en plena embestida. Al verlos se detuvo en seco.

—Vaya, doctor, no sabía que eran usted y Jeff —dijo, y se arrodilló junto a Ty—. No pretendía hacer daño a nadie. Solo quería que se alejaran…

—Pensabas que éramos las autoridades viniendo a desmantelar tu destilería, ¿verdad? —dijo Jeff en tono acusador a la vez que sacaba un pañuelo de su bolsillo para vendar el brazo de Ty.

Los hombros de Carl decayeron visiblemente.

—Sí. Hace seis meses que andan tras mi caldera —admitió—. Pero siempre he ido un paso por delante de ellos. Ya que este va a ser mi último lote, solo quería terminar antes de desmontar la estufa.

—¿Vas a dejar de hacer alcohol ilegal? —preguntó Ty.

Cari asintió.

—Prometía a Liddy que lo dejaría si teníamos una hija.

—¿Y eso que tiene que ver? —preguntó Jeff mientras vendaba a Ty.

—Las niñas son especiales —contestó Carl con sencillez—. No quiero correr el riesgo de acabar en la cárcel y que la pequeña Carly tenga que avergonzarse de su padre —miró con expresión de tristeza el brazo de Ty—. Pero ahora ha pasado esto y supongo que usted tendrá que informar a las autoridades, ¿no, doctor?

Ty miró a lo lejos mientras pensaba en lo que debía hacer. En Chicago veía las cosas en blanco y negro. Bien y mal. Legal e ilegal. Y no se lo habría pensado dos veces a la hora de denunciar a Cari á las autoridades.

Pero allí, en las montañas, la historia era diferente. Desde que estaba en Dixie Ridge había aprendido a ser más flexible, a tener en cuenta las zonas grises tanto como las blancas y negras de cualquier situación.

—Como médico, se supone que debería informar de inmediato a las autoridades sobre cualquier herida producida por un arma —admitió—. Pero si mantienes tu palabra y dejas de destilar licor ilegal, creo que podré pasar por alto lo sucedido.

La expresión de Carl se animó de inmediato.

—Tiene mi palabra, doctor. No volveré a destilar una gota —al mirar el pañuelo que rodeaba la herida de Ty y ver que empezaba a llenarse se sangre, su expresión se tornó de nuevo sombría—. ¡Maldita sea! Lexi me va a odiar por haberle disparado.

Ty se encogió de hombros.

—No ha sido culpa suya —dijo.

Jeff y Carl lo miraron como si se hubiera vuelto loco.

Ty sonrió.

—No tengo idea de quién ha disparado o por qué.

Jeff rio.

—Yo tampoco.

Carl se puso en pie.

—Estoy en deuda con los dos —dijo, con voz sospechosamente ronca—. Me encargaré de que no lo lamenten.

Ty negó rápidamente con la cabeza.

—No quiero más cerdos, Cari. Estaremos en paz cuando se haya librado definitivamente de la destilería.

—Gracias, doctor —Carl estrechó su mano—. No olvidaré esto.

Jeff ayudó a Ty a ponerse en pie.

—Voy a llevarte a la clínica para que Martha te vende el brazo como es debido. Antes podemos pasar a recoger a Lexi.

Ty negó con la cabeza.

—No. Probablemente estará ocupada con el bebé. Además, no es para tanto.

Jeff lo miró, sonriente.

—No conoces demasiado bien a las mujeres, ¿no?

—Lo suficiente —replicó Ty mientras se ponían en marcha.

—Me temo que no —replicó Jeff—. Cualquier mujer pensaría que sí es para tanto.

—Lexi no. Tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros y estoy seguro de que comprenderá.

La risa de Jeff resonó en la bóveda del bosque.

—Espero que recuerdes tus palabras mientras te lee la cartilla.

Lexi dejó de hacer abdominales para mirar a su cuñada.

—¿Mary Ann y Jake van a casarse por fin?

—Eso es lo que me ha contado Eunice cuando he pasado por su tienda para encargarle ropa de embarazada —Freddie se sentó junto a Lexi y sus ojos brillaron traviesamente cuando la miró—. Y nunca adivinarías dónde han decidido casarse.

—¿Dónde?

—¿Recuerdas que Mary Ann siempre trataba de copiar todo lo que hacías cuando estábamos en el colegio?

Lexi se irguió para secar el sudor de su rostro con una toalla.

—No me digas que…

Freddie rio mientras asentía.

—Está insistiendo en que quiere una boda como la tuya. Ya le ha pedido a Miss Eunice que le deje usar su tienda.

—¡Oh, Dios santo! —cuando finalmente pudo dejar de reír, Lexi movió la cabeza—. No puedo creerlo. Temía que Mary Ann siguiera persiguiendo a Jake cuando ya fueran demasiado mayores como para correr.

Freddie sonrió.

—De no ser por la luna, es posible que las cosas hubieran acabado así.

Lexi se quedó boquiabierta.

—¿Está embarazada?

—Sí. Y Jake anda por ahí enseñando las plumas como un pavo real y sonriendo de oreja a oreja.

—Ty me dijo que había diagnosticado varios embarazos últimamente —dijo Lexi, pensativa—. Me preguntaba quién más

estaría embarazada.

Freddie se encogió de hombros.

—Corre el rumor de que Granny Applegate ha decidido dejar de trabajar como matrona.

—Oh, Freddie —Lexi miró a su cuñada con expresión compasiva—. ¿Qué vas a hacer?

—Jeff está tratando de convencer a Ty para que se dedique a atender partos en las casas —Freddie sonrió—. Dice que quiere lo mejor para mí y para el bebé. ¿No te parece un detalle encantador?

Lexi no tuvo valor para recordarle que Ty se iría cuando el doctor Fletcher regresara. Ella misma no quería pensarlo.

Ty volvería a Chicago y ella se quedaría allí para criar a Matthew en el pausado ritmo de la vida en las montañas. Nada le habría gustado más que dar una oportunidad a su matrimonio, pero que ella lo amara no cambiaba el hecho de que, obviamente, él no la correspondía.

Se mordió el labio inferior para evitar que temblaba y alargó los brazos para abrazar a Freddie.

—No me sorprende en lo más mínimo que Jeff esté tratando de convencer a Ty para que te asista en casa. Ese hermano mío te ama con todo su corazón.

«Y yo querría con todo mi corazón que Ty sintiera lo mismo por mí», añadió para sí.

Cuando el teléfono sonó, gimió y se puso lentamente en pie.

—¿Dónde habré puesto el inalámbrico? —preguntó, tratando de contener las lágrimas mientras lo buscaba.

—El nuestro siempre acaba debajo de los cojines del sofá —dijo Freddie.

Lexi encontró el teléfono justo cuando saltó el contestador.

—Ven en cuanto puedas, Lexi —la preocupada voz de Martha invadió el cuarto de estar—. El doctor está herido. Jeff acaba de traerlo a la clínica.

Capítulo 11

—¿Dónde está Ty? —preguntó Lexi en cuanto encontró a su hermano en la sala de espera de la clínica.

Jeff estaba plácidamente sentado en un sillón, con las piernas extendidas antes sí.

—En la consulta. Martha le está dando unos puntos —contestó, y luego tuvo la audacia de bostezar.

Al parecer, tratar de conseguir los detalles de lo sucedido a través de su hermano iba a ser tan difícil como sacarle un diente a una gallina. Nunca en su vida había deseado Lexi golpear a alguien tanto como deseaba golpear a Jeff en aquellos momentos.

Y de no haber sido porque sostenía a Matthews en brazos, tal vez lo habría hecho.

—Jeff Hatfield, haz el favor de contestar a tu hermana como es debido —dijo Freddie—. Y más vale que lo hagas ya.

Ver a su mujer en el interior de la clínica hizo que Jeff se pusiera en pie de inmediato, boquiabierto.

—Freddie, corazón, ¿qué diablos haces tú aquí?

De no ser por la gravedad de la situación, Lexi se habría puesto a reír al ver la expresión de sorpresa de su hermano. Pero en aquellos momentos lo único que la preocupaba era Ty.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, impaciente—. Cuando Martha ha llamado, lo único que ha dicho ha sido que Ty estaba herido.

—Debería haber supuesto que Martha no pararía hasta meter la pata…

—Estoy empezando a perder la paciencia contigo —advirtió Freddie a la vez que tomaba al niño de brazos de Lexi.

—Oh, bueno… le han… disparado —balbuceó Jeff finalmente.

Los ojos de Lexi se llenaron de lágrimas y empezó a temblar incontrolablemente.

—¡Oh, Dios mío!

—No te preocupes, hermanita —Jeff la rodeó con sus brazos—. Es solo una herida superficial. Se encuentra bien.

—Tengo que comprobarlo por mí misma —Lexi se apartó de su hermano y se volvió hacia Freddie—. ¿Podrías…?

—No te preocupes por Matthew. Nosotros nos haremos cargo de él. Tú ve a ver cómo está Ty.

Lexi asintió y se alejó rápidamente por el pasillo. Entró en la consulta sin llamar.

—Suponía que estabas a punto de llegar —dijo Martha al verla.

Ty, que estaba sentado en la camilla sin camisa, frunció el ceño.

—Le había dicho a Jeff que no te llamara.

—Y no lo ha hecho —dijo Lexi mientras miraba a su marido de arriba abajo. Aparte de la herida del brazo que Martha le estaba cosiendo, parecía encontrarse bien.

—No quería que… ¡Ay! Maldita sea, Martha. Haga el favor de tener más cuidado.

Lexi sintió que su corazón se rompía en mil pedazos, junto con sus esperanzas de lograr que su matrimonio funcionara. No hacía falta que Ty terminara lo que había empezado a decir. Era evidente que no la quería a su lado.

A pesar de todo, logró controlar las lágrimas.

—He pensado que tal vez me necesitarías a tu lado —dijo, y agradeció que su voz sonara firme a pesar del nudo que tenía en la garganta—. Al parecer, estaba equivocada. Dile a Jeff que te lleve a casa.

—Lexi, no pretendía…

Pero Ty se encontró hablando con la puerta cerrada de la consulta. Maldijo entre dientes. Lo único que había pretendido había sido no preocuparla tontamente.

—He sido yo la que ha llamado —admitió Martha mientras tomaba una gasa con la que empezó a vendar el brazo de Ty—. Y si volviera a suceder algo parecido en el futuro, puede apostar su último dólar a que volvería a hacer lo mismo.

Ty frunció el ceño.

—¿Por qué? No ha sido nada serio.

—Veo que voy a tener que aclararle algunas cosas respecto a las mujeres —dijo Martha. Dejó de vendarlo para agitar un dedo ante él —. Cuando un hombre está herido o enfermo, el lugar de su mujer está junto a él. Por poco seria que sea la cosa, ahí es donde ella quiere estar y donde él hombre la necesita.

—Podría habérselo dicho yo al llegar a casa.

Martha movió la cabeza.

—Ninguna esposa quiere enterarse de algo así de segunda mano. Quiere saberlo todo inmediatamente —terminó de vendar el brazo de Ty y luego le alcanzó la camisa—. Y ese es su derecho. Cuando se casó contigo prometió estar a tu lado en la salud y en la enfermedad, en los buenos y en los malos tiempos. Eso se llama confianza, hijo. Sin ella, ningún matrimonio tiene oportunidad de sobrevivir.

Confianza.

Ty sintió que su estómago se encogía mientras pensaba en aquella palabra. Le había dado a Lexi su apellido, pero poco más. El día que se casaron no creyó que sus sentimientos por él pudieran superar el hecho de que fuera hijo de un padre desconocido. Pero se había

equivocado. Ella había aceptado el hecho de que fuera ilegítimo con mucha más naturalidad que él.

Cerró los ojos y respiró hondo. Confianza. Una pequeña palabra que podía hacer que su matrimonio fracasara o prosperara. Y debía aceptarla si no quería correr el riesgo de perder a Lexi para siempre.

Había llegado el momento de abrirle su alma. Tenía que contarle lo que había permanecido oculto tanto tiempo, lo que le había hecho salir temporalmente de Chicago.

Solo esperaba que ella lo aceptara con tanta facilidad como había aceptado su ilegitimidad… y que siguiera amándolo.

—Hay algo que debe hacer antes de intentar arreglar las cosas con Lexi —dijo Martha.

Ty suspiró.

—¿De qué se trata, Martha?

—Debe llamar al doctor Fletcher. Ha dicho que es importante y que necesita hablar con usted cuanto antes.

Ty salió del coche de Jeff y observó cómo se alejaba antes de volverse hacia la cabaña. El brazo le dolía, pero aquella molestia física no era nada comparada con la mezcla de excitación y temor que atenazaba su estómago.

Se acercó lentamente al porche. Esperaba que no fuera demasiado tarde.

—¿Lexi? —llamó al pasar al interior.

Nada.

Su temor aumentó mientras se encaminaba hacia el dormitorio. ¿Y si ya era demasiado tarde?

Sintió un inmenso alivio al oír tras la puerta la voz de su mujer mientras hablaba con el niño.

—Lexi, cariño, yo…

Ty se interrumpió en seco al ver la ropa de su mujer esparcida por la cama. Su estómago se encogió aún más mientras se acercaba al armario a tomar una camisa limpia.

—¿Vas a algún sitio? —preguntó, cuidándose de mantener un tono neutral a pesar del pánico que lo atenazaba.

Se quitó la camisa manchada de sangre y sacó otra limpia del armario mientras Lexi terminaba de cambiar el pañal al bebé. Después de hacerlo dejó a este en la cuna y se volvió hacia él.

Fue entonces cuando Ty vio la evidencia de las lágrimas, la cautelosa expresión de sus ojos verdes.

—No soy yo la que se va —dijo Lexi, con voz ronca—. ¿Pero te importaría que alguno de los dos lo hiciera?

—Claro que me importaría —contestó Ty mientras se abrochaba la camisa. Ya no le importaba si parecía o sonaba desesperado. Todo lo que importaba era que Lexi supiera la verdad, que le diera otra oportunidad.

—Creo que no sobreviviría a perderte, Lexi.

—¿Por qué?

Ty se pasó la mano por el cuello. La mirada que le había dedicado Lexi había sido muy reveladora. Si no se lo contaba todo en esa ocasión, sabía que la perdería para siempre.

—Tenemos que hablar, Lexi.

—Ya ha pasado el momento —replicó ella, y su voz reflejó el dolor que sentía.

Matthew empezó a hacer alegres ruiditos de bebé. El sonido era uno de los más dulces que había escuchado Ty. Se le hizo un nudo en la garganta cuando pensó en cuánto estaba en juego, en lo que su admisión podía costarle.

—Pareces cansada. ¿Por qué no vas al cuarto de estar y pones los pies en alto? —sugirió mientras se acercaba a la cuna. Tomó a Matthew en brazos y se volvió hacia Lexi—. Me reuniré contigo en cuanto consiga que el niño se duerma.

Cuando Lexi asintió y salió de la habitación, Ty miró a su sonriente hijo.

Matthew gorjeó y rodeó con la manita un dedo de su padre.

—Gracias por el apoyo moral —dijo Ty un momento antes de cerrar los ojos contra las emociones que amenazaban con abrumarlo —. Papá se siente como si estuviera a punto de saltar a ciegas desde lo alto de una montaña.

Lexi vio que Ty entraba en el cuarto de estar y se encaminaba directamente a la ventana, donde permaneció unos momentos mirando hacia el exterior. Por su perfil, comprendió que no estaba viendo nada.

—No pretendía herir tus sentimientos esta tarde en la clínica — dijo, finalmente—. Suponía que estarías ocupada con el bebé. Sabía que lo sucedido no era serio y no quería preocuparte.

—No necesito que me protejan de la realidad —Lexi miró los anchos hombros de Ty y deseó que se volviera—. Soy tu esposa. Se supone que debo estar al tanto lo que te sucede, no enterarme de ello más tarde.

Ty asintió brevemente.

Al ver que permanecía en silencio, ella preguntó.

—¿Cómo está tu brazo?

—Duele mucho.
—¿Has tomado algún analgésico?
Ty negó con la cabeza.
—No me hace falta —tras respirar profundamente se volvió hacia Lexi—. Además, quería tener la cabeza despejada para lo que voy a decirte.
El corazón de Lexi latió con más fuerza. ¿Iba a decirle que su matrimonio no iba a funcionar? ¿Iba a despedirse de ella?
—¿Qué quieres saber primero? —preguntó él.
—Lo que quieras contarme.
Ty se encogió de hombros.
—Supongo que podría empezar contándote por qué estoy aquí y no en Chicago.
—Me parece buena idea.
Ty se volvió de nuevo hacia la ventana.
—Cuando estuvimos juntos aquella noche en tu apartamento, me hablaste de lo bonita que era esta región, de lo tranquila y pacífica que era la vida por aquí. Hace unos meses necesité alejarme una temporada de mi trabajo y decidí poner unos anuncios por si había alguna comunidad en esta zona que necesitara un médico.
—Más o menos en la misma época en que el doctor Fletcher estaba buscando un sustituto temporal, ¿no? —adivinó Lexi.
Ty asintió.
—Vio mi anuncio y se puso en contacto conmigo.
—Pero yo creía que te gustaba tu trabajo en Chicago.
—Y así era —Ty se volvió de nuevo hacia ella—. Pero he decidido que no puedo seguir ejerciendo como traumatólogo, Lexi.
—¿Por qué no? Eras uno de los mejores de la ciudad.
—He podido comprobar en más de una ocasión que no es así —Ty metió las manos en los bolsillos y movió la cabeza—. La traumatología de urgencias es una especialidad que quema muy pronto a los médicos. Tendría que haberlo dejado antes o después. Tal vez habría podido aguantar una temporada más, de no haber sido por…
Lexi vio que cerraba los ojos con fuerza para alejar el recuerdo que lo preocupaba. Cuando los abrió, su sombría mirada reflejó hasta qué punto se sentía afectado.
—¿Ty?
—He visto morir a demasiados niños —continuó él, y respiró temblorosamente antes de seguir hablando—. Es terrible que un niño te mire desde la camilla con los ojos llenos esperanza, como si fueras su única posibilidad de salvación, para ver unos momentos después cómo lo abandona la vida.

Lexi se mordió el labio para evitar que le temblara. Sabía que Ty había necesitado mucho coraje para admitir algo que él veía como una debilidad, como un fallo.

—Nunca nos paramos a pensar lo suficiente en lo que los médicos que trabajáis en urgencias tenéis que soportar a diario.

Ty suspiró pesadamente.

—Yo era lo suficientemente arrogante como para creer que podía enfrentarme a ello sin que me afectara, pero he comprobado que no es así.

—Estoy segura de que habrás visto cosas horribles —dijo Lexi con suavidad—. Pero después de haber estado una temporada alejado de todo eso, puede que lo veas de otro modo cuando vuelvas.

—No. He decidido que no voy a seguir con la especialidad de traumatología.

—No me había detenido a pensar en lo duro que debe ser soportar tu trabajo.

Ty se pasó una mano por el rostro como para alejar los desagradables recuerdos.

Lexi sintió que su corazón se inflamaba de amor. Ty había tratado de protegerla con su silencio del sufrimiento que le causaba el lado trágico de su profesión.

—Deberías habérmelo dicho antes —dijo con firmeza—. Nunca he sido y nunca seré alguien que huye de los aspectos desagradables de la vida.

Ty se encogió de hombros.

—Ahora ya es agua pasada —dijo, y miró a Lexi un momento antes de añadir—: Pero tengo algo más que contarte.

Por su expresión, Lexi supo que lo que le acababa de contar solo había sido un preludio de lo que se avecinaba.

Ty respiró profundamente.

—Sucedió la noche que pasamos juntos. No habíamos tenido nada fuera de lo normal en el hospital. Un par de heridos de accidentes de coche, una herida de navaja… Todo estaba tranquilo, de manera que decidí ir a cuidados intensivos a ver cómo evolucionaba un paciente al que había visto hacía unos días. Acababa de salir del ascensor cuando sonó mi busca para que volviera a urgencias —hizo una pausa y el dolor que reflejaron sus ojos hizo que el corazón de Lexi se encogiera —. Llegué abajo a la vez que la ambulancia. Sacamos de inmediato al niño que venía en ella y lo llevamos en tiempo récord a la sala de tratamientos. Estaba herido de bala, pero permanecía consciente. Una de las enfermeras le cortó la camisa y yo acababa de colocarme junto a él cuando sufrió una parada cardíaca —se acercó a la chimenea y

apoyó ambas manos sobre la repisa mientras luchaba con los recuerdos. Cuando se volvió, su voz sonó sospechosamente ronca—. Hice lo que pude, pero no bastó.

Los ojos de Lexi se llenaron de lágrimas al ver su dolor.

—Oh, Ty… Cuánto lo siento.

Él asintió.

—Cuando fui a hablar con su familia, el hermano del niño perdió la cabeza y sacó una pistola. Era evidente que estaba colocado de algo, y no había manera de razonar con él. Creo que ni siquiera me oía mientras le hablaba. Agitaba la pistola y amenazaba con disparar a todos los que estábamos en la sala. Cuando vi que apuntaba a una niña, supe que tenía que hacer algo. Salté sobre él y, mientras forcejeábamos, la pistola se disparó y le dio —el cuerpo de Ty se estremeció visiblemente—. Nos pusimos a curarlo allí mismo, en el suelo de la sala de espera —cerró los ojos. Cuando los abrió, su mirada buscó la comprensión de Lexi—. Juro que hice todo lo que pude por salvarlo, pero su madre empezó a gritar que lo había dejado morir a propósito.

Lexi deseó poder aliviar su pesar, pero sintió que no podía hacer o decir nada que sirviera para aplacar su dolor por lo sucedido aquella terrible noche.

—Estaba fuera de sí por el dolor —dijo con suavidad—. No sabía de qué…

—La mujer sabía exactamente de qué me estaba acusando —interrumpió Ty en tono sombrío.

Sin poder contenerse más, Lexi se levantó, se acercó a él y apoyó las manos en sus rígidos hombros.

—¿Por qué dices eso?

—Incluso después de que la investigación me exonerara de toda responsabilidad por lo sucedido, siguió persiguiéndome a través de los medios de comunicación. Durante nueve meses se dedicó a llamar a la radio, a enviar cartas a la prensa y a llamar a diario al hospital para exigir que me despidieran. Al ver que no cejaba en su empeño, la dirección del hospital sugirió que me tomara una excedencia y desapareciera una temporada para ver si se relajaban las cosas.

—Oh, Ty —Lexi sintió su dolor como propio. No tenía ninguna duda sobre su inocencia—. Tú no tuviste ninguna culpa de lo sucedido. La policía te libró de todos los cargos.

Ty la miró fijamente a los ojos.

—¿Puedes amar a un hombre que ha matado a otro ser humano, Lexi?

Ella apoyó una mano en su mejilla.

—No fue culpa tuya, Ty. Podrías haber muerto tú en lugar del muchacho.

—Sí, pero…

—Te conozco. Sé que nunca harías daño a nadie intencionalmente —Lexi tomó en sus manos las de Ty y preguntó—: ¿Cuántas vidas han salvado estas manos? ¿Cuánta gente está viva hoy porque tú estabas allí cuando los ingresaron en urgencias? —al ver que él se encogía de hombros, lo miró directamente a los ojos—. Fue un accidente, Ty. No tuviste más culpa en la muerte de ese chico que él mismo. Tienes que perdonarte por lo sucedido.

—He aprendido a vivir con lo que sucedió —dijo él con cautela—. Pero pensaba que tú…

—¿Sabe cuál es su problema, doctor Braden? —interrumpió Lexi —. Que piensa demasiado —la incrédula expresión del rostro de Ty le hizo comprender hasta que punto eran profundas sus dudas. Se acercó a la puerta y echó la llave—. Al parecer, voy a tener que demostrarte que hablo en serio.

Ty vio que Lexi se acercaba de nuevo a él. Le dolía el brazo, pero apenas le prestó atención cuando ella lo abrazó. Había visto compasión en su mirada, pero no la acusación que temía. La esperanza comenzó a florecer en su interior.

—¿Y cómo piensas demostrármelo, señora Braden?

—Ya verás —Lexi lo tomó de la mano y lo condujo hacia la chimenea. Luego alzó una mano y le desabrochó el botón superior de la camisa.

—Acabo de ponérmela.

—Ya lo sé.

—¿Y vas a quitármela ya?

—Umm —Lexi terminó de desabrocharle la camisa y se la quitó cuidadosamente—. Si no lo hago no voy a poder enseñarte en qué consiste el amor rural.

—No sabía que había una diferencia entre el amor en la ciudad y el amor en el campo.

—Oh, claro que sí —Lexi dedicó una mirada a Ty que hizo que la boca de este se secara—. Hay una gran diferencia.

Ty dejó que tirara de él hasta hacerle sentarse en la alfombra que había frente al hogar.

—¿Y crees que me gustará?

—Desde luego.

Sintiéndose más liberado de lo que se había sentido en su vida, Ty comprobó que estaba más que dispuesto a expresar en palabras lo que había sabido desde el momento en que se habían conocido.

—Te quiero, Lexi. Siempre te he querido.

Ella le dedicó una sonrisa que hizo que le subiera la tensión.

—Yo también te quiero, y ahora pienso demostrártelo de una vez por todas. Voy a hacer que se cumpla una de tus fantasías, y para cuando haya acabado no tendrás ninguna duda al respecto.

Y para asombro y deleite de Ty, así fue.

* * *

Lexi sonrió cuando Ty le alcanzó a Matthew. Tras guiar hasta uno de sus pechos la anhelante boca del bebé, preguntó en tono inocente:

—¿Cree que podrá acostumbrarse al amor rural, doctor?

—Desde luego —Ty sonrió mientras se sentaba junto a ella en el sofá—. Cada vez me gustan más aspectos de la vida en el campo. Sobre todo el amor.

—Me alegra oír eso —dijo Lexi, satisfecha.

Ty la besó en la frente.

—¿Cómo sabías que una de mis fantasías era hacer el amor contigo frente a la chimenea?

Ella sonrió.

—Vi la expresión de tu rostro la primera vez que pasaste por aquí. No podías apartar la mirada de ella.

—De manera que se me notó mucho, ¿no?

—Totalmente.

Permanecieron un momento mientras Ty contemplaba al niño mamando. Se sentía como el hombre más feliz de la tierra.

—¿Piensas poner una consulta privada cuando vuelvas a Chicago? —preguntó Lexi.

—¿Volverías conmigo?

—Por supuesto. La familia debe permanecer unida.

Ty volvió a besarla en la frente y sonrió.

—No vamos a volver.

Lexi lo miró sin ocultar su sorpresa ni su alegría.

—¿Vamos a quedarnos aquí?

Ty asintió.

—Cuando te has ido de la clínica esta tarde Martha me ha dicho que tenía que llamar al doctor Fletcher urgentemente. Al parecer ha disfrutado tanto sin trabajar que ha decidido retirarse. Me ha pedido que ocupe su puesto en Dixie Ridge.

—¿Te gusta vivir aquí, Ty? —preguntó Lexi con cautela—. Es muy diferente a lo que estás acostumbrado.

Él rio.

—Debo admitir que creía que los lugares como este solo existían en la televisión o en las películas.

—¿Has sufrido un *shock* cultural? —preguntó ella, riendo.

Ty asintió.

—Cuesta un poco acostumbrarse a las extravagancias de algunos vecinos y a sus extrañas costumbres, pero cada vez me gusta más la idea de formar parte de esta comunidad. Y me gusta ser médico rural.

Lexi sonrió.

—Me alegro, porque aquí es donde quiero criar a nuestros hijos.

Ty sintió que parte de su ansiedad regresaba.

—¿No quieres volver a ejercer tu profesión de locutora de radio en algún sitio?

—¿Te preocuparía que dijera que sí?

—No —contestó Ty sinceramente—. Nunca me interpondría en tu camino ni te pediría que renunciaras a ello. Pero, si es posible, me gustaría estar cerca. ¿Crees que podríamos conseguir que funcionara una relación a distancia si lo hicieras?

—Soy perfectamente feliz siendo madre y esposa —contestó Lexi —, pero si decidiera volver a ejercer mi profesión, podría aceptar un trabajo a tiempo parcial en la emisora local.

Ty la miró unos segundos.

—¿Estás segura? —insistió. No quería que se sintiera presionada.

—Alexis Madison ya no existe. Todo lo que queda es la vieja y simple Lexi Braden, súper esposa y madre.

Ty rio.

—Nunca ha habido ni habrá nada simple respecto a ti, querida —su sonrisa desapareció cuando preguntó—: Pero, ¿y las ropas que había en la cama? Cuando he llegado he pensado…

—Ya estamos otra vez —dijo Lexi, sonriente—. No te conviene pensar tanto. Solo estaba buscando algunas prendas que puedan servirle a Freddie para su embarazo —lo besó en la mejilla—. Ve acostumbrándote, Ty. No me voy a ninguna parte. Para bien o para mal, vas a tener que aguantarme mientras vivamos. Nada me apetece más que ser tu esposa y la madre de un montón de pequeños Braden.

—¿Un montón?

—Oh, sí —Lexi sonrió—. Pero necesitaré ayuda.

Ty le devolvió la sonrisa.

—¿Y qué clase de ayuda va a necesitar, señora Braden?

—Alguien va a tener que ayudarme a llenar la casa de niños —razonó ella—. ¿Crees que estás en condiciones de ser mi ayudante?

Ty rio.

—Me esforzaré al máximo por estarlo.

—Me gustaría que Matthew tuviera un hermanito o una hermanita en un año o dos —dijo Lexi a la vez que se acurrucaba contra él.

—Me parece una buena idea —Ty colocó un dedo junto a la manita de su hijo—. ¿Qué piensas tú, hombrecito? ¿Te gustaría tener un hermano o una hermanita?

Matthew tomó el dedo de Ty en su mano, le dedicó una desdentada sonrisa y gorjeó para manifestar su acuerdo.

Epílogo

—Si no apagas esa cámara de vídeo voy a tener que darte una patada, Jeff —dijo Freddie entre dientes.

—Corazón, creía que…

—Vamos, Freddie —dijo Lexi—. Olvídate de él. Respira profundamente y suelta el aire poco a poco. Así, así…

Freddie obedeció, pero cuando la contracción terminó miró a Lexi con cara de pocos amigos—. He cambiado de opinión. Ya no quiero hacer esto más.

—Me temo que es demasiado tarde —dijo Lexi, y sonrió compasivamente mientras miraba el ruborizado rostro de su cuñada.

Freddie llevaba ocho horas de parto y debía estar agotada.

—Si te sirve de consuelo, te olvidarás de todo lo que has sufrido en cuanto tengas a tu bebé en brazos.

—Puede que sí, pero pienso asegurarme de que Jeff no lo olvide —replicó Freddie a la vez que miraba a Jeff con el ceño fruncido. De pronto arrugó el rostro—. Oh, no. Aquí viene otra.

Lexi ayudó a su cuñada durante la contracción y luego miró a Ty, que se había situado a los pies de la cama.

—Creo que falta poco.

Él sonrió y movió la cabeza.

—Puedes empezar a empujar en la próxima contracción.

—Por fin —gimió Freddie—. Creía que no me lo ibas a decir nunca.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo Martha desde el umbral de la puerta—. Lo tengo todo listo para cuando el bebé salga, doctor.

—Bien. Ya estamos a punto —dijo Ty—. La cabeza se está asomando.

Lexi sujetó los hombros de su cuñada mientras esta empujaba con todas sus fuerzas.

—Oh, Dios —gimió Jeff.

Lexi vio que su hermano dejaba la cámara sobre la mesilla. La piel de su cara había adquirido un tono sospechosamente verde.

—¿Te encuentras bien, Jeff ?

Jeff asintió un momento antes de caer desmayado al suelo.

—Cuanto más grandes son, más dura es la caída —dijo Martha a la vez que pasaba por encima del cuerpo de Jeff para situarse junto a Ty.

Lexi sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas al ver que Ty colocaba las manos bajo la cabeza del bebé y terminaba de sacarlo.

—Has tenido un niño, Freddie —dijo, a la vez que abrazaba a su cuñada. Volvió la mirada hacia donde su hermano yacía inconsciente en el suelo—. Es una pena que Jeff se lo haya perdido.

Freddie rio cuando miró a su marido.

—Cuando se despierte, dile que él ha tenido el bebé.

Poco antes del amanecer, Ty vio cómo se alejaba el coche de Miss Eunice por el sendero. Ya la habían llamado varias veces para que cuidara de Matthew. Afortunadamente, la dueña de la tienda de ropa tenía un gran corazón y no le importaba adaptarse a los atípicos horarios que él y Lexi se veían obligados a seguir.

Ty sonrió. Habían cambiado tantas cosas en los meses pasados…

Cuando tomó la decisión de llevar adelante el proyecto de los partos en casa, Ganny Applegate le dio su bendición, se retiró de su profesión de matrona y se trasladó a Florida a vivir con la familia de su hija. Martha aceptó ayudarlo y Lexi se ocupaba de acompañar a la futura madre cuando el padre estaba demasiado nervioso o, como Jeff, se desmayaba.

Entre los tres habían formado un equipo de partos muy eficiente. Y justo a tiempo. Solo en esa semana habían traído al mundo a cuatro bebés: la hija de Mary Ann y Jake Sanders, los gemelos de Helen McKinney y el hijo de Jeff y Freddie.

La introspección de Ty cesó de pronto cuando unos brazos lo rodearon desde atrás por la cintura.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Lexi.

Ty se volvió para tomarla entre sus brazos.

—En el gran equipo que formamos —tras besar dulcemente a su esposa, preguntó—. ¿Sigue dormido Matthew?

Lexi asintió.

—Creo que dormirá hasta que llegue la hora de ir a ver a *Dempsey*.

Afortunadamente, Ty había logrado convencer a Carl de que *Dempsey* sería mucho más feliz viviendo con otros cerditos en la granja que estaba montando. Movió la cabeza. Aún no podía creer que Lexi, Matthew y él estuvieran haciendo una visita semanal al ya crecido cerdo.

—He pensado que podíamos echar una siesta antes de irnos —susurró Lexi junto a su oído.

Ty dejó de pensar en *Dempsey* de inmediato.

—Me parece una gran idea —dijo. Al ver que su esposa bostezaba, sonrió y la besó en la frente—. Pero creo que será mejor que la eches sola. Has trabajado muy duro hoy.

Ella negó con la cabeza.

—En realidad no. Cuando me quedé embarazada de Matthew me sentí igual.

La sonrisa de Ty se ensanchó.

—¿Tratas de decirme que estás…?

Lexi asintió, radiante.

—Creo que vas a volver a ser padre, Ty.

—Te quiero —dijo él, y la estrechó con fuerza contra su pecho.

—Y yo te quiero a ti.

El sol salió en aquellos momentos por encima de las brumosas montañas. Sus rayos iluminaron el paisaje con los colores de la mañana.

—Vamos dentro —susurró Ty—. Esto hay que celebrarlo.

Lexi le dedicó una mirada que hizo que le subiera la temperatura.

—¿En qué clase de celebración está pensando, doctor Braden?

—Estilo rural, señora Braden —dijo Ty mientras la tomaba de la mano y la llevaba al interior de la cabaña—. El estilo rural me va de maravilla.

Fin